

NATURAREN AHOTSA

La Voz de la Naturaleza

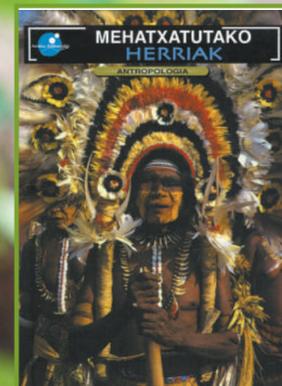
DESDE 1992 / 25 ANIVERSARIO / NÚMERO: 177 EKAINA - JUNIO / ESPECIAL MEDIO AMBIENTE- 2017 2,50 euros



Descárgala en: www.adeve.es
o en www.euskomedia.org/adeve

LOS YECUANÁS
LOS CARAYAES
LOS KARAHÓS
PIRMEOS UNA

LOS SANDAWE
LOS OVANBOS
LOS MEIDOB
LOS GALLAS
LOS KONSO
LOS OKIEK
LOS HIDI
LOS FALI



MEHATXATUTAKO HERRIAK
CON ESTE NÚMERO
ESPECIAL LLÉVATE
ESTE LIBRO
DE REGALO

ESPECIAL MEDIO AMBIENTE 2017
PUEBLOS DEL MUNDO

¡EVITA SU INTRODUCCIÓN! - HORIEN SARTZEA EKIDIN!



Arabako Foru Aldundia
Diputación Foral de Álava

COLABORA:



LA EXPANSIÓN DE ESPECIES EXÓTICAS INVASORAS SON UN PELIGRO PARA LA BIODIVERSIDAD ¡EVITA SU INTRODUCCIÓN!

NATURAREN AHOTSA
La Voz de la Naturaleza



ÓRGANO DE EXPRESIÓN DE LA ASOCIACIÓN PARA LA DEFENSA DE LAS ESPECIES EN VÍAS DE EXTINCIÓN: A.D.E.V.E.

IRAUNGITZEKO ZORIAN DAUDEN ESPEZIEAK DEFENDATZEKO ELKARTEA



Asociación declarada de Utilidad Pública según Decreto del Gobierno Vasco 3/1996, de 9 de enero (BOPV 7-2-1996)

EDITORIAL

Hace tiempo que la antropología despierta un gran interés social, pero desgraciadamente la hegemonía de la cultura técnica occidental tiende a aniquilar la rica diversidad humana y está provocando la aculturación de muchos pueblos tradicionales.

Todos nosotros debemos que ser conscientes de que todos los pueblos y culturas del mundo, en mayor o menor medida, han enriquecido el acervo cultural de los demás, de ahí la importancia de su preservación. Sus lenguas, sus costumbres, sus idiosincrasias son el mayor legado cultural de la humanidad, y la desaparición de un solo pueblo, supone una inestimable e irreparable pérdida para toda la humanidad. Las poblaciones indígenas tradicionales han vivido en armonía con la naturaleza durante miles de años. Lejos de minusvalorar sus primitivas costumbres, hemos de guardar como un precioso tesoro su mensaje vital, que es saber vivir con los recursos que nos da la madre naturaleza, sin expropiarlos, sin destruir las fuentes que nos aportan la vida, sin apropiarnos ni estropear los recursos que son patrimonio de la humanidad, como es el caso del agua; sin contaminar el aire que respiramos o los mares de donde obtenemos nuestra principal fuente de alimentación.

En su desmedido afán de riqueza, en su frenesí de "comerse el mundo" y enriquecerse de sobremano a costa de privar a la humanidad de su propio hogar; en su borrachera de poder y en sus delirios de grandeza, las sociedades occidentales más desarrolladas -léase Europa o Norteamérica- así como los países emergentes, como pueden ser el gigante chino o los emiratos árabes, están literalmente destruyendo en planeta. En su escalada por el poder del mundo, por extraer sus recursos allá donde se encuentren, aunque sea en los mismos pulmones del planeta, como es el caso de las selvas vírgenes sudamericanas o asiáticas, o en el Ártico, principal sistema de regulación del clima junto a la atmósfera -en acelerado deterioro por las emisiones de CO₂-; estos países, están literalmente destruyendo la vida y sus pueblos.

Contaminando sus ríos y mares y destruyendo sus selvas y su atmósfera, no sólo están poniendo serio peligro la supervivencia de los pueblos más débiles, sino de todo el conjunto de seres humanos que habitamos en este frágil planeta.

Este número especial busca una mirada a aquellos pueblos tradicionales para que recordemos que el progreso, si se olvida de sus gentes y destruye su hábitat, si no es capaz de aportar bienestar a todos los habitantes de este planeta, si sólo está al servicio de unos pocos, sencillamente, no es progreso. Quizá el Día de Medio Ambiente es un buen momento para que la humanidad se pare a pensar qué camino está tomando y empiece a corregir su rumbo.

Fernando Pedro Pérez
(Director)



Naturaren Ahotsa se difunde en Internet a través de Euskomedia en virtud del acuerdo de colaboración desinteresado alcanzado entre ADEVE y EUSKO IKASKUNTZA www.euskomedia.org/adeve

SUMARIO

DESDE 1992 - Nº:177 EKAINA/JUNIO-ESPECIAL MEDIO AMBIENTE-2017 - 2,50

PUEBLOS DEL MUNDO

ÁFRICA

Los Konso (Etiopía).....	4
Los Meidob (Sudán).....	6
Los Ndebele (Zimbawe y Siudáfrica).....	8
Los Okiek (Kenia).....	10
Los Mende (Sierra Leona).....	12
Los ovanbos (Namibia).....	14
Los Sandawe (Tanzania).....	16
Los Fali (Camerún).....	18
Los Budumas (Chad).....	20



Los Ingessana (Sudán).....	22
Los Gallas (Etiopía).....	24
Los Hidi (Nigeria -Camerún).....	26



Los Piaroas (Venezuela).....	30
Los Carayaes (Brasil).....	32
Los Yecuanás (Venezuela-Basil).....	34
Los Karahós (Brasil).....	36



NUEVA GUINEA

Pigmeos Una (Nueva Guinea-Iran-Jaya).....	38
---	----



SUDAMÉRICA

Los noanomás (Colombia).....	28
------------------------------	----

DIRECTOR: Fernando Pedro Pérez.
SUBDIRECTORA: Jon Duñabestia.
REDACTORES JEFES: Magalis Garcia Ortiz.
REDACTORES: Xabier Agirre, Gorka Ozerinjaregi, Iñaki Bereciartua, Julen Elgeta Sasiain, Aitor Atxa, Xabier Maidagan, Oscar Azkona, Begoña Iparraguirre, Aitor Zaranzona, Jon Murua, Nekane Beitia.
FOTOGRAFÍA: Ana Iza, Nekane Aruti, Izaskun Zubia.
DISEÑO GRÁFICO: Cristina Urionabarrenetxea.
DEPOSITO LEGAL: SS-608/99 ISSN:1696-6309
Web: W.W.W. adeve.es. EDITA: ADEVE

NATURAREN AHOTSA
La Voz de la Naturaleza

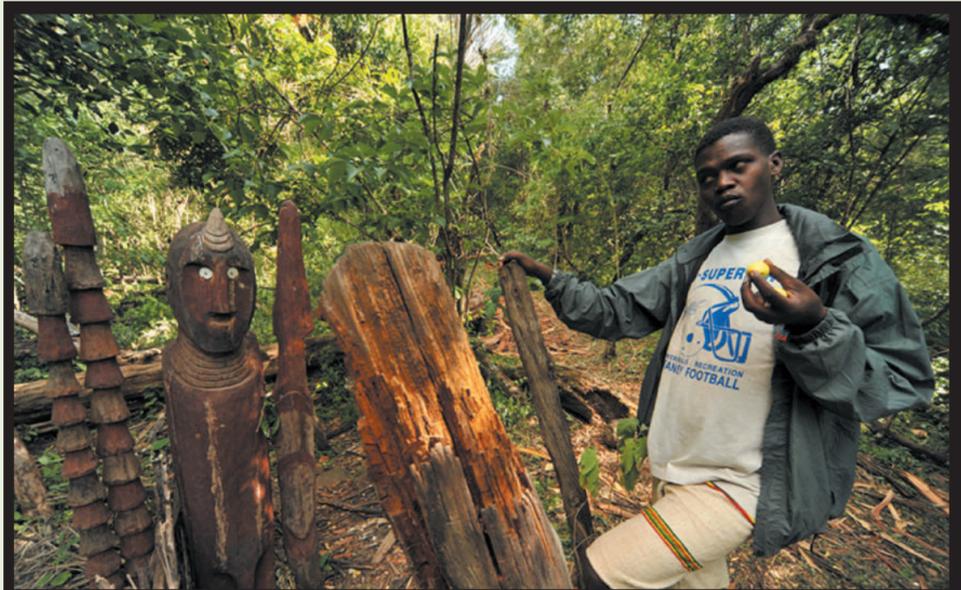
ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN EN BILBAO:
Av.Madaniaga, nº. 47- 6º C - Esc.1 - 48014 BILBAO.
Tño: (94) 4 75 28 83. TIRADA: 2.000 ejemplares

DELEGACIÓN EN DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN:
C/.Catalina de Erauso, 16-3º A - 20010 DONOSTIA
Tño: - 943 458610-
e-mail: adeve.1991@gmail.com

La región konso, situada en las tierras altas del suroeste de Etiopía, en el límite del Riff, está sembrada de efigies de madera tan enigmáticas como el origen de este pueblo africano.

Los konso las denominan wakas, un término que podría traducirse como "algo de los ancestros", lo que demuestra que estas estilizadas tallas son mucho más que una muestra más de arte étnico. Las estatuas, que representan seres humanos, animales y toda clase de objetos, a menudo sobrepasan el metro y medio de altura y se alzan imponentes sobre los antiguos túmulos de algún personaje que mereció el respeto de los lugareños. Y es que los konso son reconocidos por sus vecinos tanto por su pericia como artesanos, como por la forma con la que honran a sus héroes muertos. El padre de Berisha Oranite se convirtió en uno el día que abatió a un leopardo. A su muerte, el hijo pidió a un artesano que esculpiera su imagen en madera de enebro, un privilegio reservado a los personajes más ilustres, como grandes guerreros, jefes religiosos y, a veces, sus esposas. La forma de proceder es semejante en cualquier caso. Durante un tiempo el cuerpo se guardará embalsamado con miel y mantequilla bajo la tierra, de donde se extraerá el día señalado para la ceremonia en la que será erigido su waka. A partir de ese momento, podrá ser devuelto de nuevo al mundo de los muertos sin que por ello pierda su vínculo con los vivos, gracias precisamente a su estatua. Pero esta talla de madera no estará sola. El artista esculpirá también otras figuras con la imagen de todos aquellos que formaron parte del pasado del difunto.

Sobre su tumba, en el centro, se levantará el waka del héroe, y a su alrededor, los que representan a su familia, los amoríos que tuvo, los animales que cazó, incluso, los enemigos que mató, tallados con el miembro viril amputado. Por eso es corriente ver estas efigies semienterradas formando un grupo, a la orilla de un camino, junto a los campos que cultivó el difunto o en un bosque sagrado.



EFIGIES PARA LA ETERNIDAD EN ETIOPÍA LOS KONSO

En el montañoso suroeste de Etiopía, cuando un konso ilustre deja de respirar, su imagen tallada en madera, el waka, se clavará en la tierra junto a la de los que formaron parte de su pasado.



Un pueblo organizado y autosuficiente

Aunque no se conoce en detalle el origen de este pueblo, se cree que distintas culturas animistas procedentes del África central y de las regiones del Nilo Blanco, en Sudán, se asentaron en esta zona montañosa de Etiopía hace unos 500 o 600 años y adoptaron una lengua de origen semita -cushita-, el konso.

En las laderas volcánicas de esta tierra, a unos 1.600 metros de altitud, situaron sus casas y sus cosechas en un inteligente sistema de terrazas que les ha permitido autoabastecerse durante siglos. En ellas siguen cultivando cereales, legumbres, café, algodón y la Moringa stenopetala, una planta muy nutritiva y codiciada de diversas aplicaciones.

A unos 600 kilómetros al suroeste de la capital, Addis Abeba, se extienden los 2.500 km² que ocupa la región de Konso. Las 28 poblaciones que la componen están interconectadas por

sendas laberínticas y rodeadas de muros que alcanzan siete metros de altura.

Los grupos de wakas aparecen de pronto. Desde lejos, se ven primero las lanzas, que las doblan en tamaño, pero cuando el caminante llega a su altura, su mirada se topa con ellas de frente, un efecto artístico que parece deliberado. Están clavadas en la tierra, inmóviles, con los brazos pegados al cuerpo; algunas llevan un falo erecto en la frente, el kalasha, símbolo de poder; otras envuelven la cabeza y el cuello con una cuerda trenzada, una suerte de cordón umbilical que une la vida con la muerte. El escultor ha tallado también sus collares y brazaletes y ha aprovechado los nudos de la madera para grabar los ojos.

Estas estatuas resultan tan curiosas que no es extraño que las dos últimas décadas hayan sido víctimas del hurto y las falsificaciones y, aunque se han recuperado muchas, otras han sido vendidas dentro y fuera del continente africano. Ésta es la razón por la que, tras echar de menos más de 3.000 piezas, la oficina de cultura de Konso decidió hacer un inventario y poner en guardia a la comunidad internacional sobre la pertenencia ilícita de estos valiosos objetos.

Ciudadanos respetables, saqueadores de wakas

Desde la caída del régimen de Mengistu en 1991, el nuevo gobierno, el Frente democrático Revolucionario, ha transformado el país en un Estado federal. Este hecho favorece la gestión autónoma de pueblos como los konso, interesados en salvaguardar su patrimonio.

Y es que para ellos, un waka no es una pieza de museo, sino la imagen de uno de sus vecinos ilustres, tallada por un artesano venido a veces de muy lejos, cuyo destino es estar clavada al lado de su tumba honrando su memoria. Por eso el lugar de estas tallas no es precisamente un museo ni una galería parisina. Algunos ladrones, han sido desen-

mascarados. Pero desde la oficina de cultura de Konso, se quejan de no poder hacer nada por temor a las represalias, pues muchos de los saqueadores son ciudadanos respetables e, incluso, los hay que colaboran en tareas de desarrollo.

Sin una estructura estatal delimitada, las aldeas de los konso se administran de forma autónoma manteniendo relaciones sociales y económicas entre ellas. Gozan de una muy buena reputación, incluso entre sus enemigos, por el talante pacífico de sus gentes. A la única autoridad a la que rinden pleitesía sus 95.000 habitantes es al Consejo de Ancianos y a los poqalla -jefes espirituales-, a quienes incluso el gobierno local tiene en cuenta. Para llegar a formar parte del Consejo, los varones tienen que ir pasando por los diferentes "grupos de edad". Este paso va acompañado de rituales donde se canta y se baila.

A los jefes les está prohibido salir de su dominio

Cada jefe espiritual está a cargo de uno de los nueve clanes que conforman la sociedad konso. Esta mañana el poqalla Wolde Dawit Kayote Kalla viste la túnica de su padre, un regalo entregado en propia mano por Haile Selassie, el último rey de Etiopía, en los años 70; el monarca llegó hasta su morada en helicóptero. Según la costumbre, el poqalla no debe dejar sus dominios, en el caso de Kalla tres poblaciones y más de cien hectáreas de campos y bosques, salvo por alguna razón excepcional sólo puede comer productos que le da su tierra y las bebidas hechas en su propia casa. El incumplimiento de estos deberes podría poner término a su poder como ocurrió con otros jefes espirituales de la región.

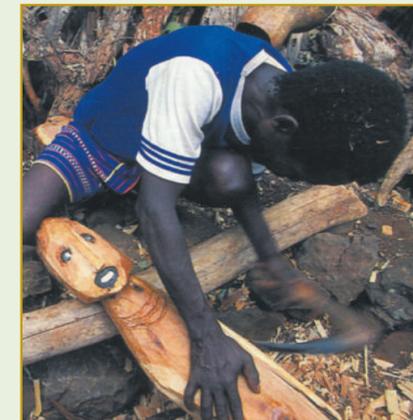
Lleva en el brazo derecho un brazaletes de metal, el tuuma, marca de su rango, jefe de ancianos. Kalla vive en una colina cerca del poblado de Gamola; en su bosque sagrado, la mura Kalla, se erige el waka de su madre, junto a otros grupos de wakas que tienen por lo menos 250 años.

Una mirada primeriza, la del etnólogo inglés Arnold Wienholt Hodson, allá por 1915, vería en los waka "el espejo fiel del pensamiento konso: una comunidad adulta organizada y fuertemente solidaria reforzada por el poder de la muerte".

Pero los konso cada vez fabrican menos estatuas. Por un lado, los enterramientos tradicionales están desapareciendo en pos de ritos extranjeros como el cristianismo; por otro, ya no hay héroes guerreros que combatan contra las poblaciones vecinas, y la caza de animales salvajes, cuando los hay, está prohibida. ¿Qué harán los jóvenes ahora para mostrar su valor?

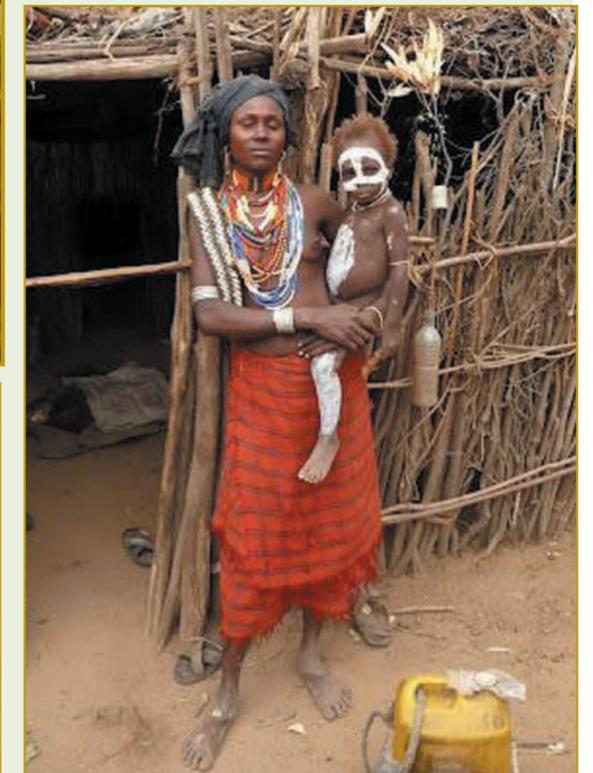
La ceremonia funeraria

Los jóvenes gritan y se agitan en torno a un agu-



jero profundo excavado en la tierra. La ceremonia funeraria en honor a la esposa del poqalla Tanabo keerita, jefe religioso, va a comenzar. Los hombres toman el cuerpo de la mujer embalsamada desde hace nueve años en miel y mantequilla, y lo cubren con la piel de un animal sacrificado. El Consejo de Ancianos ha designado el corazón de una pequeña arboleda para enterrar definitivamente su cuerpo y erigir su waka, un privilegio al que sólo los héroes, y en ocasiones sus esposas, tienen derecho.

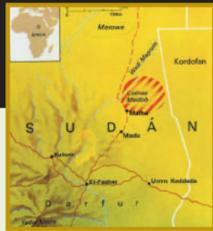
El artista va dando forma a la talla con golpes certeros. A pocos metros, los vecinos bailan en círculos concéntricos al ritmo del tambor y la flauta. A las voces de los hombres del primer corro responden las mujeres del segundo. Los cantos a la difunta se elevan por encima de las colinas y los hombres golpean la tierra con energía. Los vivos celebran la fiesta de los muertos.



Los Meidob son un pueblo tradicional africano que habita en la parte nororiental de la provincia sudanesa de Darfur, cuya sociedad tiene un arraigado sistema matrilineal. Sin embargo, en los últimos años, esta costumbre que viene de sus ancestros se está perdiendo por la influencia de otras culturas.



Una leyenda de este pueblo, de procedencia nilótica, habla de los sufrimientos de sus antepasados, que atravesaron desde Angola el desierto de Bayuda. Aunque los pueblos vecinos hablan lenguas pertenecientes en su mayoría a familias lingüísticas diversas, los meidob han conservado un dialecto muy afín a otros de origen nubio. En realidad, es muy posible que se produjeran varias emigraciones de pueblos nubios a Darfur, de cuyo mestizaje con grupos como los dajus y tedés, anteriores habitantes de las colinas, debió surgir el pueblo meidob.



LOS MEIDOB DE SUDÁN

Las principales subsecciones de los modernos meidob reflejan este proceso de fusión. En la sección norte, la de los urrtis, vive el grupo más numeroso de gentes tedas de lengua sahariana. El sector shekota, grupo establecido al sur y al oeste de los montes Meidob, es el más poblado y el que ejerce un claro predominio político, con una elevada proporción de dajus. El centro administrativo y la residencia del mek (rey) se encuentran en Malha, población de la zona shekota. La sección de máxima pureza nilótica, la de los turtis, comprende toda la esquina sudooriental de los montes. Es éste el grupo menos numeroso, posiblemente por estar muy expuesto a la competencia de los árabes kababich, vecinos de los meidob en la provincia de Kordofan.

Los datos disponibles sobre la historia dinástica meidob encajan también en este esquema de migraciones múltiples. Las listas de los reyes, recopiladas a principios del siglo XX, comprenden unos 20 nombres. Calculando otros tantos de reinado por cada uno de ellos se



obtiene un período de 400 o 500 años. Si recordamos que los musulmanes conquistaron en 1504 el último reino cristiano del Nilo, resultará lógico considerar la migración meidob como parte de un proceso político basado en la islamización del gran río. La fé propagada por Mahoma llegó bastante después hasta los meidob, quienes aún conservan costumbres sociales preislámicas. Cuando se dispone de detalles sobre la historia dinástica, como es el caso de los últimos 150 años, aquellos se centran en las luchas con los diversos pretendientes al trono. Estas guerras las organizaban los jefes de las diversas secciones, así como miembros de las familias dirigentes en el seno de las secciones. Según fue aumentando el poderío del estado sureño de los furs, los pretendientes meidob solicitaron el auxilio del sultán, ofreciendo a cambio un tributo nominal y el reconocimiento de su soberanía, pero es probable

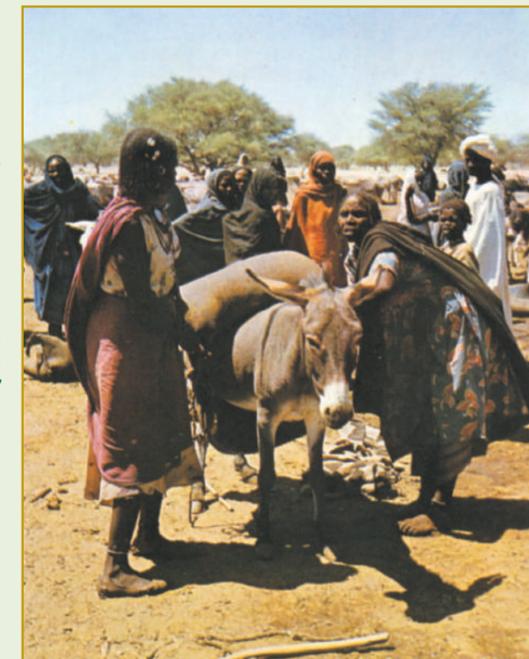
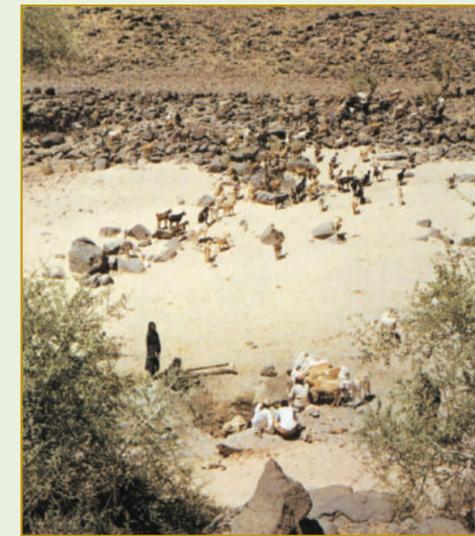
que los vecinos meridionales nunca controlarían verdaderamente la marcha de los acontecimientos en el norte. Aún cuando las huestes furs llegaron hasta los montes, los meidob siempre podían retirarse al interior del desierto. No obstante, algunas veces se produjeron cambios dinásticos con la colaboración fur: el wakil (primer ministro) de un rey shekota usurpó el trono con la ayuda del sultán fur. Los británicos reconocieron al mek de los shekotas como rey de todos los meidob, y durante el período colonial administraron la región con su intermediación. También fue en este período cuando la sucesión a trono adquirió carácter patrilineal, es decir, hoy pasa de padre a hijo y no al sobrino por vía femenina. Otro tanto ocurre con las herencias. Según el sistema tradicional, las propiedades del difunto han de entregarse al sobrino, y no al hijo. Pero hay varias formas de evitar los efectos de esta costumbre, aproximándose más a lo que es normal en los países islámicos. Hoy es corriente que quien desea transmitir sus propiedades al primogénito entregue la mayoría de éstas en vida, dejando una pequeña parte para el hijo de su hermana. No obstante, muchos meidob todavía son fieles al esquema hereditario tradicional. La importancia matrilineal se evidencia también en otro aspecto de las costumbres meidob. Si se comete un homicidio, el castigo tradicional consistía en la venganza sangrienta que se tomaba la familia de la víctima. Pero si no era posible descubrir el paradero del homicida, se permitía el ejercicio de venganza contra el hijo de su hermana o tía materna. La sociedad meidob combatió siem-

pre los enfrentamientos hereditarios entre familias, aunque este control se practicara con más severidad en el caso de los forasteros. Con el afianzamiento de la autoridad gubernamental en los últimos cincuenta años esta costumbre ha ido cayendo en desuso, si bien sigue exigiéndose una compensación monetaria por heridas, muertes o daños a la propiedad, que en algunos casos afectan económicamente a la familia por vía materna. Otra costumbre matrilineal, opuesta a las prácticas normales en el resto del Sudán, es la preferencia matrimonial. Para la mayoría de sudaneses musulmanes, el hombre ha de procurar casarse con la hija de su tío paterno. Los meidob no desaprueban el matrimonio con una prima, pero se les prohíbe hacerlo precisamente con ésta; será inaceptable un enlace en tales condiciones, porque para ellos los hijos de un tío paterno no son sus primos, sino sus hermanos. Estas restricciones no afectan tanto a los más jóvenes o a quienes han vivido fuera de los montes y han asistido quizás a la escuela de enseñanza media de El Frasher.

Para quienes nunca han salido de su tierra, y sobre todo para la sección norteña de los urrtis, las costumbres tradicionales conservan intacta su antigua importancia. Así, aunque se circuncida a todos los hombres, la infibulación femenina practicada en el Sudán se limita a las secciones meridionales de la comarca del meidob.

El festival de la cosecha

También cabe señalar que el festival de Bazza, destacado elemento de las tradiciones autóctonas de este pueblo, es hoy más frecuente en el norte que en el sur. Se trata de un festejo dividido en dos partes, coincidentes con el principio y el final de la recolección. Sólo se celebra cuando la abundancia de precipitaciones permite prever una buena cosecha, pero en los límites del desierto las lluvias son imprevisibles y demasiado escasas. Durante la primera mitad del festival, jóvenes de ambos sexos pasan juntos un par de semanas acampados lejos de su aldea, junto a un cauce seco, y reciben los alimentos que les traen sus mayores. En la segunda parte los jóvenes, tras un intervalo de quince días, se trasladan a otro lugar y organizan concursos deportivos como carreras pedestres y lucha libre. Al caer la tarde deben salvar de un salto el cauce seco del río, como "prueba final" antes de regresar a sus casas. Parte de las festividades consiste en una parodia efectuada por los jóvenes, quienes vestidos de mujer recorren las aldeas tocando sus tambores y pidiendo comida y dinero. En años de buena cosecha aumenta el número de quienes se dedican a estas provechosas correrías, pues a todos les enorgullece haber formado parte de una "banda".



Los jóvenes eligen a dos ancianos como "guías" encargados de instruirles en la observación del ritual y de vigilar su conducta. Al clausurarse el festival, regresan a sus hogares, donde el padre les afeita la cabellera que se han dejado crecer para la ocasión. Los mechones se cuelgan de las paredes como recuerdo permanente de la "iniciación". Antes se veía mal que un joven abandonara su tierra sin haber realizado las ceremonias del Bazza, pero la asistencia a la escuela es hoy una excepción aceptable. Siempre que sea posible el hombre debe someterse a los ritos de las iniciación,

pues de lo contrario le resultará muy difícil hallar esposa. Como ocurre en otros pueblos sudaneses, los efectos combinados de un gobierno estable, paz, educación, impuestos y mejoras de caminos y suministros de agua, han anulado el antiguo aislamiento de los meidob, modificando sus costumbres tradicionales. No obstante, los factores principales de su situación no han cambiado. Sus montes siguen recibiendo sólo unos 180 mm de lluvia al año, algo más que el desierto circundante. La práctica de la agricultura resulta difícil, aunque en lugares favorecidos por las precipitaciones o dotados de una pequeña red de acequias se produce mijo y algunas hortalizas. Los animales son la fuente principal de alimento. En todas las comarcas montañosas se crían ovejas, cabras y a veces vacas.

Durante gran parte del año en las tierras bajas no crece ni una brizna de hierba, sobre todo al norte del macizo; pero con las primeras lluvias el desierto se transforma en un mar de verdor y los meidob descienden de los montes con sus ovejas y sus dromedarios. Si las lluvias han sido muy abundantes aparecerá la hierba llamada jizzu, alimento preferido de los camellos. Tanto los meidob como los kababich se adentran mucho en el desierto, llegando incluso hasta Chad en busca de pastos. Al llegar la temporada seca regresan los rebaños para congregarse junto a las pocas charcas que circundan los montes, de donde descendiendo el agua por cauces conocidos. Por esta razón las aldeas suelen encontrarse al pie del macizo, donde comienza el llano. Salvo la población de Malha, las aldeas meidob son pequeñas y en su mayoría carecen de caminos. Para vender sus animales o adquirir géneros en el mercado, los meidob deben desplazarse a Malha, si residen en el norte, a los centros comerciales de la zona de Berti, en el sur, y en casos excepcionales incluso al valle del Nilo.

Los ndebele, o matabele, están asentados actualmente en Zimbabwe occidental y en la región noroccidental de Sudáfrica, pero sus raíces han de buscarse en la población nguni, históricamente asentada en la actual provincia sudafricana de Kwazulu-Natal, a lo largo de la costa suroriental del continente.

Según los censos más recientes, la población ascendería a 1.500.000-2.000.000 individuos, cifra tranquilizadora respecto a la estimada en los años ochenta, en el siglo XX, que establecía menos de 800.000 individuos. Hay que destacar este incremento sobre todo porque los ndebele han tenido una historia especialmente atormentada, marcada, a partir del siglo XVI, por las sangrientas guerras feudales y migraciones forzadas, culminadas con el episodio más nefasto, el de la conquista bóer, a finales del siglo XIX. La invasión holandesa del África meridional, de hecho, dejó sin tierras a los ndebele y los confinó a trabajar en condiciones de esclavitud en las fábricas de los colonos bóer.

Tras una última revuelta, duramente reprimida inmediatamente por los ingleses, en 1896 este agitado pueblo abandonó las armas y se dedicó al pastoreo y a la agricultura, actividades aún practicadas y dominantes hoy en día. En general, los cultivos (sobre todo de cereales, legumbres y tabaco) están ligados a las mujeres, mientras que el pastoreo y el orde-



LOS NDEBELE (Zimbawe y Sudáfrica)



La vestimenta, rasgo peculiar de la cultura ndebele, "crece" con el individuo.



A menudo los dibujos están inspirados en formas arquitectónicas esquematizadas, pero también en objetos como lamparillas o cuchillas de afeitar.

ño son tareas de los hombres, pero el porcentaje de ndebele empleados en las ciudades y en las minas va en aumento. Los pueblos tradicionales están constituidos por casas de mampostería, construidas con adobes de fango emplastado con estiércol de cabra; estas casas se disponen circularmente en torno al recinto para el ganado. La característica más destacable en los poblados ndebele son las decoraciones geométricas vivamente coloreadas que las mujeres realizan en las paredes de las casas y en los muros de los cercados. Probablemente la pintura mural deriva de la más antigua tradición ornamental del vestuario femenino: las dos formas expresivas, de hecho, juegan estéticamente con la abstracción y con la simetría en las formas, con los diferentes colores, con la combinación de líneas verticales, horizontales y diagonales, y, por otra parte, las dos son custodiadas y transmitidas por las mujeres.

Las pinturas murales y los vestidos tradicionales son exhibidos en las celebraciones ceremoniales, como la de los ritos de iniciación, o también con ocasión de los acontecimientos que marcan la vida social del grupo. La circuncisión masculina, o ukuwela, se efectúa tarde, entre los dieciocho y los veintidós años. Los iniciados han de superar un periodo de formación lejos del pueblo, y, bajo la guía de los ancianos, son sometidos a pruebas de valor y de fuerza. Durante su ausencia, las



Los rituales de iniciación femeninos, prevén que las chicas vivan aisladas en casa durante meses.

madres vuelven a pintar los muros de la casa (umuzi) y reciben la visita de parientes y amigos. Después, al terminar el aprendizaje, los jóvenes, convertidos en hombres, vuelven al pueblo, donde las mujeres los acogen con una fiesta, vestidas con los trajes tradicionales y bailando al son de silbatos, para ocasión tan señalada se sacrifican algunos corderos y se consume carne de cabra que han cocinado ellas.

Los rituales de iniciación femeninos (isiphephetu), en cierta manera parecidos, prevén que las



Probablemente, la pintura mural de este pueblo sudafricano deriva de la más antigua tradición ornamental del vestuario femenino.



La circuncisión masculina, o ukuwela, se efectúa tarde, entre los dieciocho y veintidós años.



pasa el tiempo y se produce el cambio de estatus. Características en este sentido son: los idzila, o anillos de metal que rodean el cuello, los tobillos y los brazos, el lighabi, un delantal con flecos y perlititas llevado en raras ocasiones también por los hombres que, al ir creciendo, es sustituido por otro más grande, y los isigolwane, grandes aros de perlititas montados en una estructura de alambre o paja, que se ponen en número creciente en las caderas y en las piernas. Los embarazados golwani tienen la singular función de simular michelines, que son valorados en los cánones estéticos de los ndebele. Después de la iniciación, en sustitución de los lighabi, las mujeres, en cuanto son reconocidas como tales, reciben un delantal rectangular rígido, hecho con piel de cabra o con tela; las mujeres casadas, ade-

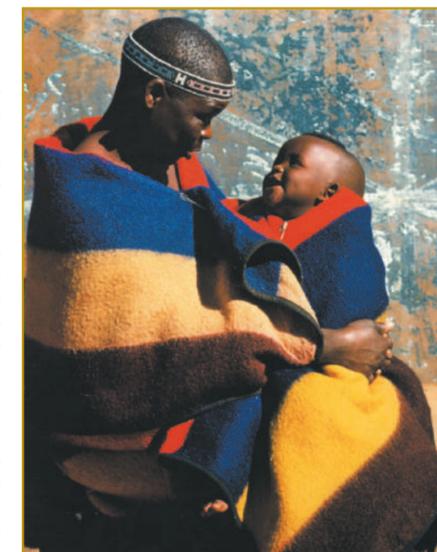
Las mujeres casadas se distinguen de las jóvenes solteras por el mayor número de anillos que llevan y por sus vestidos más elaborados.



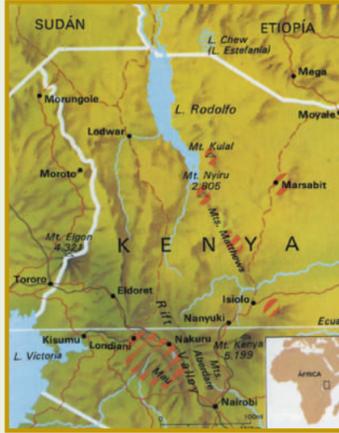
chicas vivan aisladas en casa durante tres meses, periodo en el cual aprenden de las mujeres más ancianas y expertas las técnicas y los secretos de la pintura y de la elaboración de tejidos con los que confeccionar los vestidos tradicionales.

Cada detalle de la complicada vestimenta femenina ndebele señala claramente un status particular.

más, se distinguen de las jóvenes solteras también por el mayor número de anillos que llevan y por los vestidos más elaborados, tanto que en la práctica se puede decir que las mujeres ndebele coleccionan su propio ajuar ornamental durante toda su vida.



El nacimiento de un hijo es imprescindible para la felicidad de la vida conyugal. Si falta la descendencia, la familia del esposo puede recuperar el pago del "precio de la esposa".



LOS OKIEK DE KENIA

Los okiek son un pueblo tradicional de las zonas altas forestales de Kenia, que vive en grupos dispersos. Su vida y su cultura está basada en la obtención de miel. También recolectan semillas, raíces y bayas como complemento a su alimentación.

Nada hay tan importante como la miel para el pueblo okiek, establecido en las altas zonas forestales de Kenia. En estado líquido, mezclada con agua y a veces fermentada, la miel es el medio principal de comunicación e intercambio, tanto ritual como social. Se considera indispensable para pagar la dote nupcial y para la comunicación con los espíritus ancestrales, a quienes es posible agradecer con una libación de vino de miel. Por sí misma es el artículo alimenticio o comercial más apreciado, pues entre los okiek tiene el mismo valor que la leche para los pueblos ganaderos. No en vano se ha dicho de ellos que poseen una "cultura de la miel".

Los apicultores okiek preparan colmenas en troncos huecos o con tablas colocadas en las horcaduras de los árboles más altos. Cada hombre atrae a las abejas hacia sus colmenas porque, según los okiek estos insectos reconocen el olor del amo y no le atacan cuando viene a recoger la miel. Las familias siguen a las abejas durante su migración de temporada, mientras vuelan de uno a otro sector del bosque. Recogen la miel de colmenas y nidos silvestres para almacenarla en vasijas enterradas, trabajo que resulta agotador, si bien un hombre experto puede extraer hasta 80 kilos de miel en un año. Gran parte de la misma se vende o se cambia por otros productos con otras tribus, siendo frecuentes las disputas originadas por su recogida.

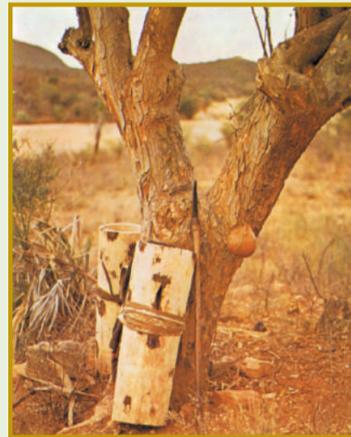
Establecidos en grupos muy dispersos, los okiek aparecen desde los montes Matthews, próximos al lago Rodolfo, hasta los de Loita, junto a la frontera de Tanzania. La mayoría residen en los bosques de la escarpadura de Mau, en Tindirect y en Londiani.

Los okiek dividen su medio boscoso en varios sectores dotados de sufi-

cientes especies animales y vegetales. En las zonas inferiores, desde los 1.900 hasta los 2.400 metros de altitud, se dedican a cazar antílopes y otros animales de gran tamaño, mientras que las liebres y demás piezas menores abundan en los densos bosques y en las espesuras de bambú hasta los 2.500 metros de altitud. La liebre es muy apreciada por su carne y piel, y se utiliza para confeccionar capas y gorras que se venden a las tribus vecinas. Los antílopes se cazan en las cumbres, donde la tierra se abre formando páramos.

Los okiek también recolectan semillas, raíces y bayas, aunque sólo como complemento de su alimentación.

Por vivir en el bosque, los okiek consideran que entre los animales y ellos existe una afinidad. "Reconocemos cualquier huella y gozamos con el espectáculo de los animales", afirman, "porque todos vivimos juntos en el bosque". En las zonas arboladas más bajas se caza con lanzas y flechas impregnadas de un veneno coagulante, capaz de matar a un elefante en dos horas. En las zonas más altas y densas el cazador depende de sus perros, porque la espesa vegetación le impide acorralar por sí solo a la presa. Para las piezas mayores también se utilizan trampas, casi siempre zanjias ocultas con ramaje. Para cubrir las necesidades de una familia se necesitan alrededor de veinte trampas, que suelen colocarse cerca de la vivienda del cazador, a fin de revisarlas todos los días. Aunque nadie goza de derechos exclu-



La base de la cultura okiek es la miel, imprescindible para satisfacer dotes y como medio de comunicación con los antepasados, a quienes pueden apaciguar con libaciones del precioso líquido mezclado con vino. La miel se extrae de colmenas formadas con troncos huecos.



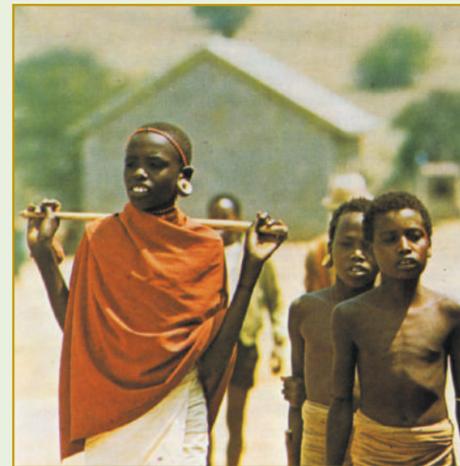
sivos de caza en el bosque, se considera un grave delito tocar las trampas de otro. Según la creencia popular, la comida procedente de un robo aumenta de tamaño en el estómago del ladrón y acaba por hacerle reventar.

La intensidad de la lluvia define el esquema laboral de los okiek. Cuando empiezan las precipitaciones saben que muy pronto habrá abundancia de miel y caza, lo cual no impide que para el habitante del bosque sea ésta una temporada desagradable. Según afirman los indígenas, por allí llueve dos veces: primero cuando el agua cae del cielo, y después cuando se desliza a través de los árboles hasta llegar al terreno. La recolección de la miel empieza en cuanto cesan las lluvias, momento en el que las familias comienzan a desplazarse por el bosque en busca de las numerosas especies de su fauna. La caza se va haciendo más difícil a medida que avanza la temporada seca, ya que los animales emigran hacia lugares mejor provistos de agua y pastos. Si la sequía se prolonga, los okiek empiezan a preocuparse ante la potencial disminución de sus reservas alimenticias; las carestías son cosa corriente y las primeras noticias que se intercambian siempre hacen referencia al hambre y la comida. "Señor, danos de comer", es una plegaria muy habitual, siendo la falta de alimentos la principal causa de migraciones temporales entre las diversas comarcas montañosas.

Las viviendas consisten en sencillas estructuras cupulares de ramas y hojas. Las zonas pobladas más importantes se localizan en el centro de comarcas forestales y en altitudes de unos 2.200 metros, que resultan apropiadas para la obtención de alimentos y leña seca.

Cada poblado contiene por término medio cinco chozas semiocultas en un claro pequeño, al cual se llega por senderos abiertos con ánimo de dificultar el acceso de forasteros. Durante la temporada de la recolección de miel, las familias abandonan el poblado y parten en busca de su alimento preferido.

La estructura social de los okiek se basa en el kap o linaje exógamo de familias emparentadas a través de un mismo antepasado. Transcurridas tres o cuatro generaciones, los linajes paralelos se separan y



Los niños okiek se están integrando en las tribus de los nandi, maiais, samburu y otros pueblos vecinos. Les espera un porvenir diferente a la vida actual de sus padres, empleados por los pueblos de los alrededores como pastores o en la producción de prendas y escudos de piel.



comienzan a producirse matrimonios mixtos, para volver a calcular la ascendencia partiendo de nuevos antepasados que dan inicio a otras ramas del gran tronco social. Todavía no está claro si puede considerarse a los okiek como un residuo de anteriores poblaciones del África oriental, o como amalgama de gentes agrícolas y pastoriles iniciadas en la caza tras perder su anterior forma de vida. En cualquier caso, siempre han estado subordinados a sus vecinos. Han permanecido en el bosque, adaptándose a unas relaciones con los pueblos más fuertes de las zonas bajas. En algunos casos adoptaron elementos culturales de sus vecinos, e incluso su lengua. Aunque entre ellos hablan un dialecto del kalenjin, también dominan las lenguas de sus vecinos más próximos.

Abandono del bosque

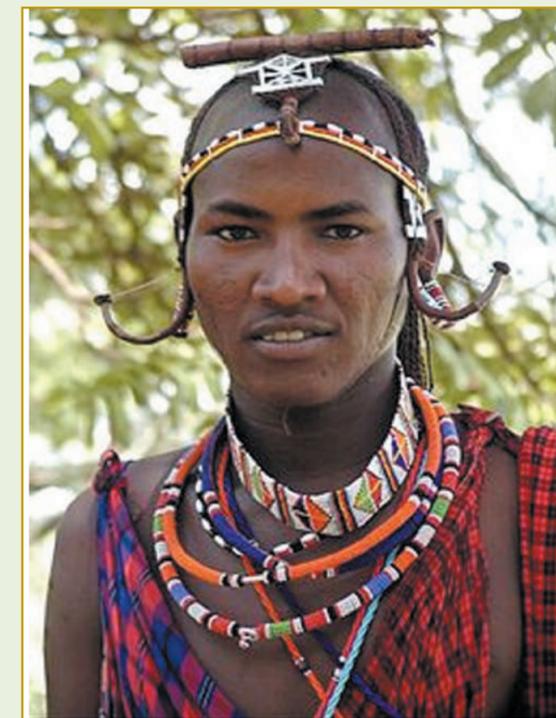
Son muchos los okiek que han abandonado el bosque para cultivar tierras o cuidar reses adquiridas mediante el comercio o las dotes nupciales. Estos individuos han ido integrándose en las comunidades vecinas, en tanto que otros forasteros ocupaban el vacío dejado por ellos en los bosques.

La relación entre los okiek y sus vecinos nando, kipsigis, masais y kikyuyu tiene su complejidad y reviste importancia para ambas partes. Algunas familias se acogen a la protección económica de otras tribus, desempeñando entre ellas funciones pastoriles o artesanales, como la confección de escudos y prendas de piel. Las tribus sedentarias las consideran representativas de una forma de vida inferior.

A juicio de las tribus circundantes, los okiek viven fuera de los límites de una sociedad "normal", y se les acusa de ser demasiado glotones y muy poco exigentes en cuanto a la comida ingerida. Un prejuicio similar subraya la creencia extendida entre los pueblos vecinos sobre sus supuestas actividades como brujos y envenenadores. No obstante, esos mismos vecinos reconocen su valía en la obtención de carnes, pieles y

miel de los bosques, productos que gracias a ellos llegan a manos de tribus poco expertas o nada interesadas en conseguirlos por sí mismas. A cambio de los mismos, sus proveedores okiek reciben herramientas, maíz, y ocasionalmente vacas u ovejas.

Hoy en día la forma de vida forestal de este pueblo se encuentra amenazada por talas que se realizan en los montes arbolados de Kenia. Debido a su reducida representación colectiva, los okiek tienen una categoría bastante baja que ha contribuido a su fusión con otros pueblos dominadores del entorno. De todos modos, siguen siendo un eslabón imprescindible en el sistema de explotación ecológica compuesto por los pastores de las llanuras, los agricultores de los montes y zonas limítrofes arboladas, y los cazadores de los bosques altos.

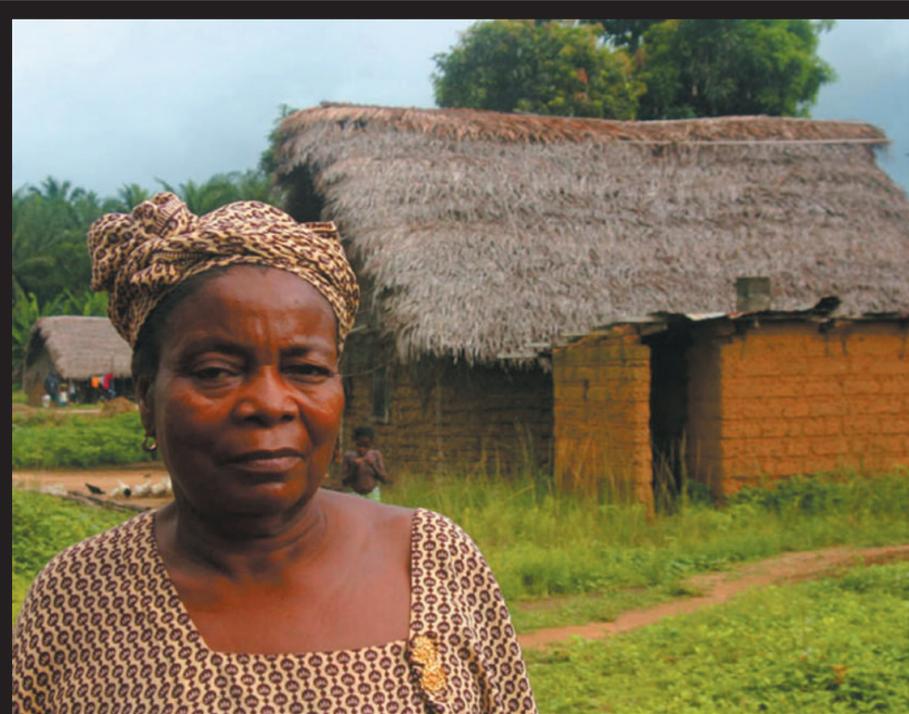




La conducta moral de pueblo mende que vive en el centro y este de Sierra leona y en el extremo oriental de Liberia está sometida al control de unas sociedades secretas cuyo poder se basa en la posesión de medicinas sobrenaturales. El concepto de la "medicina", fundamento de las creencias mende, gira en torno a una fuerza impersonal disponible para los fines mágico-religiosos de cuantos grupos o individuos sepan manejarla. Los jefes de las sociedades secretas saben emplear ritos, señales, símbolos y conocimientos inaccesibles para los no iniciados.

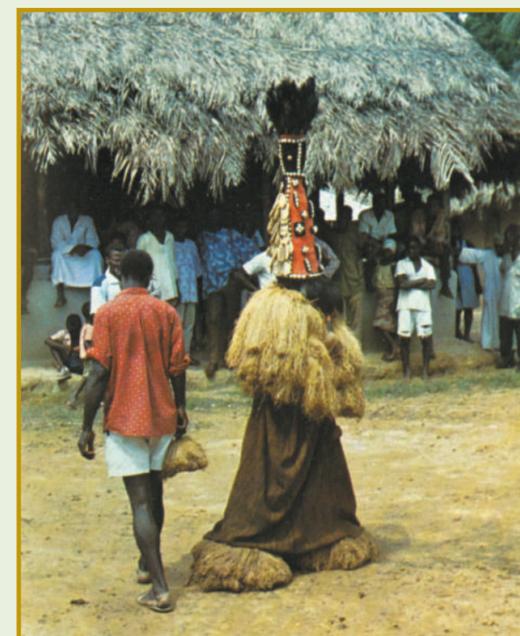
El empleo de semejantes instrumentos y la personificación de los espíritus sagrados son fenómenos corrientes en el África occidental. No obstante, la especialización de los mende llega hasta el punto de confiar a determinadas sociedades ciertas funciones de importancia para la vida comunitaria. Las principales sociedades son la Poro y la Sande, masculina y femenina respectivamente, y puesto que sólo los iniciados tienen derecho a procrear, el ingreso en ellas es virtualmente obligatorio. La incorporación, producida al alcanzar la pubertad, consiste en un adiestramiento vocacional y moral que para los muchachos de la Poro exige superar pruebas muy duras. Después se les convoca a una ceremonia final, durante la cual se elevan plegarias a los miembros fallecidos de la sociedad: "Que llegue nuestra súplica al padre Siaffa, que llegue a Kanga... No permitáis que a estos hijos nuestros, desde hoy incorporados a la Poro, les sobrevenga ninguna desgracia; que no se caigan de las palmeras y tengan cuerpos fuertes; dadles sabiduría para cuidar de sus pequeños; haced que siempre se porten bien y puedan demostrar su hombría".

Por medio de rituales y también con ejemplos prácticos, a las chicas de la Sande se les inculcan las normas de conducta que deberán tener como esposas y más tarde en calidad de madres. Por ello, tanto la Poro como la Sande enseñan el comportamiento correcto de hombres y mujeres; pero el matrimonio es competencia de otra sociedad secreta, la Humui. En realidad, el control básico de las relaciones sexuales se realiza conforme a las normas de la Humui, pues los impedimentos de la consanguinidad tienen una importancia secundaria. La infracción de estas normas recibe el nombre de simongama, y se corrige mediante la imposición de multas y el "lavado" de los infractores.



LOS MENDE DE SIERRA LEONA

Los Mende son un pueblo tradicional de Liberia y Sierra Leona profundamente arraigado a un sistema de creencias ancestrales que sigan su vida diaria.



Esta máscara de rafia y carrizo, decorada con caparazones de cauri y pintura roja, que eran los símbolos de poder y santidad, perteneció a una sociedad secreta. Hoy el jefe Foday Kan mantiene al danzarín enmascarado para animar las fiestas populares.

Además de impedir el matrimonio entre ciertos parientes, las normas de la Mumi prohíben a toda la comunidad unos tipos de conducta muy concretos. Por ejemplo, se proscriben las relaciones

sexuales con muchachas que no hayan llegado a la pubertad, con mujeres que estén criando y con gestantes.

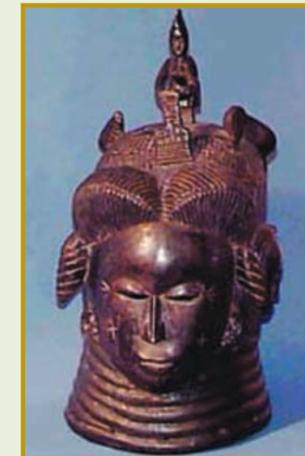
Entre otros delitos sexuales figura el del varón que se sienta en el lecho de su hermana y viceversa. Al hombre se le prohíbe estrechar la mano de su suegra o de la madre de cualquier mujer con quien se haya acostado. La mujer no puede visitar a sus padres si esa misma noche ha sostenido relaciones sexuales, y si tuviera contacto físico con cualquier familiar antes de lavarse por la mañana, su delito se consideraría equivalente al simongama. Este tipo de infracciones acarrear enfermedades y desgracias al culpable o culpables, así como a sus respectivas familias. La locura y otras enfermedades mentales se achacan a infracciones de las normas promulgadas por otra sociedad, la Njaye. El mal se atribuye a la penetración ilegal del enfermo en terrenos de la sociedad secreta, o tal vez a que haya visto el cadáver de algún miembro destacado de la Njaye antes de la purificación ritual.

En estas circunstancias, sólo es posible curarle con medicinas suministradas por la sociedad secreta, que además de remediar el mal sirven para preservar la fertilidad del suelo. En casi todos los tratamientos figuran ciertas hierbas y hojas aplicables por medio de aspersiones, emplastos o porciones. Como la Humui hace uso frecuente de estos materiales, su jefe recibe el apodo de "persona de la hoja", y el recinto especial que la sociedad posee en el bosque cumple las funciones de un hospital infantil.



Muchachas mende, integrantes del Grupo de Danzas de Sierra Leona, que junto a sus compañeros han mostrado la belleza de su repertorio ante los públicos de Europa y Norteamérica.

Todavía existe otra sociedad, la Kpa. Cualquier hombre puede aspirar a un período de adiestramiento; en cuanto domina el empleo de las hierbas se le permite abrir un dispensario para el tratamiento de dolores de muelas, molestias de la vista y otros achaques. De todos modos, las normas higiénicas y sanitarias no se limitan a las prohibiciones establecidas por la Humui. Cuando un niño nace muerto, por ejemplo, las mujeres del poblado recogen hierbas medicinales en el monte bajo la dirección de una responsable de la Sande. A su regreso han de rociar todas las casas con esta medicina purificadora, pues de lo contrario no volverían a nacer niños vivos en el poblado.



Las sociedades secretas se encargaron de satisfacer necesidades como el descanso y el entretenimiento del pueblo. Su importancia fue especialmente notable porque no existía la nación mende ni forma alguna de Estado unificado. Por el contrario, los mende se dividían en aldeas o pueblos, cuyos caudillos disponían de ejércitos privados compuestos por jóvenes guerreros.

En la antigua sociedad mende los esclavos representaban la principal forma de riqueza, siendo objeto de cambio por mercancías tan valiosas como el ganado vacuno o la sal importada de la costa de Sierra Leona. Un esclavo costaba entre tres y seis vacas, y tanto los hombres como las mujeres y los niños se consideraban "reses de dinero". Los esclavos consti-



El curandero libra de la "maldición del rayo" a un moroso atado de manera puramente simbólica. El temor al rayo es tan grande en esta región tropical que la familia ayuda siempre a saldar la deuda.

tuían una parte importante de las dotes nupciales, porque sólo ellos practicaban la agricultura, talaban las selvas para abrir nuevos arrozales y extraían aceite de palma tras recolectar y abrir los frutos.

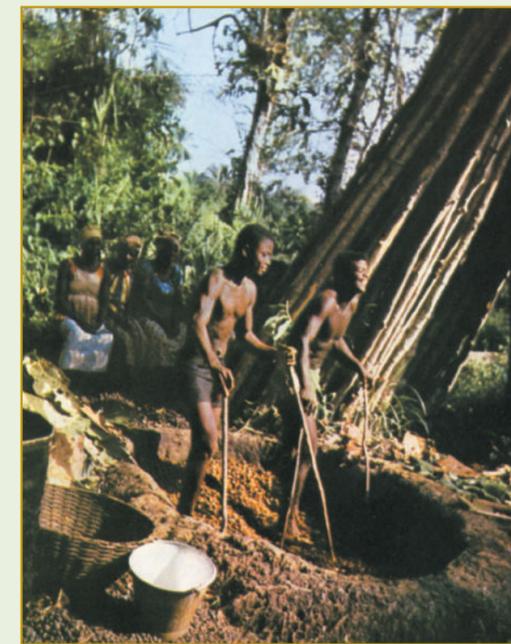
Creencia en la influencia de sus antepasados

Los mende veneran a los espíritus de sus muertos y creen que los antepasados se siguen interesando en las cuestiones humanas y castigan las infracciones contra la disciplina familiar. También tratan de congraciarse con los espíritus, a quienes asocian con selvas, montes y ríos y además aceptan la existencia de ciertos genios. El contacto con estos genios puede traer buena fortuna, pero está plagado de peligros. Quien trate con ellos ha de actuar con decisión y arrojo.

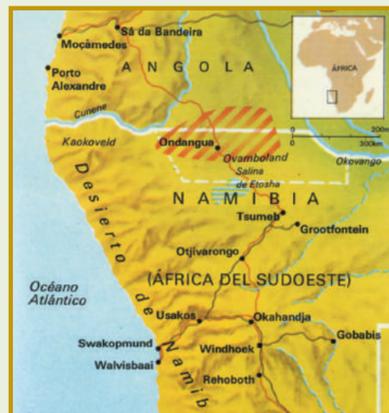
Sierra Leona obtuvo su independencia en 1961, en gran medida gracias a la labor de muchos mende instruidos, tanto jefes como plebeyos. Precisamente fue un miembro de este pueblo el fundador de la primera gran formación política, el Partido Popular de Sierra Leona. Cuando el PPL ganó las elecciones, el doctor Margai incluyó en su gabinete a varios ministros de su pueblo, de manera que los mende siguieron dominando la base del partido y conservaron sus puestos durante varios años. En 1961 eran mende el 35% de los legisladores nacionales y un total de cinco ministros, entre ellos el jefe de Gobierno.

Las ideas extranjeras y las circunstancias modernas han restringido o cuando menos modificado las actividades de las sociedades secretas. Los espíritus sagrados de la Poro ya no salen en las grandes poblaciones, porque un sector sustancial de sus habitantes se mostrarían contrarios a los tabúes, y su rechazo causaría desórdenes públicos. Pero aunque la iniciación ya es prácticamente un rito de pago, a los muchachos ingresados en la escuela que la Poro tiene en la selva todavía se les prohíben las prendas o materiales de origen occidental.

La sociedad Sande parece mejor dispuesta hacia las innovaciones, pues sus chicas, que no han dejado de someterse a la iniciación, lucen ropas modernas, calzan zapatos de tacón y se protegen del sol con vistosas sombrillas. Las dirigentes de la Sande no se oponen a que jóvenes adiestradas en métodos avanzados de higiene y maternidad colaboren en la instrucción de las iniciadas. No obstante, todo el mundo sabe que los genios ya no aparecen con la frecuencia de antes.



Para extraer el aceite de palma, los mende pisan el fruto antes de verter agua hirviendo sobre la masa machacada para hacer subir el líquido a la superficie. las nueces de coco se venden en Freetow a fabricantes de jabón y son la principal cosecha de la zona.



Son muy confusos los orígenes de los Ovambos, aunque se sabe que llevan por lo menos medio milenio en las llanuras situadas entre los ríos Cunene y Okavango. Son un pueblo de habla bantú que posiblemente llegó desde el este o el nordeste, donde hoy se encuentra Zambia. Los ovambos han sostenido una larga relación histórica con sus vecinos precoloniales sureños, los hereros, relación posiblemente anterior a las migraciones del siglo XIV o XV.

Según la leyenda ovambo, este pueblo procede de un tal Nangombe Ya Mangundu, supuestamente llegado en compañía de su hermano Kathu. Cuando alcanzaron el gran árbol Omombombonga, situado en algún lugar de la actual región de los ovambos, los dos hermanos se separaron; Kathu se puso en cabeza de los hereros que buscaban mejores pastos para sus reses, y Nangombe se estableció con sus seguidores en las llanuras cultivables. La actual frontera entre Angola y Namibia cruza en línea recta la patria de los Ovambos; hay unos 550.000 en Namibia y aproximadamente 290.000 en Angola, con lo cual se convierten en el grupo más numeroso de esta zona, muy poco habitada. Aunque la historia anterior al siglo XIX no está bien documentada, parece innegable que los ovambos crearon una estructura social de notable refinamiento; en particular los grupos occidentales gozaron de fama por sus conocimientos metalúrgicos (hierro y cobre), siglos antes de llegar los europeos. El yacimiento cuprífero de Tsumeb, propiedad de una empresa estadounidense, ya lo explotaron antiguamente los ovambos, que emplearon a jornaleros bosquimanos en sus instalaciones de superficie. Su pericia en la forja del hierro les permitió fabricar la recámara de un viejo cañón abandonado por los portugueses, para utilizarlo con resultados decisivos contra sus antiguos propietarios.

El país ovambo es una planicie de sedimentos depositados sobre las arenas del Kalahari. Durante varias semanas inmediatamente posteriores a las lluvias de enero y febrero, centenares de kilómetros cuadrados quedan anegados por aguas poco profundas que se extienden alrededor de los kraal o poblados de nativos, emplazados en pequeño montículos. El paisaje contrasta entonces con el resto del año, en que no llueve y el agua escasea hasta el extremo de hacerse precisa la excavación de pozos a mano. Aunque estas condiciones no son ideales para el cultivo, permiten la obtención de cosechas en las zonas inundadas, una vez desaparecidas las aguas. Tal vez por eso los ovambos no intentaran seguir a sus parientes hereros, criadores de reses vacunas,



LOS OVAMBOS DE NAMIBIA

Aunque los Ovambos fueron una de las primeras tribus del interior africano descritas por cronistas europeos, su aislamiento secular se mantuvo hasta época relativamente moderna. Los últimos acontecimientos políticos los han situado en el centro de una disputa internacional sobre el dominio sudafricano de su país.

hasta la altiplanicie más fresca aunque también menos fértil del sur. La cosecha más normal de los ovambos es una variedad de mijo caracterizada por su rápido crecimiento, y que al madurar se muele en morteros para producir una harina que se come en forma de gachas muy espesas. También se obtiene maíz para la fabricación de cerveza, así como judías y calabazas, aunque la importancia de estas últimas sea secundaria. Los ovambos crían asimismo algunos animales domésticos: sus vacunos son más pequeños que los de sus parientes los hereros, aunque tal vez más resistentes y mejor dotados para sobrevivir en condiciones ambientales de gran dureza. Sin embargo, sus rebaños de cabras prosperan sin problemas, se han especializado últimamente en la cría de asnos e inclu-

so hay caciques que poseen caballos. Probablemente sea esta diversidad de recursos lo que les ha permitido superar sequías, epidemias de ganado y otras calamidades bastante mejor que lo demás pueblos del a zona. De igual modo, a ello debe atribuirse la importancia numérica de su población, cuyos efectivos e ingenio bastaron para desaconsejar los posibles ataques de grupos rivales. Los ovambos han creído siempre en un Espíritu Supremo, si bien su teología tradicional admitía la existencia de innumerables seres mágicos de categoría inferior. Esta cultura abarcaba muchas supersticiones y algunos tabúes, que en ciertos casos parecen bárbaros y brutales. Así, era costumbre dar muerte a los gemelos habidos por la mujer de un cacique o persona encumbrada, por-

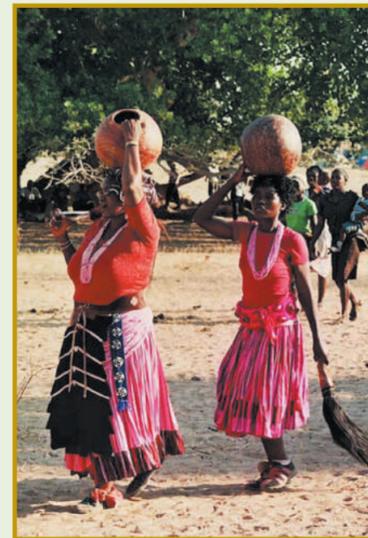


que dejarles vivir se consideraba tabú. Antiguamente los hechiceros y algunos caciques poco escrupulosos justificaban con estas supersticiones el asesinato o la mutilación de sus rivales. De ahí que ciertos excesos, rayanos en el sadismo, dieran a los ovambos una fama de brutalidad recogida por sus primeros visitantes europeos. Los abusos de algunos caciques motivaron varios magnicidios, dando lugar a la aparición de una jerarquía menos partidista, formada por ancianos y cabecillas tribales.

Ya en el decenio de 1870, los ovambos se hicieron con armas de fuego a través de las partidas incursoras namas (hotentotes), y sus caciques pronto se interesaron por las escopetas y los caballos que les vendían los comerciantes europeos. No tardarían en contar con suficiente armamento para combatir el colonialismo. Los portugueses llevaban unos 500 años en la costa de Angola, pero nunca se habían interesado por el país de los ovambos. En 1884 los alemanes se anexionaron gran parte de la zona durante la Conferencia de Berlín, reunión que fijó el reparto de África entre las potencias europeas. La guarnición colonial alemana tuvo grandes dificultades con grupos hereros y prefirió renunciar al enfrentamiento con los ovambos. de ahí que el país de éstos quedara como estado tapón entre las colonias germanas y lusitanas hasta finales de la I Guerra Mundial, en que el territorio alemán pasó a ser un Mandato de la Sociedad de Naciones bajo administración sudafricana.

Hacia finales del siglo XIX los jóvenes ovambos ya se habían acostumbrado a pasar varios años en el sur, trabajando en las minas o en los ferrocarriles que construían los alemanes, británicos y sudafricanos; y después regresaban a su tierra con nuevos conocimientos, prendas modernas y algunos artefactos europeos.

Como era inevitable, el país de los ovambos acabó afectado por la presencia de sus vecinos coloniales. Los portugueses desencadenaron varios ataques brutales; como no hacían prisioneros, muchos ovambos debieron refugiarse en el sur. El cacique Mandume, jefe de la sección Ukuanyama, solicitó ayuda de la nueva administración anglo-sudafricana de Windhoek. Con la intervención del funcionario encargado de los asuntos nativos, los portugueses regresaron a sus puntos de partida y se procedió a nombrar un comisario residente. Hacia 1922 las relaciones de Mandume con el comisario alcanzaron tal tensión que fue preciso recurrir al empleo de tropas sudafricanas cuando estalló la lucha. Mandume y algunos de sus seguidores más destacados murieron en el campo de batalla. En 1932 el comisario solicitó la presencia de bombarderos que arrasaron el poblado del otro cacique rebelde, tras evacuar a sus habitantes. Las autoridades sudafricanas han distribuido a los diversos grupos étnicos de



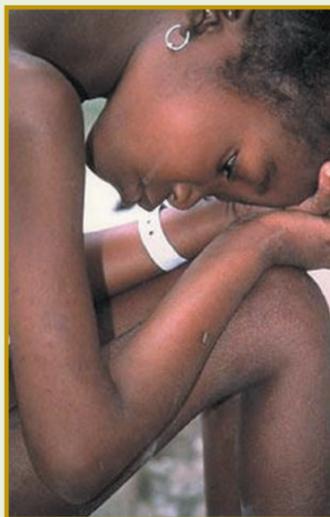
Namibia en unas reservas que vienen a ser la prolongación de su política de apartheid o desarrollo por separado, ya aplicada en su propia Sudafrica. Según este sistema, los autóctonos sólo pueden salir de sus reservas si poseen contratos de trabajo. No se les permite llevar consigo a sus familias y deben abandonar las zonas blancas en cuanto caducan sus contratos. Para facilitar la aplicación del apartheid, el país de los ovambos se ha vallado estrictamente, de tal manera que todos los salvoconductos están controlados por policías emplazados en la única carretera principal que les comunica con el sur.

Los pastos de las reservas acusan los efectos de un exceso de reses por kilómetro cuadrado. Como ahora los períodos de sequía representan un verdadero peligro de hambre, los contratos para trabajar en las minas del sur se han convertido en una odisea necesaria para 50.000 ovambos. La mayoría de estos hombres sólo pasan algunas semanas con sus esposas. durante las vacaciones anuales. Esta interrupción de la vida familiar, junto con las duras condiciones de trabajo y los bajos salarios han ido generando un odio profundo hacia el blanco.

Esta frustración de los obreros contratados estalló en una gran huelga nacional que duró un par de meses en 1971 y tuvo repercusiones en toda África meridional. El mayor movimiento político popular (Organización del Pueblo del África del Sudoeste. OPAS), nació precisamente de una agrupación de obreros ovambos. Hoy es más poderosa que nunca y su ala externa ha organizado una campaña de guerrillas contra las fuerzas sudafricanas.

Los ataques de los guerrilleros, la presión ejercida por naciones Unidas, la huelga de los trabajadores contratados y la salida de los portugueses de Angola, aconsejó a las autoridades sudafricanas un intento anacrónico de devolver al país de los ovambos su antigua función de estado tapón. El primero de mayo de 1973 se declaró oficialmente la "independencia" de la superpoblada reserva, dotándola de una asamblea dominada por la República Sudafricana. El primer ministro, Filemón Elifas, murió asesinado en septiembre de 1975, tras implantar un reinado de terror con apoyo de policías y militares sudafricanos, para lo cual no dudó en recurrir a las flagelaciones públicas.

Mientras el viejo pleito entre la ONU y Sudafrica continúa, parece improbable un retroceso aislacionista de los ovambos, pues éstos prosiguen en la actualidad su lucha por la independencia de namibia. Cuando se les pregunta sobre su nacionalidad, los ovambos afirman ser "namibianos". Con su rechazo al término "ovambos" se niegan a secundar la maniobra sudafricana inspirada en el conocido principio del "divide y vencerás".



Hace un par de milenios, buena parte del este y sur de África estaba habitada por gentes de tipo bosquimano, de etnia capoide. La cultura material de estas gentes era sencilla: eran cazadores y recolectores y su lenguaje se caracterizaba por el uso de chasquidos. Aunque probablemente pertenecían a un amplio abanico de familias de lenguas diversas -como sus descendientes modernos- sus idiomas se conocen colectivamente con el nombre de khoi-san. Cuando los pueblos de habla bantú comenzaron a llegar a la región, los capoides fueron absorbidos poco a poco por los recién llegados o se vieron empujados hacia regiones más áridas. Los bantúes tenían no sólo armas de hierro superiores a las de los khoi-san, que eran de hueso o de puntas de sílex, sino que además disponían de azadas de hierro para remover la tierra en lugar del bastón de madera de los khoi-san. Como pastores de ganado, los bantúes eran productores de alimentos y no meros recolectores, por lo que sus sociedades podían alimentar a poblaciones mucho más numerosas. Los sandawe, que vivían en el árido centro de Tanzania, constituyen un remanente norteño de los khoi-san. Su lengua tiene afinidades claras con la de los hotentotes nama de Namibia y es totalmente distinta de las lenguas bantúes colindantes. En su

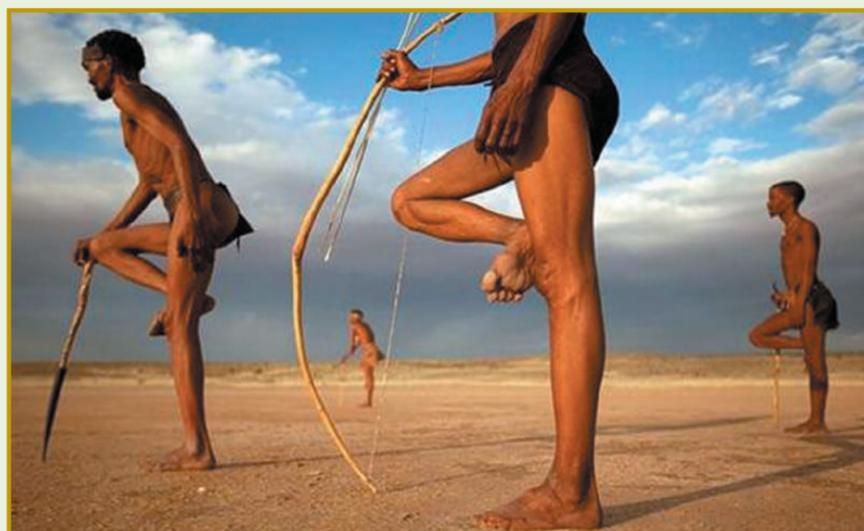


LOS SANDAWE (TANZANIA)

Los sandawe constituyen un pueblo tradicional agrícola y ganadero de Tanzania que habitan en poblados caracterizados por sus casas rectangulares. Este pueblo, cuyas creencias se centran en la veneración de la luna, las estrellas, las estaciones y la mantis religiosa, aún conserva una fuerte tradición oral.

aparición, los sandawe difieren notablemente de la mayoría de los pueblos vecinos: son bajos, de osamenta pequeña y piel clara; muchos individuos también muestran rasgos capoides, como cabello en "grano de pimienta", labios delgados, el pliegue epicántico de los párpados superiores, excesivas arrugas en la piel en la ancianidad, e incluso en algunos casos esteatopigia, o acumulación de grasa en nalgas y caderas. Aunque en la actualidad poseen ganado y se han convertido en agricultores, los sandawe siguen manteniendo su tradición cazadora. Especialmente en las regiones más remotas, los hombres pasan gran parte de su tiempo recogiendo miel o cazando pequeños animales en la maleza, y las muje-

res todavía recolectan verduras salvajes, frutos y raíces con sus palos de cavar. Debido a esta variedad de alimentos, la salud de los sandawe ha sido buena tradicionalmente, a pesar de que su dieta es escasa y pasan épocas de hambre a causa de las sequías y plagas de langosta. Las enfermedades por alimentación deficiente, como el kwashiorkor, muy corrientes entre algunos pueblos vecinos, son casi desconocidas entre los sandawe. Hasta las primeras décadas del siglo XX, los sandawe vivían en sencillos refugios llamados sundu, que se podían trasladar con facilidad. Estos sundu se parecían a los de los refugios de los bosquimanos de África del Sur. Ahora los sandawe viven en casas rectangulares, más sólidas, del tipo tembe, corrientes entre los bantúes de Tanzania. Están construidas con maderos verticales, tienen el techo plano cubierto con una gruesa capa de barro de hormiguero y se componen de dos, y a veces tres, habitaciones. Por lo general, delante de la casa hay un corral de maderos y alambre de espinos, particularmente entre los sandawe del noroeste, también hay algunas chozas más pequeñas para dormir destinadas a los chicos y a las chicas adolescentes. Hasta época reciente, las casas estaban diseminadas por todo el país, allí donde los sandawe encontraban un trozo de tierra apropiado para roturar y plantar mijo, sorgo o maíz. Pero desde 1970, el programa gubernamental de Tanzania, tendiente a organizar comunidades indígenas, afectó a los sandawe. Bajo este esquema radical, este pueblo fue reunido en aldeas ujamaa, según las directrices del desarrollo político de este país. Como sus vecinos los bantúes, los sandawe tiene una tradición de cooperación mutua en actividades como la escarda y la trilla, la construcción de casas y también en organizar bati-



das de caza. Esta cooperación nació para solucionar las necesidades específicas en ocasiones concretas. Después, los participantes eran obsequiados con cerveza o, en el caso de cacerías, con una parte de las piezas cobradas, en agradecimiento a su cooperación. Los grupos cooperativos sandawe eran, por lo tanto, informales, variaban en número de miembros y, sobre todo, se constituían por un tiempo determinado.

Tradicionalmente, los hombres casados construyen sus hogares cerca de los padres. Cuando el suelo se empobrece, o si la caza escasea, a menudo se traslada a otras tierras. Por eso, los clanes sandawe o están estrictamente organizados, tal vez nunca lo estuvieron. Antaño, levantaban sus chozas a cierta distancia de los pozos de agua, cazando por las cercanías; pero no construían cerca de las charcas para no ahuyentar la caza. La relación estrecha entre casa y charca la atestigua el hecho de que la palabra sandawe que designa "hogar" se puede traducir también como "región de pozos".

El país sandawe tiene muchos montes cubiertos de matorral espinoso, que son tan vitales para la vida espiritual de los sandawe como lo son las charcas para su subsistencia material. Creen que las cuevas de los montes albergan espíritus, las respetan y temen; los hombres de los clanes evitan estas cuevas para no molestarlos. No se permite la caza cerca de ellas, ni tampoco se lleva a los animales a pastar allí, no se corta madera ni se rompen las ramas de los árboles cercanos a ellas.

Una vez al año, los sandawe ascienden a los lugares de los clanes y ofrecen sacrificios a los espíritus de los montes para propiciarse su benevolencia. A los cabezas de familia que viven cerca se les considera como maestros de ceremonias. Los hombres de los clanes van tras ellos monte arriba, entonando plegarias a los espíritus, y les aseguran haber venido todos a presentarles sus respetos y a no ser molestados.

Los sandawe no sólo ofrecen sus sacrificios anuales en el monte, sino que, además, los ofrecen también junto a las tumbas de sus antepasados. Todas

estas ceremonias son públicas: las mujeres y los niños asisten igual que los hombres, y también pueden estar presentes miembros de otros clanes. El clan alagwa, que se ha considerado tradicionalmente como el jefe de los sandawes celebra asimismo rituales secretos para invocar la lluvia en una cabaña especial. Cuando las ceremonias rituales de los montes les fallan a los otros clanes y la lluvia no llega, los sandawe pueden pedir a los invocadores de lluvia de los alagwa que les ayuden.

Por su superioridad en lograr lluvias y también por su riqueza en ganado, los



miembros de algunos linajes alagwa consiguieron durante la época colonial que se les reconociera su derecho a la jefatura. Sin embargo, nunca les ha sido reconocido completamente por el resto de los sandawe. Tras la independencia, muy pronto el Gobierno de Tanzania aboló los poderes seculares de todos los jefes. En las zonas donde la jefatura era una tradición establecida, los jefes continuaron siendo honrados como tales, por lo menos como líderes de los ritos, pero entre los sandawe en general la institución se derrumbó de la noche a la mañana.

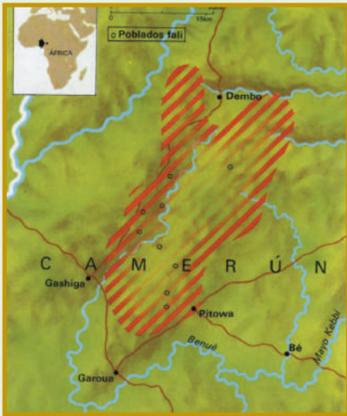
Las creencias sandawe se centran en la veneración de la luna, las estrellas, las estaciones y la mantis. Ven a la luna como el símbolo de la vida y de la fertilidad. Es fresca y benéfica, trae la lluvia y controla el ciclo de la fertilidad en las mujeres. La mantis es un mensajero divino; piensan que siempre hay un motivo para que aparezca y, por lo general, se consulta a un adivino para descifrarlo. Los sandawe tienen el concepto de un Dios supremo llamado Warongwe, que carece de forma humana; es amorfo, nebuloso, trascendente y distante, tan distante, que los sandawe no creen que se

interese por su vida o su bienestar, por lo que rara vez le rezan o le ofrecen sacrificios.

Con su música, los sandawe conservan una fuerte tradición oral. A los niños



les gusta especialmente jugar a las adivinanzas y a una forma de combate verbal en el que se lanzan curiosos insultos unos a otros. Cuando se hacen mayores, aprenden una de las pasiones de sus padres: el contar historias que, a menudo, encarnan la sabiduría colectiva de su pueblo. En muchas de ellas los hombres se identifican con los pequeños animales que usan su astucia e inteligencia para engañar a sus enemigos más peligrosos o fuertes, que es lo que los sandawe han tenido que hacer por supervivencia.



El territorio de los fali, una región de sabanas en el norte de Camerún, está sujeto a bruscos cambios estacionales. Durante gran parte del año imperan la sequedad y la aridez. En la estación lluviosa, de julio a diciembre, se cultiva mijo en las laderas pedregosas donde los fali excavan con sus primitivas azadas un suelo pobre, mientras cantan al ritmo de los tambores. Además del mijo, su alimento básico, recogen también cosechas de cacahuate, tabaco, pepinos, papayas, guisantes, habichuelas y sésamo.

Los fali, que se distinguen físicamente por el color moreno claro de su piel, habitan en poblados cercados que no suelen superar los mil habitantes. Cada familia, compuesta por la madre, el padre y los hijos solteros, cuenta con su propio recinto de cabañas cuadradas o redondas, dispuestas en círculos, con techumbre de paja y paredes decoradas con dibujos geométricos. En el recinto hay dos dormitorios separados, uno para los hombres y otro para las mujeres, más una cocina y una choza que hace las veces de granero. Las piedras de este último edificio son sagradas y cada una de ellas representa el espíritu de un antepasado femenino de la propietaria, y su conservación corre a cargo de la mujer más anciana del linaje. Las piedras ancestrales de los hombres se guardan en un granero construido en el recinto del jefe del linaje.

Aunque hombres y mujeres habitan los mismos recintos, raramente comparten la choza y no se les permite entrar en graneros ajenos. El marido pide permiso antes de penetrar en la vivienda de la esposa, y viceversa. Estas restricciones no se observan tan estrictamente en el caso de los pequeños. En cuanto a las comidas, se realizan colectivamente en el centro del poblado.

Muchas actividades de los fali tienen un marco cooperativo. Las viviendas, por ejemplo, son siempre producto del esfuerzo comunal; el propietario ofrece cerveza y mijo a cuantos le ayudan y derrama parte de la misma en los peñascos y árboles de los alrededores, para apaciguar a los espíritus. El sacerdote deposita un fragmento de planta sagrada en la techumbre, a fin de impedir la entrada de malos espíritus, mientras que el dueño ofrece los genitales de un gallo recién sacrificado a Manu, el mundo de los seres sobrenaturales.

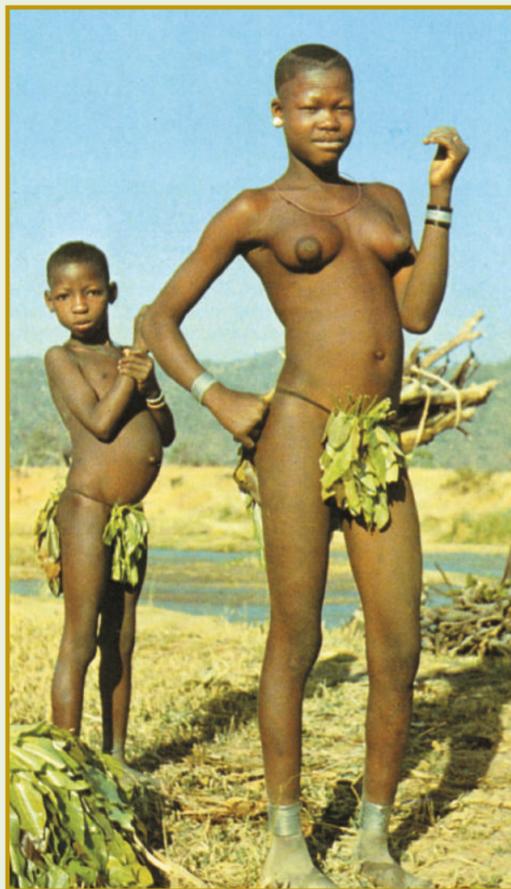
Las mujeres se encargan de fabricar vasijas,



LOS FALI (CAMERÚN)

Los Fali son un pueblo que habita en el norte de Camerún en poblados cerrados que no suelen superar los mil habitantes. Su sociedad está dividida en clanes compuestos por varios linajes, todos ellos sometidos a la autoridad de un jefe religioso y político.

al comienzo de la estación lluviosa. Como la arcilla se extrae de la tierra -madre de la humanidad,



según las creencias fali- la alfarería es básicamente una ocupación femenina. Confeccionadas en una gran variedad de formas y tamaños, estas piezas siempre se pulen a mano y se decoran a veces con pinturas o con incisiones.

La caza, actividad específicamente masculina, es una importante institución socio-económica. Un jefe de cazadores determina las fechas de salida, cuatro veces al año y siempre entre diciembre y marzo. Después de una ceremonia ritual, el grupo abandona el poblado durante períodos de hasta cinco días. En el transcurso de la ceremonia previa a la partida, un sacerdote bendice los arcos y las flechas, se sacrifican un carnero y un macho cabrío y se pide el favor de los antepasados. Los testículos de los animales se depositan sobre un altar, sus corazones se dividen en cuatro partes y se arrojan a los cuatro puntos cardinales. Los silbatos señalan el comienzo de la cacería, que no cesa hasta después de la puesta del sol, momento en que los participantes se echan a dormir donde quiera que se encuentren.

Los fali se dividen en clanes compuestos por varios linajes. Sometidos a la autoridad de un jefe religioso y político, los miembros del clan comparten un cazadero, unas creencias acerca de sus orígenes y un modo de reaccionar ante la presencia de intrusos. Su ascendencia se calcula por vía masculina hasta un antepasado real o mítico, representado por una especie de animal cuya caza está prohibida para todos los miembros.

Los fali tienen un concepto muy complejo sobre la creación del mundo. Según sus creencias, cuando Faw (Dios) hizo el uni-



verso, depositó en él una simiente que dio origen a la vida. Los hombres descienden de un par de gemelos, y para los fali la unión sexual es un reflejo de la germinación divina, aunque en un plano inferior. El feto contiene sustancias de ambos progenitores, pero su sexo no se decidirá hasta el destete de la criatura y su independización de la madre. Si durante el embarazo, el padre ve el tótem o representación animal del clan, ello se interpreta como señal de buen augurio para el nuevo ser. Tras el parto, el abuelo o el hombre más anciano del clan secciona el cordón umbilical y lo entrega al padre, quien lo presenta ante las piedras sagradas, representativas de otros tantos antepasados.

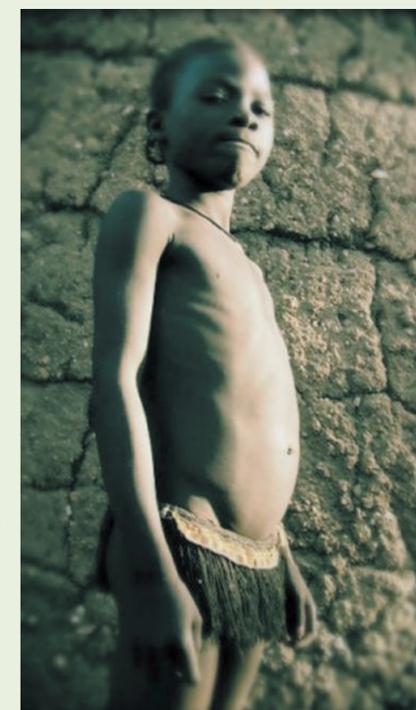
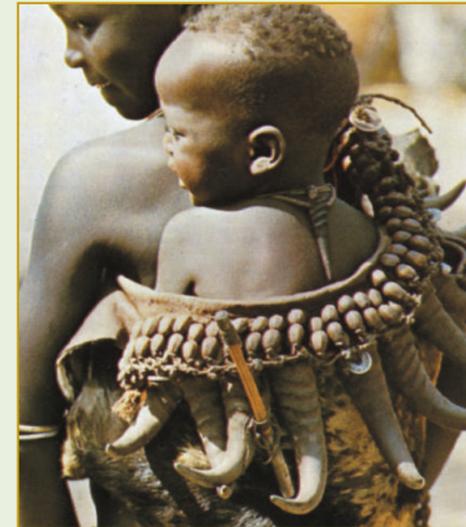
El nacimiento de dos mellizos se celebra con gran solemnidad, por considerarse un favor especial de Dios.

De siete a diez días después del nacimiento, la abuela materna de la criatura modelará dos figuras de arcilla, llamadas han bonju, una masculina y la otra femenina. Cuando el sol alcanza su cenit, las coloca en una gran vasija ante la casa de los padres. Los miembros de los clanes del padre y la madre del niño depositan cestas de mijo en torno al primer recipiente. La gramínea sirve para hacer un vino con el cual se realizará la presentación ante los antepasados, cuando el nuevo ser cuente seis meses de edad. De momento la abuela destruye y arroja lejos de sí las cuentas incorporadas por la madre a las figuras de arcilla. Al anochecer se las lleva a un nicho abierto en un peñasco, para ocultarlas durante cuatro semanas, tras lo cual ya pueden hacerse pedazos. La razón de este comportamiento estriba en que, para los fali, los malos espíritus atacan las características sexuales latentes en la criatura recién nacida. Se trata, pues, de una estrategia, para inducirlos a que penetren en las figuras y no afecten al ser humano.

El recién nacido pasa los seis primeros meses de vida con su madre. Cuando comienzan a salirle los dientes, se considera que ya es miembro de la tribu y se le presenta ante los antepasados de los clanes paterno y materno. En cuanto sale el sol, el padre se presenta en el domicilio de su suegro, seguido de su esposa con el pequeño. Dos sacerdotes vierten el vino de mijo y la sangre de un pollo sobre un par de piedras sagradas.

Se distribuye comida entre los familiares asistentes al acto, y uno de los sacerdotes hace ofrenda de parte de ella en el altar de los antepasados. Su compañero, tomando una planta sagrada, la divide en nueve fragmentos y los deposita en una calabaza llena de agua.

Cuando el niño o la niña tiene dos años de edad, se le asigna un yum (cuidador) del mismo sexo. Y siete años mayor, para atenderle mientras los padres se encuentren ausentes del poblado. Poco antes de la pubertad se separa a las chicas de los chicos, y éstos se someten a la iniciación hacia los 12 ó 14 años. Tres días antes de las ceremonias, el muchacho se muda a la choza de su yum, y durante este período ambos se abstienen de todo contacto con mujeres, no comen carne ni beben vino. El yum confecciona un taparrabos blanco y un largo paño azul para su protegido, quien se adorna además con gruesos collares de cuentas rojas, prestados para la ocasión por alguna muchacha de su propio linaje. En la víspera del gran día, un sacerdote del clan se dirige a las montañas para cortar los postes sagra-



dos. Al anochecer, los iniciados beben vino de mijo y suben a las montañas, donde han de localizar a una figura humana que se cubre el rostro con una máscara de cortezas de baobab, plumas, cerdas y tiras de algodón. La máscara, símbolo del fundador del clan y usada en este caso por el varón más anciano, se guarda con otras parecidas en cuevas situadas fuera de los poblados.

La siguiente fase de la iniciación corre a cargo del yum, quien afeita la cabeza del muchacho y le coloca una corona hecha con seis fragmentos de la planta sagrada. En el segundo día, el jefe del poblado mata una cabra y vierte su sangre sobre las piedras del altar. Seguidamente se sacrifican veinte pollos, se toma una pluma de cada uno de ellos y se depositan también en un altar. Un redoble de tambores simboliza el despertar de los antepasados, señalado al mismo tiempo por los chasquidos de las tobilleras de un par de bailarines. Mientras el enmascarado entona cánticos rituales, un sacerdote empuja al joven y a su yum hasta hacerles participar en la danza.

Al caer la tarde, los jóvenes hacen volver a las mujeres que se habían refugiado en las montañas, y los hombres del poblado realizan un simulacro de violación. Pero de repente, surge poderosa la voz del enmascarado y todos se quedan inmóviles, como paralizados por el estupor. La hermana del iniciado, hasta entonces disfrazada de hombre, se desnuda y huye corriendo con las demás mujeres, mientras la danza prosigue fuera del recinto familiar. Esa misma noche se devuelve la máscara a la cueva sagrada. Llegada la tercera jornada de la iniciación, los miembros del clan paterno se congregan para discutir el derecho del aspirante a ingresar en su grupo. La hermana unge con aceite al muchacho y a su yum, y después entrega al primero las prendas masculinas que vistiera el día anterior.

El matrimonio, a menudo concertado por los padres respectivos desde el día del nacimiento, sólo es lícito entre personas de distinto clan. La familia del novio satisface en varios plazos la dote acordada, y la presentación de la novia a los antepasados del futuro marido se realiza al día siguiente del plenilunio. Entre otros obsequios, el pretendiente le entrega un muñeco de madera en forma de falo y adornado con cuentas, para que la joven lo lleve a modo de amuleto de la fecundidad.

Para empezar la ceremonia nupcial, el novio y sus amigos, roturan un campo del futuro suegro. El novio construye además una choza, mientras que el padre de su prometida coloca los testículos de dos carneros recién sacrificados en el altar del propio clan. Después la muchacha toma posesión de su nueva casa.

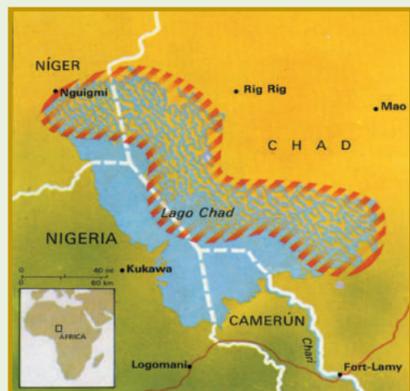
Cuando muere un hombre se conserva su cadáver hasta que empieza a descomponerse, momento en que sus hijos proceden a lavarlo y lo envuelven en tiras de algodón, dejando al descubierto los pies y las manos, y manteniendo el pene erecto con ayuda de cordeles. Durante varias horas, todo el poblado participa en una danza ritual al son de los tambores y seguidamente se envuelve el cadáver en pieles curtidas. El sacerdote sacrifica un par de cabras, divide sus corazones en cuatro partes y los arroja en la dirección de los cuatro puntos cardinales.

Llega entonces el personaje de la máscara, se planta frente al cadáver y gira siete veces sobre sus talones. Hecho esto, se transporta el cuerpo a una cueva sagrada de las montañas, y se depositan junto a él un arco, flechas y varias cestas. Todos los vecinos rinden un último homenaje al muerto y el sacerdote simula darle comida. Se golpea una piedra pulimentada con un palo, invitando al espíritu del difunto a que se instale en su interior, y luego se coloca la piedra entre las piernas del cadáver, para que absorba su potencia sexual. De regreso al poblado, la depositarán en el granero, junto a las piedras sagradas que simbolizan los espíritus de anteriores generaciones. Por último, la puerta del granero se tapia con una vasija y muchos guijarros.



LOS BUDUMAS DE CHAD

Los Budumas son un grupo étnico que habita en los numerosos islotes del lago Chad, cuyo origen no está muy claro. Su lengua apenas presenta semejanzas con las de sus vecinos y se les considera los primeros colonizadores de este gran lago africano.



El lago Chad es uno de los accidentes naturales más notables del continente africano. Enclavado en el borde meridional del Sahara, constituye un vestigio de lo que antiguamente fuera un inmenso mar interior, cuando el desierto era un país verde y fértil. El lago, alimentado por cuatro ríos carece de desagües, y su lecho y muchos islotes resultan muy inestables. Su profundidad media oscila entre 3 y 6 metros, y aunque nunca se seca por completo está sometido a enormes variaciones superficiales, habiéndose registrado un máximo de 21.000 kilómetros cuadrados, que desde principios del siglo XIX se ha ido reduciendo. Las riberas del lago Chad y las tierras circundantes -comprendidas dentro de los territorios de

Níger, Chad, Camerún y Nigeria- han estado habitadas desde épocas remotas por poblaciones nómadas de origen mixto. Su historia reciente, hasta que la colonización europea impuso cierta estabilidad en la región, fue fluctuante y llega de violencias. Pero en su centro, en los numerosos islotes del lago propiamente dicho, habita un pueblo que ha logrado conservar su misteriosa identidad. Sus vecinos suelen conocer a estas gentes por el nombre de budumas. Una clave para comprender su supervivencia como grupo separado nos la brinda el hecho de que antiguamente se les aplicara el sobrenombre de "piratas de los papiros", por la planta acuática que constituye el manto vegetal característico de su hábitat. Otro detalle interesante nos lo proporcionan los exploradores británicos que en 1823 visitaron a los "biddomahs", gentes que vivían del "pillaje practicado en las riberas del lago". Con semejante reputación y escastillados en su fortaleza natural, durante largo tiempo nadie osó desafiar a los budumas. Hoy son un pueblo pacífico y hospitalario, únicamente receloso de los funcionarios de aduanas. Los orígenes étnicos de los budumas no están muy claros. Su lengua, de la familia chádica, apenas presenta semejanzas con la de sus vecinos. A sus hablantes se les considera descendientes

de los primeros colonizadores del lago, teniendo por gentes del todo diferenciadas de los demás pueblos. Ni siquiera el gentilicio de "budumas" les corresponde con rigor, pues significa "gentes de la hierba" y tiene matices peyorativos, como si su vida entre los arbustos y juncos de los islotes les asemejara a los animales herbívoros. Lo cierto es que el apelativo les desagrada y prefieren el de "yedinas". La antigua cultura buduma se ha visto modificada sustancialmente por influencias europeas y de otros pueblos. Aunque afirman profesar la fe islámica, no dan muestras de haber captado el verdadero sentido de esta religión. Muchos adoran a un espíritu lacustre al que en ocasiones ofrecen sacrificios, y creen en la existencia de una criatura monstruosa en el fondo del lago Chad. La vida en el mundo de los budumas es bastante precaria. Por su elevada tasa de mortalidad infantil, nunca dan un nombre a los recién nacidos -y en consecuencia no los admiten como seres humanos- hasta varios días después del parto. Superada esta peligrosa fase inicial, la criatura recibe dos nombres: uno secreto, que nunca vuelve a utilizarse, y otro con el que se le llamará durante toda su vida. Desde edad muy temprana los niños aprenden a nadar, se ejercitan en el manejo de los botes y colaboran en las faenas pesqueras. Para los varo-

nes la madurez llega con la circuncisión -realizada entre los 15 y los 18 años-, aunque por lo general no se casan hasta diez años más tarde. La poligamia está permitida, siempre que el marido pueda mantener a sus esposas. La primera mujer debe acreditar su virginidad y es siempre mucho más joven que el marido, quien debe pagar un alto precio por ella en ganado y en metálico. La boda se festeja varios días con nutrida asistencia de invitados que cantan y bailan al son de los tambores. En cierto momento la pareja se retira a una choza especialmente construida para la ocasión, mientras una anciana cumple con su deber de comprobar y proclamar la consumación del matrimonio. La vida buduma sigue en general las viejas pautas africanas, modificadas superficialmente por el islamismo y, en los últimos tiempos, por los contactos comerciales, políticos y religiosos con el mundo europeo. No obstante, todavía se observa una estricta división del trabajo según el sexo. Así, tejer es labor femenina: las mujeres budumas producen unas cestas especiales para contener agua, aparte de "tejer" literalmente las casas o chozas. Ambos sexos trabajan en los reducidos cultivos de muy reciente adopción, pero sólo los hombres atienden al pastoreo y ordeño de los rebaños. En cuanto al manejo de los botes, no se observan diferencias de habilidad entre uno y otro sexo, si bien compete a los hombres su construcción y empleo en actividades pesqueras. La economía buduma nunca ha sido completamente autárquica. Como ya indicaron los primeros exploradores europeos, estas gentes se dedicaban al pillaje y las incursiones e busca de botín. También participaron en la captura de esclavos, para cambiarlos por cuchillos y otros utensilios. No obstante, la vida social y económica está determinada básicamente por los dos tipos de islas que abundan en el lago Chad, de las cuales tal vez hasta unas 2000, aunque ningún recuento puede considerarse definitivo. Muchas son realmente islotes, pero otras no pueden considerarse más que como asociaciones vegetales flotantes, móviles o fijas. La configuración de los islotes flotantes sufre cambios continuos. Se extienden por crecimiento natural, se fraccionan y el viento que arre esta región llana los arrastra hacia otro lugar para formas nuevas asociaciones. En los islotes más estables se construyen poblados relativamente permanentes, con chozas de papiro y junco entrelazado. Cuando asciende el nivel del agua, su ligereza las hace fácilmente transportables a zonas más elevadas. En estos poblados toda la actividad social y económica gira en torno al ganado, y sólo en menor medida depende de las cosechas de mijo, maíz y trigo, cultivados en algunas zonas. Los vacunos, pertenecientes a un raza exclusiva de esta región, poseen enormes cornamentas que al inclinar la cabeza hacia atrás les ayudan a desplazarse nadando. Sólo se crían para aprovechar su leche y con destino a sacrificios rituales. La dieta de los budumas es un caso excepcional en África, ya que se basa en el pescado y los derivados lácteos, con ocasional consumo de algunos cereales. La vida del poblado cambia bruscamente con la llegada de la estación seca, en la que la inmensa mayoría de habitantes se establecen en campamentos levantados sobre los islotes flotantes, quedando sólo los viejos y enfermos al cuidado de las viviendas permanentes. Durante esta estación vive casi exclusivamente a base de pescado, que capturan con sus botes de papiro. Estas elegantes embarcaciones muestran notable semejanza con las utilizadas



En el antiguo Egipto y en el sur de Irak. Se construyen de acuerdo con un método invariable. Los papiros, de sección triangular, muy ligeros e insubmersibles, se cortan en haces de tres a cinco metros, atándolos luego por un extremo para formar la proa, mientras el opuesto se deja abierto en abanico.



A continuación se van intercalando nuevos tallos, alargando y ampliando la estructura al tiempo que se forma el fondo de la canoa. La sujeción de los tallos se realiza con fibras de dom, variedad de palmácea local. Partiendo de la popa, se introducen haces más cortos que componen los costados y las regalas. Finalmente, una vez recortados los tallos que sobresalen de la popa, se asegura la proa por medio de un estay. El kadai, como se llama al antiguo tipo de embarcación, suele tener de 5 a 10 metros de eslora, necesiéndose tres días de trabajo para que un

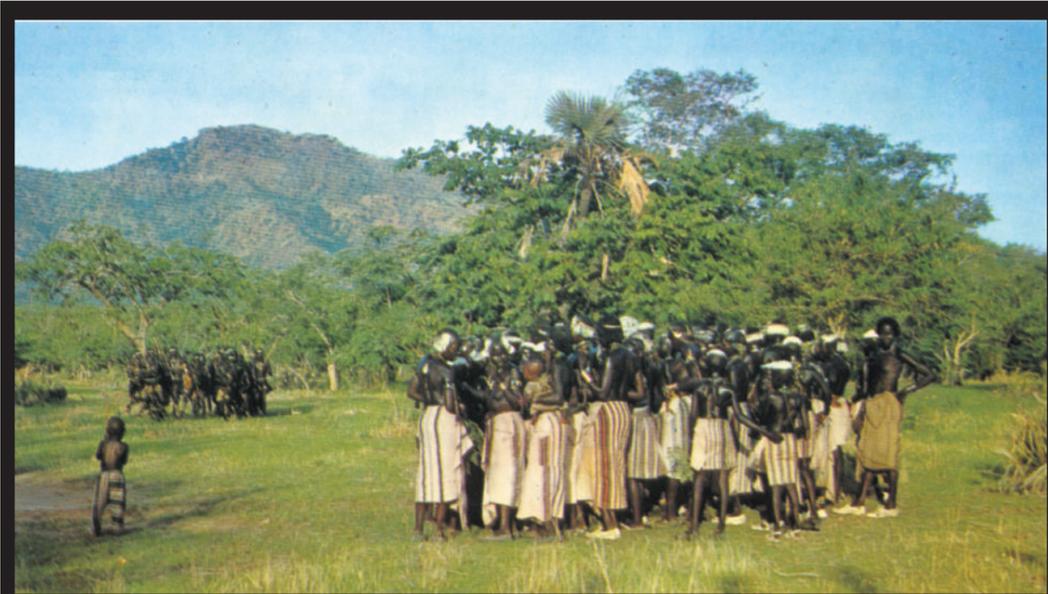
par de hombres construyan un kadai grande. Durante la fase de construcción y toda su vida -a veces por más de dos años-, es imprescindible mantener el bote siempre húmedo para evitar la desintegración. El agua va penetrando en los tallos huecos hasta que acaba por hacerlo inservible. Este pueblo ha logrado adaptarse admirablemente a su medio lacustre, que además de brindarle protección contra los enemigos de antaño, ha posibilitado un tipo de nutrición rica en proteínas. Su resistencia física es notable: nadan con soltura y son capaces de permanecer tanto tiempo bajo el agua que algunos pueblos vecinos llegaron a considerarlos anfibios. Los budumas solían pescar con el único fin de aprovisionar a sus familias, sirviéndose para ello de redes fijas en el lecho del lago y provistas de boyas de papiro. Hoy han ampliado sus actividades, practica la pesca comercial con métodos y navíos modernos. Las capturas llegan tras varios días de viaje, a los mercados nigerianos. Subsistir en estas tierras fue siempre difícil, sobre todo cuando los budumas no se dedicaban a la pesca comercial. Sin embargo, nunca dejaron de mantener contacto con el mundo exterior. El nuevo sistema de comercio ha mejorado su precaria economía, pero todo tiene un precio y los budumas no iban a ser una excepción: su progreso material ha sido posible gracias al empleo de técnicas foráneas, aplicadas con excesivo entusiasmo a la explotación de unas reservas que desgraciadamente no son inagotables. Al dejarse tentar por el señuelo de una economía comercial, los budumas han puesto en peligro el fundamento de su antiquísimo sistema de vida. En realidad, hay que opinar que están amenazando las fuentes nutritivas de futuras generaciones, tanto en el lago como en sus alrededores. Así se da la paradoja de que un pueblo primitivo ha imitado la conducta irresponsable de las naciones más avanzadas, consistente en alterar el equilibrio ecológico.



Las llanuras de Sudán sudoriental, situadas al pie de las Tierras Altas de Etiopía, han sido durante milenios escenario de enfrentamientos entre tribus rivales. Los antiguos reyes de Funji y Sennar capturaron en esta región a numerosos esclavos, costumbre en la que persistirían los posteriores amos árabes y egipcios del Sudán. Las tribus menores sólo se libraron de esta amenaza a comienzos del presente siglo.

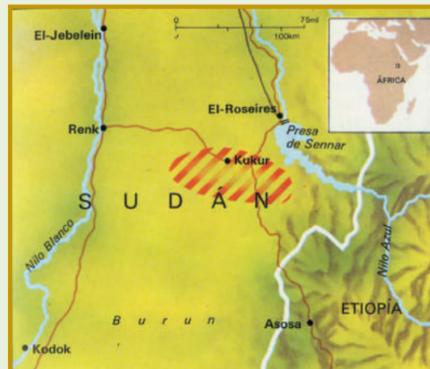
En parte por esta razón, aunque también porque el país es de orografía accidentada, sus pobladores se dividen en tribus de poca entidad, independientes y hostiles entre sí. Por la diversidad lingüística del territorio se advierte que muchos de estos grupos proceden de gentes refugiadas en laderas y elevaciones aisladas, donde llegaron huyendo de otros pueblos más poderosos.

Encastillado en un macizo rocoso que alcanza hasta mil metros de altitud sobre la llanura circundante, uno de estos grupos, el ingessana, ha logrado retener gran parte de su individualidad. Lo forman gentes robustas y belicosas, para quienes nada hay tan admirable como el coraje, el vigor y la capacidad de resistencia. No obstante, saben apreciar también otros valores, como las dotes de canto o la habilidad para tocar algún instrumento musical. Para los ingessana su tierra es el centro del mundo, que no es esférico, ni plano, sino más bien semejante a un cono hueco. Desde su vértice, donde ellos habitan, este mundo desciende formando las llanuras circundantes, y luego llega hasta "las aguas" sobre las que flotan las islas y los continentes. La concepción ingessana del mundo se expresa asimismo en su apego a la patria. Es rarísima la emigración a los centros urbanos. Cuando se les preguntó si la extensión del ferrocarril -que llega hasta unos 60 kilómetros al norte de su país- les había afectado en algo, explicaron que les interesaban ciertos elementos de los railes, como las eclisas y



LOS INGESSANA DE SUDÁN

Los Ingessana son un pueblo robusto y belicoso de Sudán que admiran el valor y la capacidad de resistencia, así como las dotes de canto o la habilidad para tocar algún instrumento musical.



los durmientes metálicos, porque con ellos podían fabricarse espadas, lanzas y herramientas. Es decir, habían hallado un medio de aprovechar la tecnología occidental sin sucumbir a las formas de vida que ésta lleva emparejadas. A pesar de desconocer el arte de la fundición, los herreros ingessana gozan de gran renombre, tanto entre sus paisanos como entre las tribus circundantes y los árabes nómadas que borde-

an sus montañas durante las migraciones periódicas en busca de pastos. Los ingessana acostumbra a cambiar vacas o cabras por camellos, y en ocasiones venden sus excedentes de cereales a mercaderes árabes. Sin embargo, no existen mercados especiales y el único cauce para estas operaciones lo constituyen los contactos personales del comerciante, transmitidos de padres a hijos.

El carácter agropecuario de la vida ingessana se refleja en la distribución de sus recintos, que son en realidad sucesiones de círculos concéntricos. Su perímetro queda delimitado por un seto de espinos que encierra campos de mijo, maíces y huertos. Al cabo de unos ocho años la tierra deja de ser productiva y todo el recinto debe trasladarse a otro emplazamiento.

El límite anterior de este campamento lo forman un círculo de chozas con techumbre de paja, unidad por una sólida empalizada de unos dos metros de altura. El recinto típico cuenta con cuatro chozas: a ambos lados de la angosta entrada se alzan la cocina y la vivienda del cabeza de familia, y más al interior la cuadra de los becerros y otros animales jóvenes, cerca de la choza reservada a mujeres y niños. Una mitad del recinto habitado se destina a los animales adultos, que todas las noches se recogen en torno a una fogata; en la otra se construye el granero, edificio también con techumbre de paja aunque levantado sobre pilotes para separarlo del suelo. Este granero de muros enlucidos no tiene puerta y a él se accede retirando la techumbre cónica.

Las actividades ganaderas y agrarias exigen ocasionales invasiones de las llanuras circundantes, donde se suele sembrar sésamo y mijo. Durante la temporada seca, los mozos de tres o cuatro recintos reúnen sus rebaños para iniciar desplazamientos que pueden durar varios meses. En las riberas del Yabus, unos 150 kilómetros al

sur de su país, los pastores ingessana comparten agua y pastos con los nómadas árabes y bororos.

Hombres y mujeres participan por igual en las faenas agrarias y en tareas como el ordeño de las reses, aunque también se observa una estricta división laboral por sexos en otros órdenes, reservándose a los varones la construcción y reparación de los recintos, y a las mujeres las actividades culinarias, la recogida de agua y la fermentación de cerveza. El trabajo masculino se rige por un complejo sistema de intercambios, de tal manera que el patriarca de un recinto suele dedicar más tiempo a los medios ajenos que al propio. Este tipo de obligaciones afecta a un grupo de vecinos y a los parientes. Se trata de un aspecto importante de la sociedad ingessana: toda persona está moralmente obligada a aceptar la colaboración de sus paisanos, pues a quien trabaja por su cuenta nadie le respeta, y su comportamiento merece general desaprobación.

Las poblaciones dispersas por las montañas forman unas entidades que podrían calificarse de "parroquias", cuya vida ceremonial se centra en el templo, mientras que la responsabilidad de los asuntos locales queda en manos de los "señores de la parroquia", normalmente constituidos en un consejo de hasta siete ancianos. El templo se encuentra en el recinto de uno de estos nobles, a quien se concede el título de "aur" o guardián. Otro privilegio de los aristócratas del consejo es la designación de dos o tres miembros para los cargos de "generales del ejército", que antiguamente dirigían las actividades militares, pero hoy sólo convocan a los hombres de la parroquia para la realización de ceremonias. Cuando los señores deben resolver cuestiones seculares se fusionan con una categoría más amplia de ancianos.

La asamblea decide sobre cuestiones como el traslado de recintos o la explotación de recursos naturales, y soluciona pleitos, llegando incluso a proceder contra los infractores de las normas comunitarias. Los ingessana dicen que la asamblea pone coto a las cosas malas, refiriéndose no sólo a las faltas cometidas por individuos, sino también a problemas como enfermedades anormales, esterilidad y otras desgracias atribuidas a los malos espíritus. Para combatir estas influencias malignas, los ancianos suelen recurrir a los servicios del "kaik", especie de individuo dotado de poderes mágicos.

Además de los ancianos, hay otros dos grupos masculinos: el de los "boongoork" o mozos y el de los "kasak" o muchachos. Todos los contactos sociales, desde las ceremonias hasta la vida doméstica, quedan regulados por el grupo de edad al que pertenezcan los interesados. Por ejemplo, si se decide reparar un templo, la comunicación entre los mozos que realizan el trabajo y los ancianos que lo dirigen se realizará a través de los representantes oficiales. Aunque sometidos a un estricto orden jerárquico, todos los grupos de edad son interdependientes. Las mujeres cuentan con una organización similar, por cuanto existen las "yok" (ancianas o suegras), las "olk" (esposas) y las "nyulk" (niñas), si bien estas categorías no tienen equivalencia exacta con las de los hombres.

Los templos constituyen una expresión tangible de la identidad parroquial, pero también su vínculo con el resto de la sociedad ingessana. Todos ellos están orientados hacia un "gran templo", en realidad más pequeño que los de las poblaciones. Estos últimos se parecen por su forma y tamaño a las viviendas ordinarias, y si la construcción de las casas sagradas compete a los mozos, la del gran templo



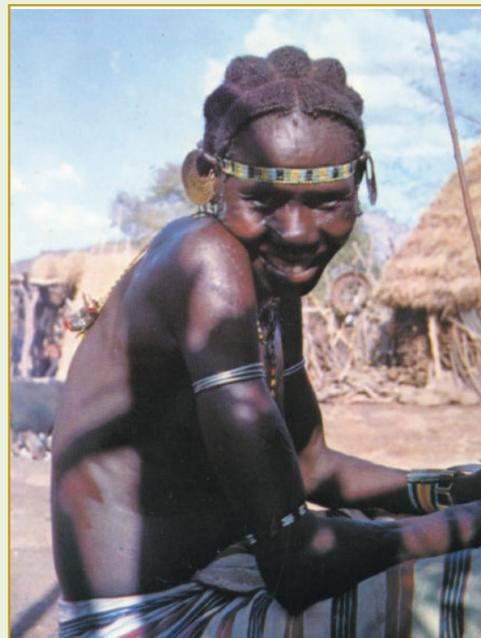
corre a cargo de los ancianos. La edad y poca salud de éstos podría explicar lo reducido de sus dimensiones, aunque probablemente se deba a que el gran templo nunca acoge a grupos, como es el caso de los parroquiales, pues sólo el guardián tiene derecho a penetrar en su interior.

En virtud de su cargo, el "aur" o guardián del gran templo designa las fechas en que deben celebrarse los tres festivales básicos del año ingessana, para lo cual recibe en sus sueños las indicaciones de algún antecesor. Estos ritos propiciatorios de la fertilidad de los campos y del bienestar

social se celebran simultáneamente en todos los templos parroquiales. Durante estos "sak" o festejos hacen su aparición dos grupos religiosos, el "chalk" y el "semk"; cada uno de ellos posee su propio templo donde guardan sus insignias y sus símbolos. Aparte de su función, estos grupos cumplen otros fines más concretos: el "semk" regula las cacerías comunales de cada parroquia, y el "chalk" celebra ritos con ocasión de acontecimientos muy específicos, como el nacimiento de mellizos. Ambos grupos

cobran una especie de tributo a sus vecinos: los miembros del "chalk" recorren los recintos insultando a sus moradores y no cesan hasta recibir mijo o maíz; los del "semk", en cambio, realizan una visita mucho más comedida a un solo recinto, del que se llevan un buey para sacrificarlo, con lo cual hacen un gran honor a su dueño. Al sacrificio del animal sigue una danza muy ordenada en la que los "semk" evolucionan en doble fila como una compañía de soldados. Los bailes de los "chalk" son mucho más tumultuosos, "como una nube de moscas", comentan los ingessana.

Además de los ritos y otras actividades de los cultos, los días festivos se celebran reuniones familiares en todas las parroquias. Hijos e hijas regresan al hogar de origen, donde les aguardan escudillas de cerveza, comida, aceite, más un poco de tabaco y algunas prendas, todo ello dispuesto sobre la estera en que se transportó el cadáver del abuelo o del padre a su última morada. En estas ocasiones los niños comen en primer lugar. Se trata de una jornada de alegría, muy parecida a la Navidad de los cristianos.



Viven en un medio sumamente variado, que comprende las húmedas tierras altas del Wollo y Wollegá, los ricos cafetales de Jimma, los exuberantes bosques pluviosos de Jamjam, las áridas extensiones de la cuenca del Awash y las sabanas de Bale y Sidamo.

La mayoría de los gallas poseen una misma identidad social, cultural y lingüística. Sin embargo, en los últimos cuatro siglos nunca han formado una unidad política, y su expansión por la meseta etíope dio lugar a diversas tribus antagonistas. La religión de casi todos los gallas se fundamenta en el concepto de un Dios (Waka) bondadoso, atento a las plegarias de sus adoradores, que le ofrecen sacrificios, aunque sin excesivas muestras de humildad o postración. Waka, se asocia al firmamento, premia a la humanidad enviándole la lluvia y la castiga reteniéndola. El favor de Waka se obtiene con dos clases de rituales, directamente o a través de intermediarios: los del agua y los de la fecundidad. Los gallas han demostrado siempre una actitud ambivalente ante la fecundidad. Por una parte, regulan y restringen los nacimientos con más rigor que cualquier otro pueblo etíope; por otra, aman a sus hijos y desean tener todos los que sea posible. En consecuencia, de vez en cuando ofrecen sacrificios para mejorar la fecundidad femenina, al menos durante aquellas etapas del ciclo vital en que se admiten los partos.

Otro tipo de ceremonias que practican los gallas son los ritos de transición. Como la mayoría de sociedades africanas, celebran las etapas del nacimiento, la circuncisión, el matrimonio y la muerte; pero los gallas han creado un complejo conjunto de ritos transicionales que abarcan todo el ciclo de la vida. El calendario ritual que fija el momento de todas esas transiciones es una ciencia esotérica que exige muchos años de prolongados estudios. En todas estas actividades, los intermediarios -los abba jila- supervisan su celebración e interceden ante Dios en nombre de los humanos. Estas funciones sólo pueden desempeñarlas los expertos en historia (gada), cálculo del tiempo, adivinación (raga) o normas del ritual (jila). No obstante, especialistas hereditarios como lo skallu y los bokku son responsables de los ritos más importantes, llamados muda y butta, a los cuales asisten gran número de peregrinos.

Los boranas y otros gallas pastoriles del sur de Etiopía han conservado intacto su sistema religioso tradicional, que más la norte ha sufrido considerables modificaciones o simplificaciones, siendo reemplazado algunas veces por sus equivalentes cristianos o islámicos. El sistema tradicional del cálculo cronológico se ha abandonado en beneficio del calendario etíope o



Mujeres galla llenan de agua odres confeccionados con pieles de cordero.

LOS GALLAS DE ETIOPÍA

Los Gallas son uno de los pueblos más numerosos del continente africano, pues constituyen casi la mitad de la población etíope. Su lengua pertenece al subgrupo cusita, en el que también figura el somalí, el afar, el konso y el darassa.



islámico.

La vida ritual de los grupos pastoriles, disciplinada y restringida, ha cedido ante el empuje de formas religiosas más estáticas.

La institución de los kallu sigue siendo tan importante entre los machas de las montañas centrales como en el sur. En realidad ha adquirido un carácter aún más fundamental para la vida comunitaria, habiéndose propagado por la Etiopía cristiana e islámica bajo la forma modificada de los rituales de la kallichá o posesión.

El islamismo y el cristianismo han tenido profundos efectos en los gallas agricultores. Los de Harar, Arussi oriental y Kafa fueron los primeros en convertirse al islamismo. En estas zonas, algunos santuarios islámicos se han convertido en lugares de peregrinaje para el campesino galla. En conjunto, la difusión del Corán no fue obra de misiones organizadas. Creyentes, mercaderes, peregrinos y autodidactas lo fueron propagando de una a otra comunidad. Sólo en algunas congregaciones como las de Harar y Jimma, existe una tradición docente islámica.

El cristianismo llegó con los colonizadores del norte. Casi todos los jefes militares que dirigieron las conquistas del imperio iba acompañados de clérigos; construyeron templos e impusieron por la fuerza la ortodoxia etíope. Las escuelas religiosas atrajeron a unos pocos conversos, a los que enseñaron todo lo concerniente al ayuno, la lectura y en canto en lengua geez, el idio-

ma litúrgico. Las instituciones básicas de los gallas han sufrido cambios radicales en algunas regiones del país. El sistema político de todos los gallas giraba en torno del gada, democrático traspaso de los poderes políticos de una generación a la siguiente. Hoy sólo se conserva entre los pastores boranas y gujis, aunque casi todos los gallas agricultores siguen conservando fragmentos de su ritual. En las sociedades pastoriles, el poder político se encuentra muy repartido entre todos. La guerra tuvo mucha importancia en la vida tradicional de los gallas. La lucha defensiva carecía de estructura y de mandos, pero las contiendas ofensivas estaban muy organizadas. Los guerreros procedían de tres hariyya o grupos de dad, divididos cada uno de ellos en otras tantas unidades de combate llamadas Chibra. Estas unidades fueron la base de la organización militar galla en su periodo expansionista u y sigue predominando las incursiones de los grupos pastores. Para cada guerra se elegía un caudillo (abba dula), quien al término de la campaña regresaba a sus ocupaciones civiles. El mando militar era una ocupación temporal. Pero la tendencia de los jefes guerreros y de sus descendientes hacia la consolidación de sus puestos de poder fue siempre una amenaza interna contra la democracia galla que finalmente provocaría la ruina del sistema de gobierno colectivo. Entre los siglos XVI y XIX, la sociedad galla perdió gran parte de sus características originales, debido a una combinación de factores internos y externos. A comienzos del siglo XIV, su rápido incremento demográfico puso en marcha un proceso que acarrearía cambios notables. La reacción de los gallas fue múltiple: multiplicaron por diez la extensión original de su territorio, controlaron rigurosamente la natalidad, efectuaron reajustes ecológicos en las nuevas posesiones y, finalmente, adoptaron instituciones políticas centralizadas. El enorme crecimiento demográfico de los gallas en aquel periodo no tiene parangón en los anales del África oriental. Por su magnitud, podría compararse a la repentina expansión de los zulúes-ngunis en el sur del continente y a la gran diseminación de los fulanis en el oeste. La guerra como desahogo de la expansión demográfica dependía de la movilidad de la posesión de caballos y de un avituallamiento rápido. Los gallas fueron siempre muy diestros en la caza y el rastreo, en la localización de aguas subterráneas, construcción de pozos y presas, regulación de pastos y explotación de los recursos vegetales. En un principio, la expansión más notable tuvo por escenario el valle del

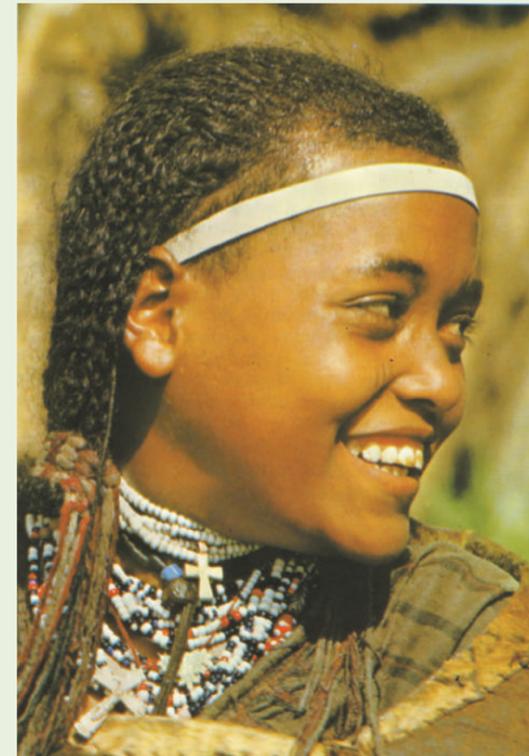
ma litúrgico.

ma litúrgico. Las instituciones básicas de los gallas han sufrido cambios radicales en algunas regiones del país. El sistema político de todos los gallas giraba en torno del gada, democrático traspaso de los poderes políticos de una generación a la siguiente. Hoy sólo se conserva entre los pastores boranas y gujis, aunque casi todos los gallas agricultores siguen conservando fragmentos de su ritual. En las sociedades pastoriles, el poder político se encuentra muy repartido entre todos. La guerra tuvo mucha importancia en la vida tradicional de los gallas. La lucha defensiva carecía de estructura y de mandos, pero las contiendas ofensivas estaban muy organizadas. Los guerreros procedían de tres hariyya o grupos de dad, divididos cada uno de ellos en otras tantas unidades de combate llamadas Chibra. Estas unidades fueron la base de la organización militar galla en su periodo expansionista u y sigue predominando las incursiones de los grupos pastores. Para cada guerra se elegía un caudillo (abba dula), quien al término de la campaña regresaba a sus ocupaciones civiles. El mando militar era una ocupación temporal. Pero la tendencia de los jefes guerreros y de sus descendientes hacia la consolidación de sus puestos de poder fue siempre una amenaza interna contra la democracia galla que finalmente provocaría la ruina del sistema de gobierno colectivo. Entre los siglos XVI y XIX, la sociedad galla perdió gran parte de sus características originales, debido a una combinación de factores internos y externos. A comienzos del siglo XIV, su rápido incremento demográfico puso en marcha un proceso que acarrearía cambios notables. La reacción de los gallas fue múltiple: multiplicaron por diez la extensión original de su territorio, controlaron rigurosamente la natalidad, efectuaron reajustes ecológicos en las nuevas posesiones y, finalmente, adoptaron instituciones políticas centralizadas. El enorme crecimiento demográfico de los gallas en aquel periodo no tiene parangón en los anales del África oriental. Por su magnitud, podría compararse a la repentina expansión de los zulúes-ngunis en el sur del continente y a la gran diseminación de los fulanis en el oeste. La guerra como desahogo de la expansión demográfica dependía de la movilidad de la posesión de caballos y de un avituallamiento rápido. Los gallas fueron siempre muy diestros en la caza y el rastreo, en la localización de aguas subterráneas, construcción de pozos y presas, regulación de pastos y explotación de los recursos vegetales. En un principio, la expansión más notable tuvo por escenario el valle del

ma litúrgico. Las instituciones básicas de los gallas han sufrido cambios radicales en algunas regiones del país. El sistema político de todos los gallas giraba en torno del gada, democrático traspaso de los poderes políticos de una generación a la siguiente. Hoy sólo se conserva entre los pastores boranas y gujis, aunque casi todos los gallas agricultores siguen conservando fragmentos de su ritual. En las sociedades pastoriles, el poder político se encuentra muy repartido entre todos. La guerra tuvo mucha importancia en la vida tradicional de los gallas. La lucha defensiva carecía de estructura y de mandos, pero las contiendas ofensivas estaban muy organizadas. Los guerreros procedían de tres hariyya o grupos de dad, divididos cada uno de ellos en otras tantas unidades de combate llamadas Chibra. Estas unidades fueron la base de la organización militar galla en su periodo expansionista u y sigue predominando las incursiones de los grupos pastores. Para cada guerra se elegía un caudillo (abba dula), quien al término de la campaña regresaba a sus ocupaciones civiles. El mando militar era una ocupación temporal. Pero la tendencia de los jefes guerreros y de sus descendientes hacia la consolidación de sus puestos de poder fue siempre una amenaza interna contra la democracia galla que finalmente provocaría la ruina del sistema de gobierno colectivo. Entre los siglos XVI y XIX, la sociedad galla perdió gran parte de sus características originales, debido a una combinación de factores internos y externos. A comienzos del siglo XIV, su rápido incremento demográfico puso en marcha un proceso que acarrearía cambios notables. La reacción de los gallas fue múltiple: multiplicaron por diez la extensión original de su territorio, controlaron rigurosamente la natalidad, efectuaron reajustes ecológicos en las nuevas posesiones y, finalmente, adoptaron instituciones políticas centralizadas. El enorme crecimiento demográfico de los gallas en aquel periodo no tiene parangón en los anales del África oriental. Por su magnitud, podría compararse a la repentina expansión de los zulúes-ngunis en el sur del continente y a la gran diseminación de los fulanis en el oeste. La guerra como desahogo de la expansión demográfica dependía de la movilidad de la posesión de caballos y de un avituallamiento rápido. Los gallas fueron siempre muy diestros en la caza y el rastreo, en la localización de aguas subterráneas, construcción de pozos y presas, regulación de pastos y explotación de los recursos vegetales. En un principio, la expansión más notable tuvo por escenario el valle del

ma litúrgico. Las instituciones básicas de los gallas han sufrido cambios radicales en algunas regiones del país. El sistema político de todos los gallas giraba en torno del gada, democrático traspaso de los poderes políticos de una generación a la siguiente. Hoy sólo se conserva entre los pastores boranas y gujis, aunque casi todos los gallas agricultores siguen conservando fragmentos de su ritual. En las sociedades pastoriles, el poder político se encuentra muy repartido entre todos. La guerra tuvo mucha importancia en la vida tradicional de los gallas. La lucha defensiva carecía de estructura y de mandos, pero las contiendas ofensivas estaban muy organizadas. Los guerreros procedían de tres hariyya o grupos de dad, divididos cada uno de ellos en otras tantas unidades de combate llamadas Chibra. Estas unidades fueron la base de la organización militar galla en su periodo expansionista u y sigue predominando las incursiones de los grupos pastores. Para cada guerra se elegía un caudillo (abba dula), quien al término de la campaña regresaba a sus ocupaciones civiles. El mando militar era una ocupación temporal. Pero la tendencia de los jefes guerreros y de sus descendientes hacia la consolidación de sus puestos de poder fue siempre una amenaza interna contra la democracia galla que finalmente provocaría la ruina del sistema de gobierno colectivo. Entre los siglos XVI y XIX, la sociedad galla perdió gran parte de sus características originales, debido a una combinación de factores internos y externos. A comienzos del siglo XIV, su rápido incremento demográfico puso en marcha un proceso que acarrearía cambios notables. La reacción de los gallas fue múltiple: multiplicaron por diez la extensión original de su territorio, controlaron rigurosamente la natalidad, efectuaron reajustes ecológicos en las nuevas posesiones y, finalmente, adoptaron instituciones políticas centralizadas. El enorme crecimiento demográfico de los gallas en aquel periodo no tiene parangón en los anales del África oriental. Por su magnitud, podría compararse a la repentina expansión de los zulúes-ngunis en el sur del continente y a la gran diseminación de los fulanis en el oeste. La guerra como desahogo de la expansión demográfica dependía de la movilidad de la posesión de caballos y de un avituallamiento rápido. Los gallas fueron siempre muy diestros en la caza y el rastreo, en la localización de aguas subterráneas, construcción de pozos y presas, regulación de pastos y explotación de los recursos vegetales. En un principio, la expansión más notable tuvo por escenario el valle del

ma litúrgico. Las instituciones básicas de los gallas han sufrido cambios radicales en algunas regiones del país. El sistema político de todos los gallas giraba en torno del gada, democrático traspaso de los poderes políticos de una generación a la siguiente. Hoy sólo se conserva entre los pastores boranas y gujis, aunque casi todos los gallas agricultores siguen conservando fragmentos de su ritual. En las sociedades pastoriles, el poder político se encuentra muy repartido entre todos. La guerra tuvo mucha importancia en la vida tradicional de los gallas. La lucha defensiva carecía de estructura y de mandos, pero las contiendas ofensivas estaban muy organizadas. Los guerreros procedían de tres hariyya o grupos de dad, divididos cada uno de ellos en otras tantas unidades de combate llamadas Chibra. Estas unidades fueron la base de la organización militar galla en su periodo expansionista u y sigue predominando las incursiones de los grupos pastores. Para cada guerra se elegía un caudillo (abba dula), quien al término de la campaña regresaba a sus ocupaciones civiles. El mando militar era una ocupación temporal. Pero la tendencia de los jefes guerreros y de sus descendientes hacia la consolidación de sus puestos de poder fue siempre una amenaza interna contra la democracia galla que finalmente provocaría la ruina del sistema de gobierno colectivo. Entre los siglos XVI y XIX, la sociedad galla perdió gran parte de sus características originales, debido a una combinación de factores internos y externos. A comienzos del siglo XIV, su rápido incremento demográfico puso en marcha un proceso que acarrearía cambios notables. La reacción de los gallas fue múltiple: multiplicaron por diez la extensión original de su territorio, controlaron rigurosamente la natalidad, efectuaron reajustes ecológicos en las nuevas posesiones y, finalmente, adoptaron instituciones políticas centralizadas. El enorme crecimiento demográfico de los gallas en aquel periodo no tiene parangón en los anales del África oriental. Por su magnitud, podría compararse a la repentina expansión de los zulúes-ngunis en el sur del continente y a la gran diseminación de los fulanis en el oeste. La guerra como desahogo de la expansión demográfica dependía de la movilidad de la posesión de caballos y de un avituallamiento rápido. Los gallas fueron siempre muy diestros en la caza y el rastreo, en la localización de aguas subterráneas, construcción de pozos y presas, regulación de pastos y explotación de los recursos vegetales. En un principio, la expansión más notable tuvo por escenario el valle del



En las comarcas alejadas del mundo exterior, se conservan muchos elementos de la indumentaria tradicional.



Tribeños participantes en un festival galla.



Baño de corderos recién nacidos en e lago Abiata.

Rift, que se extiende desde Kenya central hasta Eritrea. Los gallas se establecieron en las praderas abiertas y poco a poco adoptaron una economía agropastoril, basada en el cultivo de gramíneas y en la cría de vacunos. Más tarde comenzó la lenta penetración de Etiopía sudoriental, densamente poblada, donde adoptaron las técnicas agrícolas de los cusitas occidentales, entre ellas la construcción de terrazas, el riego metódico y la producción de "falsos plátanos". El café se convirtió en su cosecha más lucrativa.

El sistema gada estaba íntimamente ligado a la vida pastoril y su efectividad dependía de la propia capacidad de los gallas para coordinar los desplazamientos necesarios para llevar a cabo las guerras periódicas y las grandes asambleas populares. La obligada sedentarización del agricultor, produjo fragmentaciones políticas y la aparición de reinos y cacicazgos, y entonces los gallas quedaron atrapados en el feudalismo de los pueblos que habían conquistado.

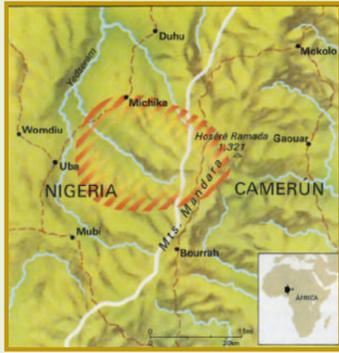
El cambio político fue la fuerza que transformó la vida galla en Shoa, Wollegá, Wollo, Hrar y en los reinos de Ghibe. Ante la necesidad de sostener largas guerras contra estados organizados, sus jefaturas militares adquirieron carácter permanente, y los caudillos asumieron poderes más amplios.

Durante la "era de los príncipes", la dinastía Wollo sometió a los emperadores de Gondar y estuvo a punto de apropiarse de su dignidad imperial. De manera similar, en el siglo XIX Wollegá se enfrentó constantemente a Gojjam y Shoa. Dos familias de guerreros, las casas de Jote y de Bakare, se transformaron en gobernantes hereditarios y, mediante matrimonios concertados con la aristocracia expansionista de la Etiopía central acabaron por integrarse en ella. Al amparo de esta amalgama aristocrática nació la clase de los abba lafa, que con el título nobiliario de balabbat y como señores feudales tuvieron acceso preferente a las tierras cultivables y derecho a reclutar mano de obra, todo ello a cambio de su lealtad y colaboración en el gobierno militar de sus respectivas comarcas.

Los reinos gallas más avanzados surgieron junto a las fronteras del Estado de Kafa, en una zona totalmente distinta a su hábitat tradicional compuesto por praderas.

En los lugares en los que los gallas contaron con monarquías o cacicazgos organizados, sus jefes y la nobleza terrateniente no tardaron en integrarse en el Estado feudal de Etiopía, colaborando con el emperador en sus campañas contra todos los territorios gallas. Generales como los ras Gobana y Makonnen Guddisa, cumplieron papeles decisivos en las luchas etíopes contra el imperialismo italiano.

Sin embargo, cuando se preservaron las instituciones democráticas tradicionales, la incorporación al imperio etíope fue violenta. Así, los arsis sostuvieron una guerra larga y costosa con las fuerzas amharas y gallas de Menelik. Su población quedó diezmada, perdieron sus propiedades y pasaron a depender de gentes llegadas del centro de Etiopía. Abolida la jefatura tradicional, la población quedó estratificada en dos clases sociales: un grupo foráneo de militares terratenientes, encargados de la administración local, y otro de aparceros carentes de derechos políticos. Esta situación inestable se prolongó durante siete décadas, hasta el estallido del decenio de 1960: haciéndose con armas modernas, los arsis de Bale organizaron una rebelión victoriosa que alteraría el equilibrio del poder y les permitiría participar en la administración local, por primera vez desde su incorporación al imperio.



Al nordeste del monte Camerún y en dirección al lago Chad surge una cordillera que forma las Tierras Altas del Camerún occidental, la meseta de Mambila y, al norte, la altiplanicie de Adamaua. En el extremo de la cordillera, poco antes de que el terreno comience a descender suavemente hacia el lago aparece una meseta limitada al oeste por los montes Mandar, que hoy constituyen la frontera entre Nigeria y Camerún. En esta zona, distribuidos por las dos naciones, viven los hidji. Su país formó parte de la colonia alemana del Camerún y al ser repartida entre británicos y franceses tras la I Guerra Mundial, los autóctonos se encontraron divididos y enmarcados en regiones políticas diferentes.

Esta barrera artificial, que había sido penosa para cualquier pueblo centralista, apenas ha afectado a los hidji, cuyo país siempre ha tenido un marcado carácter "fronterizo". Las montañas suponen un obstáculo natural en la franja sudanesa, más difícil de cruzar por aquí que en cualquier otro punto de su dilatada extensión. Para la historia africana ha tenido mucha importancia la fácil difusión de las ideas culturales, políticas, religiosas y técnicas por todo Sudán, movimiento en el que también participaron los antepasados de los hidji. La agricultura, seguramente nacida en el extremo occidental del África sudanesa hace unos 6000 años, debió cruzar el país en su expansión hacia el este. La divulgación de las técnicas de la ganadería remontó el Nilo desde el Antiguo Egipto.

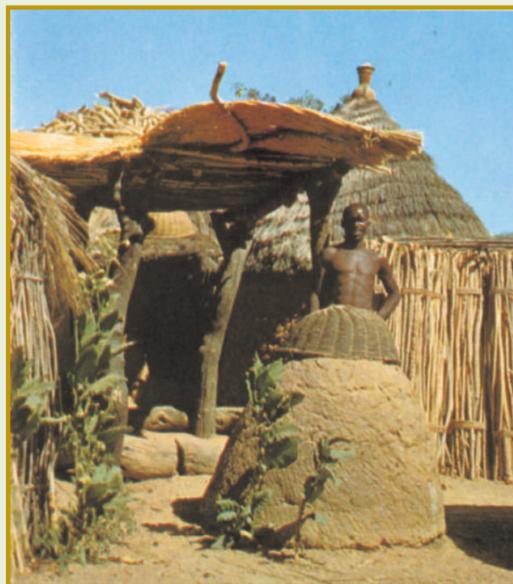
Los hidji adoptaron ideas agrícolas orientales y occidentales. Producen casi todas las cosechas del complejo sudanés occidental, principalmente mijo y sorgo, que constituyen su base alimenticia y cultivan también cebollas, plátanos, algo de arroz y en algunas comarcas ñames originarios del Asia sudoriental. Como todos los pueblos de África occidental, han adoptado el maíz, los cacahuetes y los pimientos de origen americano, producto del intercambio entre ambas orillas del Atlántico.

Igualmente adoptaron la costumbre egipcia de criar vacuno, y aprendieron de los fulanis a utilizar la leche. Los hidji aprecian el ganado por ser un productor de estiércol que les sirve para fertilizar campos a menudo pedregosos y excesivamente erosionados. La carne es un lujo y casi siempre se aprovecha de la de las cabras, ovejas y gallinas. Ambos sexos comparten las faenas del cultivo, que se realiza con ayuda de azadas. Los rebaños de vacas suelen ser responsabilidad de los hombres, y los niños se encargan de otros animales menores. La dieta no es rica, pero resulta suficiente y más variada que en muchas regiones africanas. Esta diversidad procede en parte de los mercados que se celebran en territorio hidji.

Los fulanis han tenido también importancia para



LOS HIDJI



el pueblo hidji en lo político, pues tanto en este aspecto como en el cultural la región de Mandara es un país fronterizo y sus habitantes han experimentado influencias muy diversas a lo largo de su historia. A consecuencia de la conquista fulani, resultado de la jidah o guerra santa del siglo XIX, los hidji se vieron obligados a pagar tributo al emir de Adamua y los fulanis hicieron algunos esclavos hidji.

Teniendo en cuenta su constante vulnerabilidad, parece lógico que los hidji recelen de los extranjeros y muestren un profundo conservadurismo. Estas características las poseen igualmente otros grupos montañoses, como los de la meseta de Jos (Nigeria central), del Chad oriental y de Darfur. Es natural que los elementos más conservadores de cualquier pueblo busquen refugio en montañas aisladas y defendibles, donde preservar sus costumbres frente a las impuestas por invasores y colonizadores en las tierras más bajas. De ahí que los hidji presenten la peculiaridad de conservar antícuos elementos culturales bajo la superficie de otras adquisiciones más modernas.

Los hidji carecen de una organización centralizada. Aunque hablan una sola lengua, existen varios dialectos que reflejan grados diversos de influencia exterior. Pertenecen lingüísticamente al grupo chádico, en el cual se combinan las características sudanesas con otros elementos septentrionales, y a través de él forman parte de la gran

familia afroasiática. Por otro lado, el idioma hidji contiene también elementos nilosaharianos, posiblemente aportados por los canuris, así como de la familia congokordoaniana, propios de Adamaua. Esta mezcla de influencias tan diversas explica el carácter profundamente fragmentario de la organización hidji.

No existen verdaderos jefes y la mayor unidad "política" es el grupo emparentado, compuesto por varias familias relacionadas y residentes en un mismo poblado. Estos grupos emparentados son patrilineales y exógamos, por lo que nadie puede casarse con otro miembro del mismo sector social. Esta prohibición favorece los contactos matrimoniales entre poblados de una determinada comarca, que probablemente dependen también en lo religioso de un mismo sacerdote, si bien les unen muy pocas cosas más y sólo en raras ocasiones actúan de manera conjunta.

Antiguamente, casi todos los poblados tenían relaciones tirantes con sus vecinos. Para comprender esta hostilidad debe recordarse que el matrimonio entre personas de distintos poblados podía tener consecuencias beneficiosas o perjudiciales según los casos. Los enlaces se celebraban tras la iniciación del varón, rito que antes de difundirse el islamismo no incluía la circuncisión. El padre del novio ofrecía ciertos regalos preliminares al de la muchacha, y si éstos se consideraban aceptables la pareja quedaba prometida. El padre del muchacho y éste mismo debían ayudar al futuro pariente en la labranza y otras faenas agrícolas.

Una vez cumplidos los ritos iniciatorios, el grupo emparentado del novio, "arrebataba" a la joven del seno de su familia, la cual a su vez debía recuperarla para cederla cuando se acabara de pagar la dote. Este pago consistía en prendas, cabras y cerveza, y lo que no se consumía en seguida lo guardaba la familia para sufragar las dotes que deberían aportar los hermanos solteros cuando llegara el momento.

Sin embargo, las dificultades surgían al nacer el segundo hijo del matrimonio, pues con ello la mujer había "compensado" la inversión hecha por el esposo, y en consecuencia era libre para irse a vivir con otro. Ahora bien, de seguir junto al marido, los nuevos hijos pertenecían al grupo emparentado materno, aunque el hombre podía adquirirlos entregando a la esposa nuevos regalos consistentes en cabras y sal.

Si una mujer se casaba en segundas nupcias, el nuevo marido no debía compensar al primero, pues le bastaba con entregar una cabra y cierta cantidad de sal al padre de la esposa. Con ello adquiría la propiedad del siguiente hijo y de los restantes, siempre que los "comprara" por el mismo procedimiento. A la madre se le permitía aportar los hijos "excedentes" a un nuevo matrimonio, de modo que el grupo emparentado de éstos sería el del marido que acabara adquiriéndolos. Ahora bien, si la mujer no le daba ningún hijo a su primer marido, era el segundo esposo quien debía devolver al primero el importe de la dote, pues de lo contrario el cónyuge abandonado tendría derecho a reclamar las dos primeras criaturas nacidas del nuevo matrimonio. Este sistema producía numerosos enfrentamientos entre los maridos, con graves consecuencias para la tranquilidad de sus respectivos poblados. Cuando la hostilidad desembocaba en daños personales o muertes se producían luchas prolongadas entre los dos bandos.

Probablemente fue ésta una de las razones que impidió la unificación política de todos los poblados. No obstante también hubo factores que fomentaban la unidad, siendo el más destacado el de la religión. Cuando determinado sacerdote se encargaba de atender las necesidades espirituales de varios poblados próximos, ello suponía por lo menos una lealtad común a todos los interesados. El sacerdote local era "propietario" de un culto dedicado a asegurar buenas cosechas u otros aspectos del vigor y la fecundidad, como los partos y la salud. Posiblemente combatía enfermedades como la viruela y propiciaba la lluvia. Cuando un sacerdote era especialmente poderoso y tenía muchos de estos cultos que garantizaban la prosperidad de sus gentes, ello debía redundar en un fortalecimiento de su situación política. Tal vez por eso el sumo sacerdote hidji de Mokolo tenía derecho de conceder títulos seculares a los jefes de algunos poblados marginales. Ello refuerza igualmente la opinión que ve en los hidji a los primeros pobladores del país, quienes concedían los permisos de colonización a los recién llegados. Desde luego, todo indica el antícuo origen de sus cultos, tan-



to el de Mokolo como los de otros poblados. Una similitud asombrosa con el Antiguo Egipto es la importancia concedida al cabello del sacerdote: éste se afeita la cabeza dejando sólo un mechón, que una vez trenzado se une al de su antecesor en el cargo, casi siempre el padre o algún tío paterno. El sumo sacerdote de Mokolo dirigía como mínimo seis cultos dedicados a otros tantos dioses, nueva indicación que sugiere la diversidad de los orígenes de su pueblo

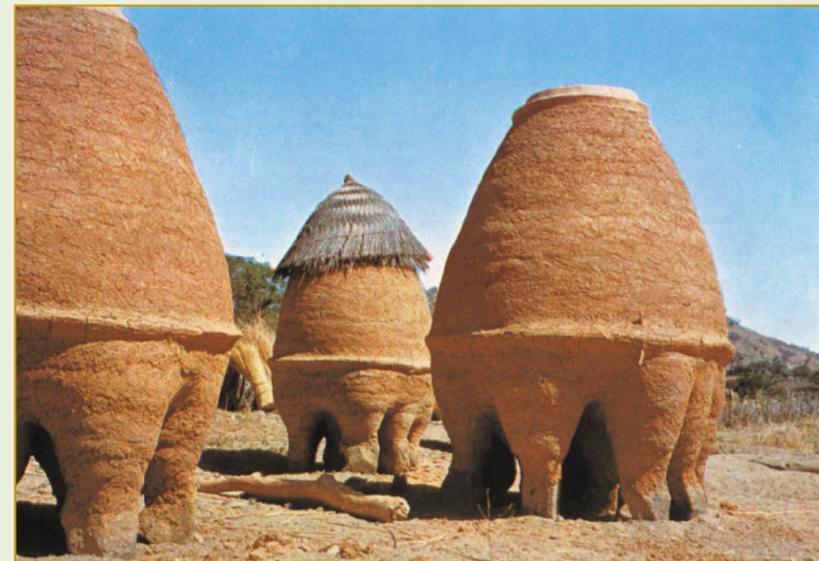
Ritos funerarios

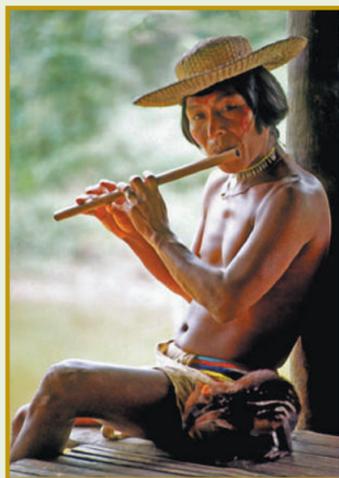
Cuando fallece algún personaje importante. Y sobre todo un sacerdote, las ceremonias de inhumación son muy prolijas. En la muerte de un sacerdote era costumbre que sus hijos varones ofrecieran una víctima humana, tomada de algún poblado enemigo. Hasta cumplirse este requisito no podía anunciarse públicamente la defunción. Estas medidas cruentas eran necesarias en el caso de las personas corrientes.

Una de las costumbres más interesantes de los entierros solemnes era el despellejamiento del cadáver antes de su inhumación. Se comenzaba por colocar el cuerpo en posición sedente, acomodándolo en una plataforma situada sobre un hoyo que recogía el agua utilizada para su aseo. Afeitada la cabeza, el mechón distintivo pasaba a poder del nuevo sacerdote. Se le amordazaba con un pedazo de tela que debía desatarse antes del entierro y se entregaba para su uso como fajín al hijo más joven, normalmente heredero de la casa del padre.

El cadáver se dejaba dos días en la plataforma, con la mano derecha metida en una escudilla de mijo o sorgo, y la izquierda en otra llena de cacahuetes, que se asaban y consumían después del entierro. De n celebrarse esta ceremonia, el muerto podía vengarse llevándose consigo la fertilidad de los campos.

La segunda noche se depositaban los despojos en una tumba de poca profundidad y se desenterraban al día siguiente. Un miembro del grupo emparentado de los herreros (que pese a ser endógamos cuentan con el respeto de todos los hidji) arrancaba con sus uñas la piel del cadáver, y luego la recogía en una vasija que se enterraba en el muladar del poblado. Acto seguido, se lavaba el cuerpo con savia roja extraída de ciertos árboles, y se procedía a rociarlo con grasa de cabra, vestirlo y sepultarlo. Probablemente ya se ha abandonado la observancia de estos rituales tan complejos, aunque resulta difícil comprobarlo por la extrema discreción que siempre los rodeó. Los ritos funerarios de los grandes personajes resultan todavía muy complicados, y es seguro que siguen vertiéndose bebidas sobre las tumbas en recuerdo de los muertos. Cuando se dispone de piedra, se suelen levantar montones circulares sobre los sepulcros, coronándolos con vasijas. Siempre que es posible los recintos hidji se cierran con muros de piedra, lo que da a las tumbas la sensación de una casa para los muertos. Al cumplirse un año del fallecimiento, los hijos varones o completan las ceremonias funerarias vertiendo líquido sobre la tumba y diciendo: "He aquí tu padre del banquete funerario. Hoy nos separamos para siempre".





El Chocó sufre frecuentes tormentas y ciclones y su sofocante clima ecuatorial -uno de los más húmedos del mundo- lo convierte en terreno abonado para la difusión de la malaria, la frambesia y otras enfermedades mortales. Gran variedad de especies silvestres se encuentran distribuidas en los magníficos bosques pluviales del Chocó, región flanqueada al este por los Andes y dividida en su centro por dos ríos principales, el San Juan y el Atrato.

Aunque hoy en día los noanamas son en general agricultores, también explotan su entorno natural por medio de la caza, la pesca y la recolección de frutos silvestres.

Diego de Almagro, primer español que alcanzó el curso bajo del río San Juan, quedó maravillado ante la belleza del país y sus casas ribereñas. Según Vasco Núñez de Balboa, en el año 1511 las gentes del Atrato eran "malvadas y belicosas", calificativos totalmente inadecuados para los actuales noanamas, que siguen residiendo en viviendas individuales muy dispersas por las riberas fluviales. Erigidas sobre postes, sus casas quedan a un par de metros del suelo, que en la región del delta está siempre sujeto al peligro de las inundaciones. Estos postes sostienen el piso de la vivienda y, por medio de cuatro pilares centrales de madera dura, una techumbre cónica cubierta con hojas de iraca. Con sus pisos de hoja de palma, aleros najos colgantes y lados abiertos, estas casas aprovechan la reflexión luminosa del río al tiempo que proporcionan refugio contra la lluvia y el sol.

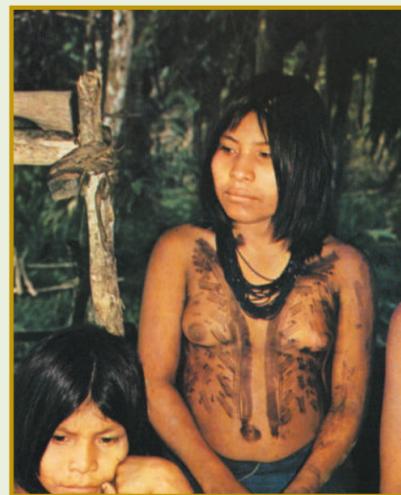
Dentro de la vivienda, siempre muy limpia, se encuentran varias plataformas elevadas (donde la familia duerme, guisa y come) alrededor de otra abierta que se utiliza para bailes y ceremonias. Las casas de los noanamas son e centro de su vida, y de ahí que su estilo arquitectónico refleje los diversos aspectos de su cosmología. También sirven como centros de ceremonias, en particular si el padre de familia es un chamán que oficia en los festivales, durante los cuales posiblemente utilice la zona central para realizar curaciones, hablar con diversos espíritus o entonar cánticos rituales. En las plataformas circundantes o en las vigas del techo se encuentran las posesiones de la familia, entre las cuales destacan cestas tejidas con vistosos diseños blanquinegros, piezas de cerámica, esteras para dormir hechas con cortezas, armas de caza, utensilios de pesca, flautas de madera y otras pertenencias personales.



LOS NOANAMAS DE COLOMBIA

Los noanamas son un pequeño grupo de amerindios establecidos en el departamento colombiano de Chocó, sobre el Océano Pacífico.

Junto a la orilla, en las inmediaciones de la casa y al pie mismo del bosque, se extienden las plantaciones de caña azucarera y plátanos. También se cultivan aquí la palma melocotonera y el chontaduro, que proporcionan madera para la construcción de viviendas y frutos empleados en la producción de chicha. Un par de kilómetros aguas arriba de algún afluente próximo a la vivienda, en pleno bosque, se encuentran los campos de maíz, yuca, batatas y frutales diversos. Las lluvias torren-



Las mujeres noanamas se adornan su cuerpo con tintes obtenidos de especies vegetales silvestres. También tejen cestas de bellos diseños blanquinegros.

ciales, casi diarias, impiden el desmonte de extensiones boscosas mediante el fuego, por lo cual los noanamas se limitan a talar los árboles más grandes y a escardar el terreno lo mejor posible. Una vez esparcida la simiente del maíz entre los arbustos, éstos se cortan para acelerar su descomposición. A los pocos días comienzan a despuntar los primeros brotes en esta capa natural de hierbas y hojas, pero a pesar de la ingeniosidad del sistema, los campos sólo pueden aprovecharse dos o tres temporadas consecutivas.

Si bien todos los miembros de la familia colaboran en el cultivo de las parcelas, no lo hacen sin tomar antes precauciones, por temor a la mordedura de las serpientes.

Los hombres cazan en el bosque sirviéndose de lanzas y perros. Las flechas y otras armas similares están desapareciendo ante la generalización de la escopeta. Todavía son corrientes especies como el pécarí, el guazubirá, el carpincho, el agutí y el cobaya moteado. Aunque en ocasiones se cazan jaguares, pumas, ocelotes y zorros para aprovechar sus pieles, estas especies (al igual que el antaño prolífico tapir) ya son una rareza en el bajo San Juan, donde todavía quedan iguanas, simios y aves comestibles, como el pavo silvestre. Aunque, como aseguran los indios más ancianos, se están agotando las reservas de la fauna local, la caza sigue teniendo una importancia suprema para los noanamas.

Si bien existen senderos del bosque que enlazan diversos sistemas hidrográficos, los noanamas del San Juan prefieren viajar en piraguas. Son expertos en la navegación fluvial, y desde muy pequeños aprenden a manejar remos y pértigas para impulsar sus piraguas hechas de troncos ahuecados, con las que recorren grandes distancias. Por estas "carreteras" fluviales discurren numerosas embarcaciones cargadas de productos agrícolas, vasijas de cerámica y hasta familias enteras que con sus bienes se dirigen a alguna fiesta.

Durante todo el año las mujeres utilizan cestas, redes y trampas para pescar gambas, camarones y otras especies. Sirviéndose de lanzas, redes acampanadas o sedales con anzuelo, los hombres capturan numerosos tipos de peces cuando las aguas del río vienen bajas. También recurren al uso de antorchas de cera o linternas por la noche, y en ocasiones construyen pequeñas presas en algún riachuelo a fin de aturdir a los peces mediante el empleo de un veneno llamado barbasco.

Aparte de ceremonias como el matrimonio o los entierros, en que se reúnen familiares y vecinos, los noanamas carecen de sentido comunitario, o bin éste es muy escaso. Sólo en el plano del hogar individual se aprecia una cierta consistencia de las obligaciones mutas.

La casa familiar está regida por el padre de un grupo extenso, normalmente compuesto del varón, su esposa e hijos, los cónyuges de éstos, los nietos y algunos parientes más. Aunque a los hijos casados de ambos sexos no se les impide el traslado a un domicilio propio, lo más corriente es que permanezcan con las familias de uno u otro progenitor. De ausentarse las mujeres, los hombres suelen hacer los trabajos de aquellas, siendo considera-



El plátano y el maíz son alimentos habituales del noanama, mientras que el arroz, introducido en el siglo XVI por los españoles, es una cosecha que confiere categoría a sus productores.



ble la flexibilidad con la que se constituyen estos hogares y la adopción de los diferentes cometidos. Siempre se recibe bien a los huéspedes, pues los noanamas son gente muy hospitalaria. A los hombres les gusta adornarse mucho más que a las mujeres. Suelen lucir pendientes de plata, collares y gorrillas de cuentas, y se atavian con minuciosidad para las ceremonias. Los varones jóvenes son sumamente presumidos, y no es nada raro que pasen largas horas perfumándose con la corteza o las hojas de varias plantas olorosas. El volumen y el peso de sus collares de cuentas azules, rojas, amarillas y blancas dificultan sus movimientos y les confieren un aspecto altivo. Utilizan tintes azules y rojos para pintarse y se adornan el cabello y las orejas con flores. Matan las horas tocando sus flautas de caña o realizando visitas colectivas a las casas de las riberas, con lo que despiertan la admiración de los chiquillos, pero también las iras de sus mayores.

En general, la enfermedad y la muerte se achacan a los malos espíritus, en su mayoría originarios de animales abatidos por los cazadores. Tanto estos espíritus como los demonios de la selva tienen características grotescas y se les describe con gran minuciosidad en los relatos mitológicos. Existen asimismo otros espíritus que actúan como

intermediarios ante los anteriores, merced a la sabiduría del chamán, experto a quien se confía la comunicación con ellos. Existen dos tipos de chamanes, uno es el herbolario, capacitado para curar mordeduras, succiones, friegas, alucinógenos y demás acciones terapéuticas; el otro tipo corresponde al chamán "cantante", que se comunica con los auxiliares espirituales y efectúa sus curaciones intuitivamente.

La falta de riquezas minerales del Chocó puede haber contribuido al relativo aislamiento de este pueblo, cuya forma de vida tradicional, con periodos de inactividad forzosa impuesta por las adversas condiciones climáticas, favorece unas actitudes un tanto contemplativas.

En los últimos años algunos noanamas del San Juan vienen dedicándose a la tala y transporte de troncos por el río hasta los aserraderos del delta. Otros utilizan sus veleros de 15 metros de eslora, construidos con un tronco ahuecado, para transportar tanino por la costa hasta Buenaventura. Aunque los noanamas han adoptado estas y otras ocupaciones nuevas y son muchos los interesados en educar a sus hijos, también hay quien prefiere internarse en los ríos tributarios del San Juan o trasladarse hacia el Norte, en dirección a Panamá, para evitar el contacto con el mundo exterior.



Calafateado de una piragua noamana. Su técnica de construcción naval tallando los troncos de árboles hasta darles la forma deseada, es uno de los rasgos que diferencian a estas gentes de otros pueblos amerindios.



Al contrario que sus belicosos vecinos, los yanomamis, los piaroas dan gran importancia a la vida pacífica; creen que un piaroa que mata violentamente está condenado a morir emuy pronto. El ideal masculino no es un guerrero armado, sino un sacerdote chamán, de conducta humilde, que defiende a los suyos transformándose a sí mismo, por medio de alucinógenos, en criaturas poderosas como la anaconda o el jaguar, teniendo además el poder de provocar terremotos y de quitar el alma a los seres vivos. Creen que sus más peligrosos enemigos, y la causa de toda muerte, son los malos hechiceros, o marimu, de las tribus vecinas, que se introducen en el territorio de los piaroas en forma de mariposas o murciélagos. Los jefes piaroas dedican gran parte de su tiempo a proteger a sus familias de los ataques de estos enemigos sobrenaturales y de los espíritus gigantes de la jungla. Las tierras donde viven los piaroas están divididas en doce territorios. La organización política de los mismos consiste en una liberal jerarquía de sacerdotes chamanes. Dentro de cada uno se pueden encontrar seis o siete casas comunales, separadas una de otra por una jornada de camino. La casa típica piaroa es circular, alzándose graciosamente hasta un punto central, y está hecha de un entramado de bambú recubierto de hierba. El tamaño de la casa varía según el número de sus habitantes. Una casa grande puede alcanzar hasta 20 metros de altura y más de 16 de diámetro, albergando a unas 60 personas. Su interior carece de divisiones que separen las hamacas y el espacio propio de cada familia. La parte central es un espacio común de trabajo, como lo es la



LOS PIAROAS DE VENEZUELA

Los piaroas son un pueblo pacífico que vive en las junglas de la Sierra Guanay de Venezuela, junto a los afluentes del río Orinoco.

plaza o espacio limpio de maleza que rodea la vivienda separándola de la jungla. Una casa grande siempre es propiedad de un importante sacerdote chamán. A través del control de las fuerzas y seres sobrenaturales, puede proteger no sólo a su familia y a la de su mujer, que comparte la casa con él, sino garantizar además la fertilidad de sus huertas y la de la jungla aneja. El ideal para un joven piaroa es que escoja a su mujer dentro de su propio círculo familiar; pero por lo general, esto sólo es posible en las grandes casas. Otra ventaja de vivir en una casa de gran tamaño es que, al haber un mayor número de personas aptas para el trabajo, cada persona tiene que trabajar menos; los grupos de trabajo cooperan en las faenas diarias de buscar alimentos, y se organizan de vez en cuando para construir nuevas casas comunales.

Variada alimentación

Los piaroas tienen cuatro fuentes principales



de alimentación: los productos de sus huertas, la recolección de frutos, la caza y la pesca. La relativa importancia de cada una depende de la estación del año. Durante la época lluviosa, que dura de marzo a agosto, se alimentan principalmente de los productos de las huertas; y en la seca consumen pan de mandioca y yuca, que las mujeres han preparado cuidadosamente para poderlo guardar. La yuca y el maíz son las cosechas hortícolas más importantes, aunque cultivan muchas otras plantas. Excepto el maíz, todas las plantas crecen juntas en el mismo campo: patatas, yuca, caña de azúcar, bananas, piñas, aguacates, algodón, tabaco y plantas que utilizan como drogas y veneno para capturar peces del río. Al comienzo de la estación seca los hombres roturan los campos en los bosques y las mujeres se ocupan de plantar, quitan las malas hierbas y recogen las cosechas durante la estación lluviosa. Su único apero de labranza es el bastón de madera para cavar.

De diciembre a febrero, en plena estación seca, los piaroas llevan una vida nómada. Cambian su casa por la jungla, y en pequeños grupos visitan a parientes dentro y fuera de su territorio. Durante este periodo de vagabundeo, la recolección de frutos y la pesca son mucho más importantes para su alimentación que los productos hortícolas. Los miembros de este pueblo tienen técnicas muy especializadas para obtener alimentos de la selva. Manejan con gran destreza las cerbatanas, y también son famosos en toda la cuenca del Orinoco por la calidad de su curare y del veneno para adormecer a los peces; ambos productos son muy importantes en los complejos trueques intertribales. La importancia de la caza, la pesca y la recolección no serán nunca suficientemente valoradas sin tener en cuenta que, de esta última, es de la que los piaroas obtienen las proteínas necesarias durante todo el año. En ciertos meses recogen cestos y cestos de termitas dulces que asan, preparando verdaderos banquetes; y lo mismo puede decirse de algunas variedades de arañas y grandes serpientes, que constituyen bocados exquisitos. Si los cazadores consiguen traer tres cerdos salvajes en una sola cacería es algo fuera de lo normal, mientras que los frutos que recolectan a diario son una fuente mucho más segura de aprovisionamiento. Por otra parte, todo el alimento de la jungla pertenece a la comunidad y se divide equitativamente entre los miembros de la casa por un sacerdote chamán.

La vida diaria de los piaroas varía según las estaciones; pero durante la estación lluviosa suele seguirse una pauta regular. La casa empieza a despertar a las 4,30 de la madrugada cuando, uno a uno, los matrimonios bajan al río para tomar un baño conyugal privado. Cuando se levanta el sol, las mujeres emprenden el camino hacia los huertos, con sus madres, hermanas o nueras. A su vuelta, a primeras horas de la tarde, empiezan el arduo trabajo de la preparación de la yuca, buscan leña para el fuego, barren la casa o ayudan en los huertos. Las niñas se encargan de la recolección de frutos en la jungla.

Los niños y los hombres tienen, en cambio, mucha más libertad. Los muchachos llevan los recados de una casa a otra dentro del territorio, y al mismo tiempo cazan si les apetece. Como mensajeros de los sacerdotes chamanes, llevan a cabo una importante función social. Siempre deseados de moverse, los chicos se unen a cualquier grupo que deje la casa por motivos de trabajo o placer. Los más pequeños corretean y juegan juntos, pero por lo general se quedan dentro de los límites de la casa y de su plaza. Los hombres salen de la casa generalmente a las 10 o a las 11 de la mañana. Uno o dos quizás irán a cazar acompañados de unos cuantos muchachos. Si encuentran una piara de cerdos salvajes, organizan una cacería con más gente para el día siguiente. También es habitual que grupos de seis o siete personas se vayan juntos a la selva durante varios días para recolectar alimentos.

Algunos hombres trabajan en casa haciendo productos para la venta, y rara vez van de caza. El sacerdote chamán, aunque reconocido como el mejor cazador por sus poderes sobrenaturales, tampoco va casi nunca de caza; su tiempo está ocupado por los interminables ritos dedicados a proteger su casa.

Al caer la tarde todos los miembros de la casa vuelven a bañarse en el río.



Esta vez, las mujeres, los niños y las jóvenes, nadan y juegan juntas; los hombres y los muchachos se bañan después. Al anochecer se toma una abundante cena. Los tabúes concernientes al alimento determinan si la comida se hace en grupos familiares o de acuerdo con otras formalidades. Si la comida consiste en pequeños pájaros ricos en proteínas, se hace en familia; si el menú es a base de caza mayor, las leyes que determinan quién puede comer de la misma cazuela son más complicadas. Generalmente las divisiones se hacen de acuerdo con la edad y el sexo. A las nueve de la noche las mujeres y los niños ya están acostados en sus hamacas, mientras que los hombres comienzan el canto nocturno que continuará hasta las tres de la madrugada. Durante este rito se toman alucinógenos que protegen a los piaroas de la enfermedad y los peligros de la noche. El sacerdote chamán lleva la voz

cantante y los hombres entonan el estribillo. Hasta que el canto no termina, los hombres no pueden abandonar la habitación del chamán, para ir a sus respectivas hamacas. Si están separados del chamán, durante la estación seca, los hombres suelen visitarlo para recoger el agua en la que él ha soplado sus pensamientos a través de un tubo de bambú, cosa que hace periódicamente cada noche durante los cantos rituales; el bebes de este agua proporciona protección contra la enfermedad.

La riqueza de la cultura tradicional piaroa está siendo erosionada rápidamente, y no se sabe cuánto va a durar. Debido al acelerado contacto con los representantes del mundo occidental durante las últimas décadas -mercaderes, funcionarios del Gobierno, misioneros- los piaroas están empezando su proceso de adaptación a este nuevo ambiente. La naturaleza del contacto y sus resultados han variado considerablemente entre los diferentes grupos de piaroas. La organización tradicional del trabajo es uno de los aspectos que primero se han visto afectados. A medida que los piaroas se han concentrado en nuevas aldeas, la supervivencia económica ha tomado varios caminos: algunas comunidades están empezando a sembrar cosechas para un mercado de beneficios en efectivo; en otros, los individuos se han ido a las ciudades en busca de trabajo. Los piaroas están muy preocupados por la supervivencia de su cultura que sólo se conservará si se mantiene la integridad económica de sus comunidades.

En el corazón de Brasil se encuentra Bananal, una de las mayores islas fluviales del mundo, cerca del río Araguaia, que se divide en dos brazos, dejando en el centro este enorme territorio, cubierto de praderas salpicadas de bosques, palmerales, lagos y plátanos. La isla Bananal es la cuna de los indios carayaes, que han podido conservar su cultura y muchas de sus tradiciones en esta reserva natural.

La vida de los carayaes se desenvuelve en torno al hermoso río Araguaia, su vida de comunicación. Sus canoas recorren sus plácidas aguas llevando hasta lugares muy lejanos a los comerciantes y pescadores nativos de Bananal. El río es también su despensa, pues el pescado es la base de su dieta, y su hogar. En la época de las lluvias se trasladan a vivir en poblados construidos en las escarpadas riberas del río Araguaia. Pero cuando bajan las aguas en la estación seca, de mayo a octubre, los carayaes vuelven a construir sus chozas provisionales en las playas de arena blanca dejadas al descubierto al bajar el nivel del río.



LOS CARAYAES (BRASIL)

La isla Bananal es la cuna de los indios carayaes, que han podido conservar su cultura y muchas de sus tradiciones en esta reserva natural brasileña.

Cada familia posee dos o tres canoas. Los hombres manejan estas largas y estrechas embarcaciones con gran maestría y son avezados pescadores que usan para este fin el arco y las flechas. Un carayá, de pie en su canoa, puede descubrir a los peces que pasan a su alcance y sabe calcular con exactitud el ángulo de refracción para disparar la flecha con certera puntería. El Araguaia está repleto de pirañas, también habita el pirarucú o arapaima, un pez gigante de hasta tres metros de largo, que los carayaes capturan con arpones.

Cuando las aguas del río se retiran después de las lluvias, se forman lagunas donde los indios echan savia venenosa del timbo. El veneno atonta a los peces y les hace salir a la superficie donde se quedan flotando, pero su carne sigue siendo comestible. En septiembre y octubre, centenares de galápagos ponen sus huevos en las arenas de las riberas del Araguaia y los carayaes los desentierran.

Es tan abundante la pesca en el río, que los carayaes no tienen necesidad de dedicarse a la agricultura ni a la caza, pero a pesar de ello cazan algunos pájaros y animales como el jaguar o el pecarí, y plantan mandioca en los claros del bosque. Al tener siempre pescado fresco no tienen necesidad de almacenar víveres; en cuanto atrapan un pez, lo



asan o lo hierven. Los carayaes, grandes fumadores, cultivan su propio tabaco. Antiguamente sólo bebían agua del río, pero hace algún tiempo que inmigrantes brasileños se han asentado en poblados junto al río Araguaia y en la misma Bananal, trayendo consigo una bebida alcohólica llamada cachaca a la que muchos se han aficionado. Los carayaes tuvieron su primer contacto con los blancos hace unos cuatro siglos. Se trataba de bandas de aventureros que se adentraban en el interior de Brasil en busca de esclavos, y grupos de jesuitas, que remontaban los ríos Tocantins y Araguaia intentando atraer a los indios hacia

sus misiones. Hacia 1660 un grupo de carayaes consideró la posibilidad de trasladarse, pero no llegaron a decidirse. Si lo hubieran hecho, ahora estarían extinguidos, víctimas de la viruela y otras enfermedades, o hubieran sido esclavizados por los colonizadores. Durante el siglo XVIII hubo luchas entre los carayaes y los colonos blancos y en el siglo XIX con los exploradores del río Araguaia. Hacia 1880 los dominicos intentaron civilizarlos, y todavía hoy tienen importantes misiones junto a Araguaia.

La Funai (fundación del Gobierno brasileño para la protección de los indios) tiene algunos funcionarios destacados entre los carayaes. A gran parte de la isla de Bananal se le ha dado el nombre de "Parque Indio de Araguaia", pero hasta ahora los carayaes no han obtenido ningún beneficio de ello. Durante la estación seca pastan en la isla de Bananal miles de cabezas de ganado. El impuesto que se cobra de un dólar por animal va a parar íntegramente a los fondos "Funai", y a los carayaes ni siquiera se les da empleo en los campos de la fundación.

Los poblados carayaes están cerrados a los visitantes, como todas las reservas indias del Brasil. Incluso se ha creado un cuerpo de policía india, cuyos miembros llevan un uniforme de corte militar, para impedir la entrada a los extraños.

Lo primero que llama la atención del visitante al llegar es un círculo azul y negro que los carayaes llevan tatuado en los pómulos debajo de los ojos. Estos círculos, de más de 2 centímetros de diámetro, se imprimen con un tampón de madera tallado con pequeños cuchillos de piedra y empapado en la tinta de la bayta del genipapo.

Hasta hace dos o tres generaciones, el indio carayá se decoraba con más profusión, adornándose el cuerpo con pinturas rojas, negras y blancas. Muchos se pintaban una banda negra cruzada sobre la cara o alrededor de la boca. Los hombres llevaban adornos de piedra, hueso o concha, colgados del labio inferior y de los lóbulos de las orejas. Las mujeres se ceñían cinturones fabricados con corteza de árbol, que se ataban entre las piernas. Los hombres iban desnudos a excepción de un cordel atado al pene y cintas de algodón ajustadas a las muñecas, codos, rodillas y tobillos. Ahora casi todos visten como los occidentales.

Las mujeres carayaes controlan toda la vida del hogar, la educación de los hijos y los compromisos matrimoniales. Al avistar un poblado carayá se puede ver a las mujeres limpiando las calles con carretillas de mano mientras los niños juegan; otras tejen a la puerta de sus chozas o fabrican piezas de cerámica. Los hombres tienen una choza especial para sus asambleas, donde se guardan en secreto las insignias de los chamanes. Se ocupan de la pesca, la caza, la agricultura y hasta hace algún tiempo, de la guerra. La tribu sigue un comportamiento matriarcal: el hombre se instala en la vivienda de la mujer al casarse, y los clanes tribales se dividen atendiendo a la ascendencia materna. Los matrimonios los conciertan las madres de la novia y del novio.

Aferrados a sus tradiciones

Los carayaes continúan aferrados con tesón a sus instituciones y cos-



con plumas de ararauna. Bailan en parejas a la luz de la luna llena, representando hazañas épicas o amorosas. Es una imagen fantasmagórica: no se ven más que las manos y los pies de los bailarines que se mueven al son de una música acompañada con el ruido de maracas de calabaza y llevan el ritmo con los pies. La música es la más importante de las artes para los carayaes. Cada una de sus complicadas danzas tiene un estilo propio; pese al primitivismo de los instrumentos, maracas y flautas, las melodías y el ritmo son muy elaborados.

Los carayaes expresan también su sentido artístico en la elaboración de adornos de plumas, con las que confeccionan gran variedad de tocados: coronas brillantes, altos cascos cónicos con rosetones y diademas de plumas montadas sobre un soporte de caña, así como largas plumas que rodean en círculo la cabeza. Los colores tienen todo el esplendor de la selva tropical. Probablemente la expresión más conocida del arte de esta tribu es la cerámica, en la que han destacado siempre por las figuras de guerreros y sobre todo por las femeninas. Estas figurillas, de unos 25 centímetros de altura, representan en las mujeres amplias caderas, piernas musculosas y un estilo que recuerda a las "Venus" prehistóricas de Dordaña o las esculturas griegas de las Cicladas. Pintada con rayas blancas, rojas y negras, usadas antaño para adornarse el cuerpo, presentan invariablemente dos círculos faciales, señal distintiva del carayá. Estos objetos, muy estimados por los turistas, los vende la Funai en sus tiendas.

Aunque en la actualidad los carayaes se han aculturizado en cuanto a trajes, vivienda y religión, siguen decididos a preservar algo de su manera de vivir y de su propia cultura. Como casi todas las tribus brasileñas los carayaes mantienen su lengua y algunos elementos de su arte y creencias. A pesar de los siglos que llevan en contacto con la civilización que invade sus tierras y su río, es probable que, aunque disminuidos en número, sobrevivan como pueblo independiente durante algunas generaciones más.





Los yekuanás dedican especial cuidado a la crianza de sus niños, lo que determina en los adultos una notable ecuanimidad y un apacible temperamento. Sus costumbres y tradiciones encarnan lo que para los yekuanás es la mejor manera de organizar la existencia humana sin ir en contra de la naturaleza.

Los yekuanás son conocidos y respetados por los indios de toda la región de la frontera de Venezuela y Brasil a causa de su destreza como canoístas y pescadores. El nombre que se les da con más frecuencia es el de makiritare o mañongong (hombres del río), pero el de yekuanás es su propia denominación tribal.

Desde sus lejanos poblados, los hombres yekuanás a menudo se embarcan en largas expediciones comerciales para realizar intercambios y aprovisionarse de curare o hamacas. A cambio ellos entregan remos para canoas. Tan vinculados están los yekuanás al agua, que muchos de los ríos de la región llevan nombres yekuanás.

Al llegar a un poblado, incluido el propio, los viajeros yekuanás tienen siempre muchas noticias que contar a los componentes de la tribu, pero, siguiendo la costumbre, la reunión debe efectuarse con calma y dignidad. Los hombres entran en el poblado y se sientan silenciosamente en la zona central. Una vez allí, se quedan quietos, ajustándose a la tranquilidad de la aldea. Al cabo de unas dos horas, se presenta una mujer y, sin pronunciar una sola palabra, coloca mandioca cerca de los presentes. Por muy hambrientos que estén no acuden a comerla inmediatamente, sino que esperan unos minutos y después comienzan a ingerirla sin prisas, dejando algo de la comida que se les ha ofrecido. Más tarde, una o dos personas se reunirán con ellos y gradualmente, otros se unirán al grupo y se irá generalizando una animada conversación. Una vez que han terminado de comer, los viajeros cuelgan sus hamacas en el centro de una de las casas y se pasan la noche contando lo que han visto y aprendido durante su ausencia. En un corto espacio de tiempo, esta información se hace correr entre toda la gente del poblado y a los recién nacidos se les



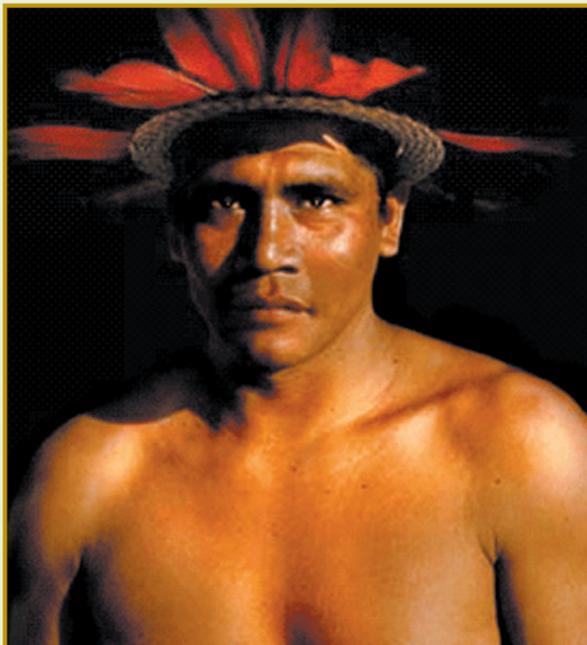
LOS YEKUANÁS (VENEZUELA-BRASIL)

Los Yekuaná son un pueblo indígena de la familia Caribe, también conocidos con el nombre de Makiritare que habitan en Venezuela y Brasil. Su patrón de asentamiento es ribereño y disperso y prefieren la selva a la sabana para establecer sus comunidades.

pone al corriente de cuando ha sucedido desde que se fueron. De esta manera, las noticias circulan veloces de unos poblados yekuanás a otros. Las aldeas yekuanás varían en población desde una familia a varios grupos de alrededor de doscientas personas, y por lo general están situadas junto a un río. Un poblado típico tiene dos o tres casas grandes y algunas más pequeñas. Los tipos de viviendas varían, pero la forma clásica es cóni-

ca y construida alrededor de un poste central. Los tipos de viviendas varían, pero la forma clásica es cónica y construida alrededor de un poste central. Dos círculos concéntricos de postes menores aguantan las vigas del techo de hojas de palma. Cada una de las vigas está atada con trozos de bejuco. La construcción del techo es un trabajo arduo y tedioso, y para evitar el aburrimiento, que se considera un estado en conflicto con la naturaleza humana, los yekuanás convierten lo que sería un trabajo largo en un festival. Invitan a gente de los poblados de más abajo y más arriba del río, y preparan gran cantidad de comida y bebida. Dedican la noche a disfrutar de la fiesta, a beber y a bailar, y ungen los postes verticales para atraer la buena suerte. A la mañana siguiente, los hombres y los muchachos trepan a los andamios y empiezan el trabajo de construir el techo, generalmente en grupos para hacer más fácil la charla y las bromas, al tiempo que van atando los bejucos en su lugar. En cuanto se presentan los primeros síntomas de cansancio o aburrimiento, bajan de los andamios para cambiar de actividad, como tocar el tambor o bailar, y vuelven al trabajo cuando se sienten con ganas. De esta manera, el tejado más grande se termina sin esfuerzo por parte nadie, y al mismo tiempo se estrechan los vínculos de amistad entre vecinos.

La casa desempeña un importante papel en la cosmología de los yekuanás: el poste central representa una alta montaña situada al oeste que los yekuanás creen que es el centro del universo. Como la



montaña, el poste llega hasta el cielo, y sobre él se apoyan los ocho cielos. Kashu, el dios mono, trepó hasta el más alto de aquéllos para visitar a Whenedih, el dios sol, y volvió trayendo consigo el secreto para convertir la venenosa raíz de la mandioca en pan, base de la alimentación de muchos pueblos indios de las cuencas del Orinoco y del Amazonas. Su preparación corresponde a las mujeres; se trata de una tarea larga que les ocupa la mayor parte del tiempo.

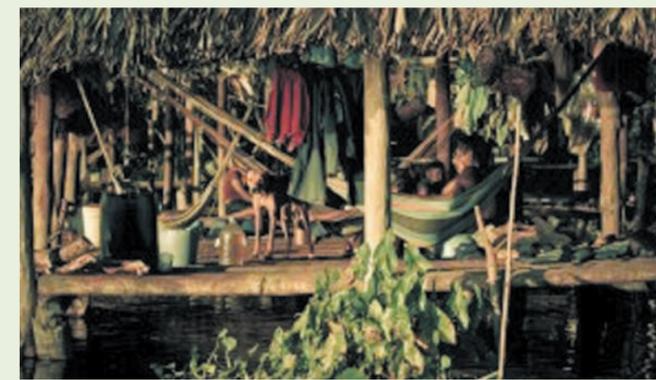
Whenedih también fue el fundador de la raza del Hombre. Cuando vino a la Tierra vagó solo hasta que llegó a un río, y en el agua vio a la primera mujer. Varias veces la pidió que saliera, pero ella, coqueta, se resistía, por lo que el dios sol hizo una trampa con bejucos, igual que la que preparan hoy en día los indios en forma de tubo para exprimir el jugo ponzoso de la mandioca. Dentro colocó algunas cuentas de collar para tentar a la mujer, y cuando ella se acercó a recogerlas el dios le agarró la mano y la arrastró fuera del río.

Con el tiempo, la mujer de Whenedih dio a luz un varón y una hembra, y un día, cuando sus padres estaban lejos, un espíritu maligno llamado Adosa se acercó a los niños y les tentó con bananas negras, que ellos sabían que era una fruta prohibida. Cuando Whenedih volvió, los expulsó. "Por eso -dicen los yekuanás- somos bajos, porque descendemos de niños".

Su sentido de la crianza de la prole es uno de los aspectos más fascinantes de la vida entre los yekuanás. Desde el mismo instante de su nacimiento, el bebé yekuaná se halla constantemente en los brazos de su madre o de otra persona adulta o bien de algún niño, tanto si permanece dormido como despierto. De esta manera nunca pierde el contacto con los sonidos, sensaciones y ritmo de la vida humana, y jamás es abandonado para que lllore solo. Para cuando empieza a andar, ya ha absorbido un fondo de experiencia de primera mano. Los niños yekuanás aprenden de los adultos y de otros niños. Ven a la gente vivir y trabajar, y al crecer van adquiriendo más responsabilidad y contribuyendo cada vez más a la vida del grupo al que pertenecen. Por ello, la niña de tres años que toda su vida ha observado a las mujeres y niñas preparar la mandioca, un día cualquiera coge un trozo y empieza a rasparlo. Este gesto no provoca sorpresa o alabanza por parte de nadie. Para los yekuanás la recompensa por excelencia no es la alabanza, sino saber que los demás confían en la propia habilidad y suponen y esperan de uno que su sentido de la convivencia alcance un alto nivel.

Los padres yekuanás no hablan demasiado con sus hijos, aunque los lazos familiares son muy fuertes. La conversación suele darse entre gente de la misma edad. Los mayores, al ser los más sabios, hablan más que nadie, pero, por otra parte, si un niño tiene algo importante que decir, no siente ninguna timidez por comunicarlo, y sus palabras son escuchadas con el debido respeto y consideración.

Cuando un joven quiere casarse antes de los veinte años y la joven novia acepta, la pareja tiene libertad para hacerlo, pero primero el muchacho tiene



que participar en una larga expedición comercial para probar que es capaz de mantener a una esposa y a una familia. Después se va de caza al bosque y ofrece las piezas cobradas a la familia de la novia, sin ceremonias ni cumplidos. No demuestra interés mientras las están cocinando o cuando comienzan a comerlas. Quizá le ofrezcan un pedazo, pero él lo rechaza. Insisten, y él dice: "Bueno, acaso dentro de un rato". Finalmente acepta un bocado, y poco después se convierte en un comensal más, con lo cual es introducido en su nueva familia. Cuelga su hamaca en la parte de la casa que le corresponde y se va a dormir. Luego, en medio de la noche, susurra a su novia que se acueste con él, pero la joven declina la invitación. Por segunda vez ella lo rechaza, pero a la tercera quizá le diga: "Bueno, sólo durante un minuto", y así consuma el matrimonio.

Como otros pueblos que no usan la palabra escrita, los yekuanás tienen un vocabulario extremadamente detallado que designa cada aspecto de su vida social y de su medio ambiente. Incluso tienen una palabra para describir la parte superior de la articulación media del dedo índice. Uno de los temas principales de su cultura es, por supuesto, el agua y todo lo que tiene que ver con ella. Aunque los yekuanás practican la agricultura y a veces cazan, son más famosos como expertos en la pesca y en la construcción y manejo de canoas y remos.

Esta es una de las principales diferencias entre los yekuanás y sus vecinos los yanomamis. Éstos no atacan nunca a los yekuanás, con los que tienen muy poco contacto y a los que consideran seres superiores. Los yekuanás consideran inferiores a los yanomamis y les llaman

"sucios monos", en parte porque no se lavan nunca, mientras que los yekuanás se lavan en el río todos los días. Pero a pesar de la superioridad social de los yekuanás y de las costumbres, a veces violentas de los yanomamis, éstos últimos tienen una vida espiritual mucho más rica. Entre ellos abundan los chamanes, cuyo grado de conocimiento espiritual es muy elevado, mientras que entre los yekuanás no siempre hay un chamán en cada poblado. La disciplina que exige el pleno reconocimiento de un chamán va en contra del alegre carácter de los yekuanás.

A diferencia de los yanomamis, los yekuanás tienen confianza en su superioridad. Se consideran los únicos custodios del sol, y quienquiera que los aniquilase incurrirá en la furia de este astro, que descendería a la Tierra y quemaría todo lo que existe sobre ella. Con su armonioso método de vida, los yekuanás ofrecen un ejemplo del que la sociedad occidental podría aprender mucho pero, como tantos otros pueblos tribales, tienen sus días contados a causa de la ambición y de la no tan armoniosa civilización que les va arrebatando paulatinamente su hogar ancestral: el bosque.



Entre las espesas selvas amazónicas y la tierra abarada por el sol del Nordeste brasileño se extiende una vasta sabana. Las oleadas de colonos que penetraron en tantas partes del Brasil ignoraron esta desolada región de hierba seca, interrumpida de vez en cuando por árboles arrugados y termiteras de color rosa. Por esta razón, los pueblos nativos del campo, los krahós y otras tribus emparentadas con ellos, los canelas y los apinages, vivieron durante mucho tiempo sin más contactos con el mundo exterior que la vecindad de unos pocos ganaderos blancos.

Conocidas en conjunto con la denominación de timbirs orientales, las tribus del campo se parecen entre sí en lengua, costumbres y aspecto físico. Los krahós son un pueblo atlético de estatura elevada y buen aspecto. El tipo de cráneo y de su esqueleto es muy parecido al del Hombre de Lagoa Santa, cuyos fósiles, con una antigüedad de 10.000 años, se conservan en cuevas de la meseta del Brasil central. Como todos los timbiras orientales, los krahós hablan la lengua gê, que se considera derivada de la que usaron los primeros habitantes de Brasil.

El modo de vida de los krahós está adaptado a la supervivencia en la sabana. A diferencia de los amerindios de la selva amazónica, nunca han utilizado hamacas, sino que duermen sobre esteras de junco dispuestas en el suelo o sobre unas plataformas bajas. Cazadores y recolectores más que pescadores o agricultores, es notable su destreza en el manejo del arco. Pero la mayor habilidad de los krahós se manifiesta en las carreras; los hombres son muy ágiles y pueden dar alcance a muchas especies animales que viven su territorio.

Un poblado krahó presenta siempre un plano de elegante simetría. Se levanta en un enorme círculo de un diámetro de unos 400 metros con las casas separadas por espacios iguales dentro de su perímetro y todas vueltas hacia el centro. Desde un claro central parten senderos hacia cada una de las casas, a modo de radios de una gran rueda de carro. Los krahós solían vivir en cabañas cónicas cubiertas con techumbre de paja o hierba, pero últimamente han adoptado la planta rectangular y los techos embreados de las casas de los rancheros blancos. Pero los techos y paredes se hacen aún a la manera tradicional.

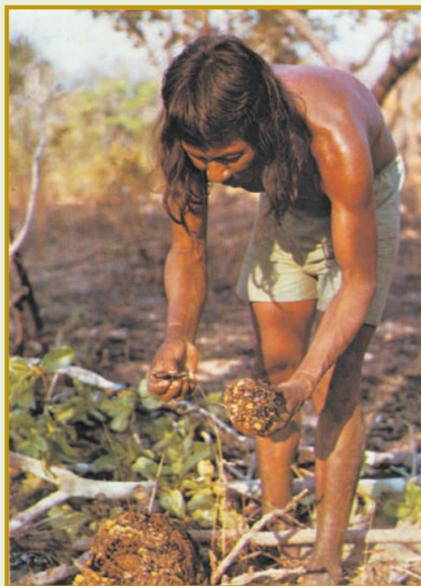
El centro del círculo que forma el poblado es escenario de asambleas tribales, ceremonias y, más recientemente, partidos de fútbol. El camino que discurre a lo largo del perímetro se emplea para un deporte más tradicional, descrito ya en el siglo XVII por los conquistadores portugueses. Dos equipos de jóvenes corren por el camino mencionado, transportando sobre sus hombros un tronco macizo de una palmera buriti, tan grande como un barril de petróleo. Cada equipo se compone de miembros de una de las dos mitades en que se divide el poblado. Ambos equipos deben recorrer el camino lle-



LOS KRAHÓS DE BRASIL

Los krahós, son un pueblo del campo brasileño de estatura elevada y buen aspecto, cuyo modo de vida está adaptado a la supervivencia en la sabana.

vando su pesada carga relevos, hasta llegar a la meta en medio de una nube de polvo. Tan pronto como acaba la carrera, arrojan los troncos y se pasean por las inmediaciones como si no hubieran hecho esfuerzo alguno, indiferentes a la victoria o a la derrota.



La mejor manera de hacerse a la idea de cómo transcurre la vida en un poblado krahó es observar a una familia en sus ocupaciones diarias. Cada cabaña es el hogar de una familia extensa, un matrimonio ya mayor con sus hijas, hijos solteros, yernos y nietos. El matrimonio anciano duerme en una plataforma y las otras parejas con sus hijos ocupan otras plataformas; los solteros pernoctan fuera de la choza, al aire libre, sobre esteras.

Con la primera luz del día el poblado despierta y todo el mundo va a bañarse al arroyo más próximo. Las mujeres vuelven con calabazas llenas de agua. De regreso del río, los hombres adultos se reúnen en el centro del círculo del poblado. Allí discuten las actividades de la jornada. Las mujeres, mientras tanto, preparan tortas de mandioca en sus cazuelas. Después de la asamblea los hombres casados acuden a su casa materna para desayunar y charlar un rato con sus parientes. Los hombres juegan con los niños, rebuscan en los cestos de las mujeres si quieren más comida, fuman y conversan.

Hacia las ocho de la mañana todo el mundo se pone a trabajar. Si la asamblea tribal ha decidido que es un día de caza, todos salen a cazar, la mayoría de ellos armados con viejas escopetas y quizás algún machete con que abrir el cubil de los armadillos. Los viejos se quedan en el poblado y se dedican a tejer esteras. Algunas mujeres acuden a sus plantaciones para arrancar raíces de mandioca o para recoger frutos de algunos árbo-



les, mientras las ancianas vigilan a sus nietos, enseñando canciones a las niñas y vigilando el juego de los chicos. A eso de las nueve de la mañana, el poblado está desierto, con la excepción de viejos y niños, acompañados sólo por unos pocos cerdos y aves de corral.

Las mujeres regresan a última hora de la mañana y rallan la mandioca, para remojarla y eliminar así sus ácidos venenosos. Los hombres regresan a casa hacia las cuatro de la tarde. La última parte del camino la hacen corriendo, cargados con troncos. En cuanto llegan al poblado, fatigados y acalorados, vana bañarse al río. Las piezas cazadas se distribuyen entre todos los hombres y sus familias y las mujeres comienzan en seguida a prepararlas para la comida vespertina.

Quando se pone el sol, la mayoría de los habitantes del poblado krahó se sientan a conversar en el exterior de sus cabañas. A veces algún grupo de jóvenes de la vuelta por el poblado invitando a la gente a unirse con ellos para cantar y bailar en la plaza central. Dirigen la música los cantantes de balada del poblado al ritmo de unas matracas de calabaza. Las veladas suelen finalizar a las nueve de la noche, excepto cuando se conmemora alguna fiesta especial.

Las tribus timbiras estuvieron en contacto permanente con los rancheros portugueses desde finales del siglo XVIII, época en que los krahós lucharon al lado de los blancos contra otras tribus. Debido a que sus tierras quedan lejos de las regiones costeras y mineras y el suelo es pobre para la agricultura, estas tribus han conservado el núcleo de sus posesiones tradicionales. Tuvieron la suerte de que los contactos aludidos comenzasen después de que los colonos blancos esclavizaran a innumerables indios para trabajar en sus plantaciones.

Durante el siglo XX, se asentaron en su territorio algunos colonos. Pero las tierras de las tribus timbiras estaban clasificadas como reservas por el FUNAI, el Servicio de Protección al Indio fundado en 1910. La supervivencia de los krahós debe mucho a la protección de este organismo, a pesar de sus imperfecciones.

Durante el siglo XIX el emperador de Brasil concedió uniformes militares a los jefes krahós y los jóvenes de la tribu recorrieron más de una vez miles de kilómetros hasta la capital imperial, Río de Janeiro, para mendigar a las autoridades vestidos, herramientas y armas.

La reserva krahó, asentada en un territorio yermo, abarca una gran extensión que incluye cinco poblados, un centro administrativo del FUNAI, así como una escuela y un dispensario médico que sólo muy de vez en cuando visitan respectivamente algunos maestros y médicos. El principal problema sanitario es la tuberculosis. La caza empieza a escasear, aunque por ahora no se han registrado casos de falta de proteínas entre los krahós.

La reserva está rodeada de ranchos, pero los krahós no se muestran decididos a dedicarse a la cría de animales a gran escala. Hay una continua amenaza de invasión de la reserva por parte de los rebañeros de los nuevos colonos. Esta situación condujo a la tragedia en la reserva de los canelas, otra de las tribus timbiras, estrechamente emparentadas con los krahós. En febrero de 1963, una profetisa llamada Kee-wei anunció a los canelas que el niño que iba a partir le había revelado unos mensajes transmitidos por el héroe de la tribu, Aue. Varias señas

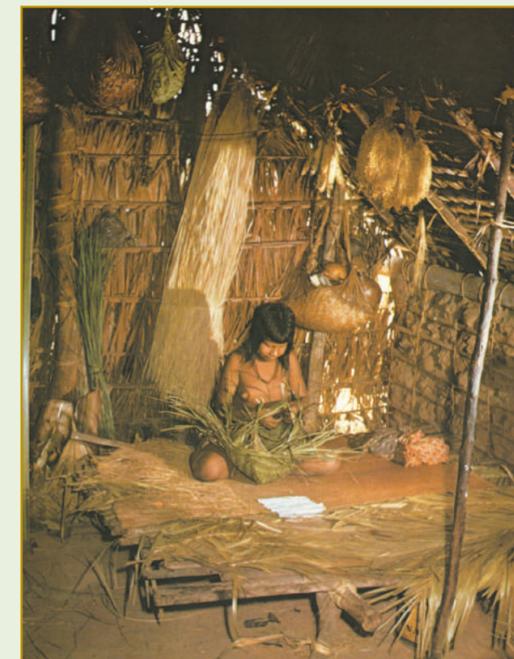


les convencieron a la tribu de su poder sobrenatural. Kee-wei profetizó una inversión de la suerte entre los indios y los "civilizados" de su alrededor: los hombres blancos se verían obligados a dedicarse a la caza con flechas en las selvas, mientras que los indios ocuparían su lugar en las ciudades, los autobuses y los aviones. Kee-wei era una mujer esbelta y bien parecida, dotada de una poderosa personalidad. La tribu se estremeció con sus mensajes y no tardó en desarrollar un culto que incorporaba danzas indias y occidentales. Kee-wei aseguró a sus seguidores que el héroe Auje le había dicho que los indios podían tomar y comer las reses de los blancos sin miedo a represalias. Auje desviaría las balas de los rancheros y conjuraría al agua y al fuego para que protegieran el poblado. La secta se extendió rápidamente por todas las aldeas de los canelas. La profetisa les aconsejó que vendiesen sus caballos, sus escopetas de caza e incluso sus provisiones para comprar vestidos de los blancos o "civilizados", preparándose así para el día que cambiase el orden social.

Durante cinco meses el nuevo culto fascinó la imaginación de la tribu e infundió en ella un nuevo espíritu de confianza en sí misma y prevención ante el blanco. Hobo largas ceremonias de danza, reminiscencia de diversas creencias de la tribu y extraños castigos para diversos delitos. En julio de 1963 se habían sacrificado ya más de 50 cabezas de ganado. Surgieron varias advertencias de venganza por parte de rancheros brasileños. Finalmente entre el 7 y el 12 de julio, los rancheros atacaron el poblado canela, que carecía de escopetas. Incendiaron sus casas y cuatro indios resultaron muertos y muchos otros heridos. El FUNAI intervino para detener el ataque y trasladar a los canelas a la reserva de los indios guajajaras, de lengua tupi. El movimiento mesiánico que quedaba colapsado.

Tanto los krahós como los canelas deben llegar a un acuerdo con la agresiva sociedad que les rodea. El conservadurismo que ha mantenido intacta su cultura tribal durante los últimos siglos probablemente resistirá algunos de los cambios con que vana enfrentarse. Actualmente los hombres suelen llevar pantalón corto y camisa, pero la mayoría de las mujeres visten sólo faldellines y van desnudas de cintura para arriba. Las escopetas han desplazado a los arcos y flechas, pero los krahós y los canelas conservan la costumbre de perseguir a las presas que quieren cazar.

Decididos a sobrevivir dentro de su reserva como entidad diferenciada, los krahós han conservado con éxito lo esencial de su cultura tribal frente a la influencia del Brasil moderno. Gracias a su conservadurismo han logrado salvaguardar su sociedad durante los últimos siglos y pueden continuar lográndolo en el futuro.



Sobre los altiplanos de Iran Jaya, al este del territorio del pueblo de los yali, viven diferentes poblaciones pigmeas, cuya estatura media es de unos 137 centímetros, resultado de mutaciones genéticas relacionadas con el aislamiento y la adecuación a condiciones ambientales adversas. Entre estas variedades enanas de Papúa Nueva Guinea están los "una", establecidos en los valles bañados por los afluentes del río Steenboom, en una región montañosa, caracterizada por un clima frío y húmedo, y con una población estimada en unos 4.300 personas a principios de este milenio. Son preferentemente recolectores y horticultores, aunque practican también la cría de cerdos y la caza, esta última con la ayuda de perros. Como otras poblaciones de la isla, los "una" practicaban la antropofagia ritual hasta hace pocas décadas. Los poblados están formados por unas pocas decenas de cabañas de planta circular, cubiertas por techos cónicos realizados con hojas de bombonaje, que se levantan sobre pendientes montañosas o sobre laderas cultivadas. En cada poblado está presente la "casa de los hombres", lugar de reunión masculina a la que sólo pueden acceder los jóvenes ya iniciados.

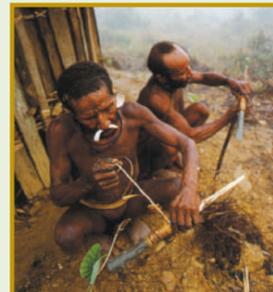
Los pigmeos de los poblados "una" se distinguen de los demás grupos por la fabricación de instrumentos líticos, que obtienen a partir de bloques de basalto volcánico recogido en el lecho del río Heime, en el interior de su territorio. Trabajados por miembros del clan especialmente en forma de astillas planas y pequeñas que, posteriormente, una vez pulidas se convierten en láminas afiladas de unos veinte centímetros. Estos utensilios tienen una utilidad práctica (tala de árboles, extracción de raíces, etc), pero también conservan un antiguo valor como mercancías de intercambio, ya que, de hecho, pueden ser permutadas con otros gru-



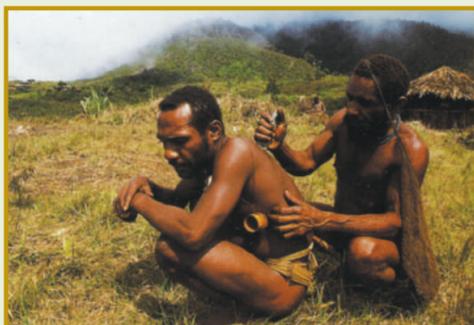
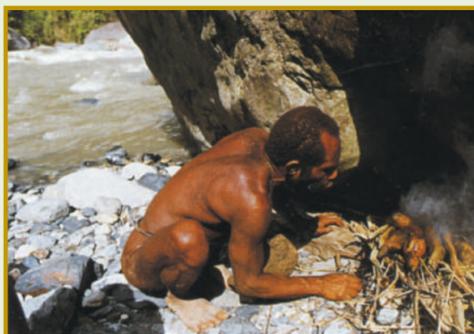
PIGMEOS UNA (Nueva Guinea-Iran Jaya)

Entre las sólidas cabañas redondas de un poblado, un grupo de pigmeos prepara instrumentos de piedra de basalto, cuya fabricación es tarea exclusiva de un clan de esta poca numerosa tribu que apenas tiene unos centenares de personas. descubierta en los años setenta los "una" fueron enseguida clasificados como los últimos hombres de la Edad de Piedra y, en efecto, sus utensilios son realizados con técnicas muy elaboradas, asimilables a las del paleolítico superior. Las piedras pulidas constituyen el bien más preciado de esta población, que atribuye al material sin pulir un origen directamente divino.

pos próximos a cambio de plumas de pájaros del paraíso, fibras para realizar estuches y cestos u otros bienes materiales, y son además útiles para consolidar alianzas y pagar el precio de la esposa. Estos instrumentos tienen también un significado místico-religioso, los "una" atribuyen a las piedras sin pulir un origen mítico, pues creen que han sido alumbradas



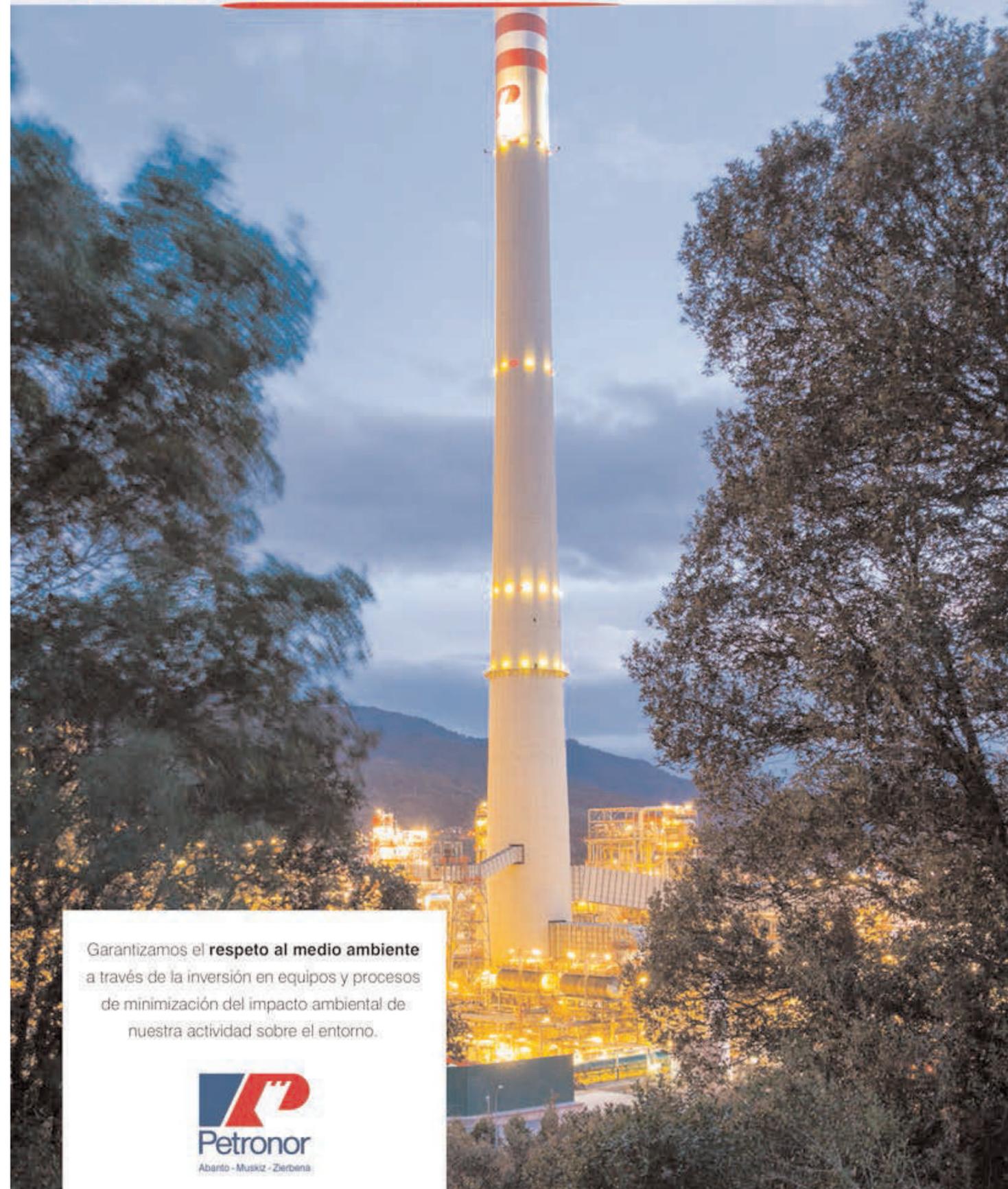
por el vientre de Alim Yongnum, esposa del héroe cultural Alim Berekwa del clan de los Balyo, es decir, el grupo al que pertenecen los hombres que las trabajan. La propiedad de las tradicionales lamas de piedra confiere un gran prestigio social, además de poder económico.



No menos belicosos que los demás grupos de la isla de Papúa Nueva Guinea, los "una" y las demás tribus pigmeas de esta isla presentan características peculiares como su baja estatura, quizá como consecuencia de la adaptación a las condiciones de vida en las tierras altas, frías y alejadas. Anteriormente, también se había hablado de su posible origen africano, dado que en los bosques húmedos de la franja subecuatorial viven los demás grupos de pigmeos que hay en el mundo.

Un pigmeo "una" muestra la manera en que ha matado a un enemigo. Aunque la antropofagia ya está prácticamente abandonada entre estas poblaciones, los enfrentamientos intertribales todavía se producen en las zonas menos controlables de la isla.

COMPROMETIDOS con el Medio Ambiente.



Garantizamos el respeto al medio ambiente a través de la inversión en equipos y procesos de minimización del impacto ambiental de nuestra actividad sobre el entorno.



HAU EZ DA HEMEN AMAITU



Pila hauek behin eta berriro izango dira erabilgarriak... Birziklatzen baduzu, baliabideen kontsumoa eta hondakinen sorrera gutxituko dituzu, ingurumena zaindu eta ekonomia sustatuko duzu.

KONSUMITU ARDURAZ, LEHENGAIK IRAUN DEZATEN.

Euskadi, auzolana, bien común

EUSKO JAURLARITZA



GOBIERNO VASCO

INGURUMEN, LURRALDE PLANINGITZA
ETA ETXEBIZITZA SAIA

DEPARTAMENTO DE MEDIO AMBIENTE,
PLANIFICACIÓN TERRITORIAL Y VIVIENDA

ZURE ETXEAN ZAUDENEAN, ONDO ZAINDU.

● bilbozureetxeada.com



Bilbao

NATURAREN AHOTSA ENTZUTEN DUGU



DONOSTIAKO UDALA
AYUNTAMIENTO DE SAN SEBASTIÁN
www.donostia.eus